

Constanza Michelson

Nostalgia del desastre

Variaciones sobre el odio, el aburrimiento y la ternura

Nostalgia del desastre



Constanza Michelson

Nostalgia del desastre

Variaciones sobre el odio, el aburrimiento y la ternura

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6291-41-1
ISBN digital: 978-956-6291-42-8
Registro de Propiedad Intelectual Nº: 2024-A-2676
Primera edición: mayo de 2024

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

A mis hermanos. Por su buen humor.

A mi país.

Comenzaré por el final. Este no es un libro de suspenso. No hay un gran final donde ocurra una revelación y una catarsis, porque para ello habría que sostener un deseo de conocer la verdad durante todo el trayecto. Y en una vida las cosas suelen ocurrir de otra manera. Pese a su olvido, la verdad acompaña siempre; contamina a la actualidad, aunque no sepas cómo. En segundo lugar, porque esta historia, que de algún modo es también la de mi tiempo, comienza al final: al final de la familia, de una dictadura, de un siglo, de un milenio; también de lo analógico y de la diferencia sexual. Una época que, como después sabría, ha sido llamada *post*: nacimos en la declaración del fin de las cosas. Pero las cosas siguen marchando; eso sí, olvidando su sentido, y olvidando, también, morir.

VER

Tendré que crear sobre la vida.
Y sin mentir. Crear sí, mentir no.
Clarice Lispector

Nació con un disparo. En 1985 el padre quiso matar a su mamá. Ella tenía siete años. Vio la escena desde su cama, con un ojo descubierto y otro tapado con la sábana. Hay cosas que no se pueden ver de frente, como enseña el mito de la Medusa: a diferencia del terror que provoca la huida, el horror petrifica. Se paralizó; su mamá no, ella corrió. Le decía que llamara a su hermano mayor, pero la niña no pudo moverse. Vino su hermano, forcejeó con el padre, se cayeron los juguetes de la repisa del mueble blanco que había comprado su mamá hacía poco y que combinaba con la cómoda y las camas, la suya y la de ella; dormían juntas, su hermano menor estaba al medio, en la cuna, al parecer no despertó. En un descuido del padre, su mamá y su hermano salieron por la ventana. No supo de ellos por un tiempo. No pudo calcular cuánto, porque el tiempo mismo estalló.

Hay días raros, días que que precipitan todo el enigma del mundo.

Existen acontecimientos que generan un cambio brusco; cuando suceden no es claro si algo termina o comienza. Como una guerra, ¿no? ¿Dónde se puntúa un conflicto? ¿Hace cinco minutos, cuando reventó? ¿O hace diez, cincuenta o cientos de años? ¿Cuándo lo das por concluido? ¿Cuando dices nunca más o firmas un acuerdo de paz o de divorcio o alguien te da el alta o logras vengarte o tienes un sueño y abres los ojos y dices “ya está”?

Tras el desastre no solo las puntaciones quedan en suspenso, también los lugares. Ocurren desplazamientos hacia zonas intermedias y de tránsito, purgatorios diversos que son como estados de excepción, pero de la vida. Es una extraña situación política: ¿quién eres?, ¿hay dónde volver? Ella, la niña, perdió la memoria, no del incidente, sino precisamente de los días del tiempo suspendido, el tiempo sin mamá.

Si el tiempo se puede romper es porque no es una cosa fija, sino una idea. No basta la sucesión de instantes para que el tiempo sea una situación. Perfectamente puede ocurrir que el espacio quede vacío de tiempo, como en la locura o el alzhéimer, pero también cuando se nos rompe la vida. Quizá sea más exacto decir que a veces podemos caer del tiempo y morir un poco con él: la memoria queda alterada, como si la existencia previa fuese algo artificioso. El movimiento del reloj se experimenta como una máquina infernalmente regular que estrecha el

espacio y lo vuelve asfixiante. Como el tiempo en una sala de espera, donde, de tanto esperar, olvidas esperar algo. Existe un tiempo sin fe.

Esa forma de experimentar el tiempo es el que a veces la fantasmea, lo intuye, y le llama aburrimiento. Aunque sabe que no es el aburrimiento normal, aquel que se pasa cuando encuentras algo para pasar el rato. Lo describiría como un dolor invisible, pero distinto a un dolor, por ejemplo, de muelas. No tiene esa precisión. Podría ser más parecido a la molestia de los niños que no pueden llevar etiquetas en la ropa; a ella también se le irrita la piel, pero por dentro.

Los días siguientes al incidente no hubo palabras. Sus recuerdos son breves. Es posible que algunos sean presunciones. Sabe que su mamá se fue y asume, porque no lo recuerda, que ella se quedó en la casa con sus hermanos, la niñera y el padre. Sabe que su mamá vino a buscarlos con policías y un camión de mudanza, eso lo recuerda, y sabe, porque se lo dijeron, que pasaron dos semanas entre una cosa y otra. Había asumido por mucho tiempo, porque no lo tiene registrado en su cabeza, que fue al colegio, aunque después leyó en el expediente judicial que el padre dijo: “Los niños están abandonados, no van al colegio”.

Lo que sí recuerda con la fuerza de una verdad rotunda es la sensación. De que nada, por mucho tiempo, tuvo la textura de la cotidianidad. Dar por sentado que existe la realidad –aquel artefacto que permite levantarse en la mañana sin pánico a morir y que obliga a detenerse en los semáforos– es un error. La realidad es un consenso con el espesor de una tela de cebolla. Caer un solo peldaño por debajo de la realidad genera no únicamente extrañeza, sino también una súbita conciencia del silencio fuerte de la verdad última del mundo: una conciencia desesperante de ser unos cuantos kilos de carne y hueso. Como una verdad científica, pero sin la vanidad del descubrimiento. Una verdad grado cero. El mundo, así, carece de secreto, y como todo lo que sacrifica su secreto, se vuelve tedioso, pero de un modo mórbido.

No es casual que el tedio crezca por las tardes, después de que el sol alcanzó el punto más alto, y les robe a las cosas su sombra. Una tarde es un modo de ver. Y ella, la niña, al crecer se convirtió en esa clase de persona que se las arregla comiendo. Es su pequeña adicción para pasar la tarde, ¿quién no las tiene? A ratos es como una delincuente menor, mediocre, que repite un picoteo ratonil. Comer así, sin hambre, con una boca aburrida, nihilista, es terrorismo oral. Una nutricionista le dijo que estaba inflamada. No lo podía creer, habría preferido algo más corto y nítido, como la palabra *gorda*. Pero la experta tenía razón, la inflamación es un estado intermedio entre la salud y la enfermedad, y ella no estaba exactamente enferma, sino eléctrica como un animal que se come su caca. Un animal que pierde

su belleza.

Desde luego, esa niña no estaba enterada de la profecía nietzscheana de que “el desierto” crecería en los próximos siglos, pero si le hubiesen dicho que eran las tardes y su estupidez y calor punzante lo que nos acecharía, eso lo habría comprendido al instante. El mundo cambia, se pierden sentidos y nacen nuevos, pero otra cosa distinta es que la posibilidad misma de *hacer* sentido quede alterada. Ella, la niña, supo que, en situaciones como esas, el espacio adquiere una cualidad distinta, pegajosa.

Descubrió esto: la nada respira.

Para ella, la niña, como lo es para cualquiera, enfrentar esa nada es el tema de su vida. Y si lo pensamos, cada época también tiene su tarde, su inflamación y sus remedios.

De esa clase de nada es de la cual quiero hablarles.

***

Algo se acabó esa noche. No solo una casa donde unas personas se agrupaban bajo la denominación “familia”, sino que se cortó un hilo más largo que abrió un agujero en la memoria. No fue el incidente mismo, esa es la parte espectacular solamente, la parte traumática: ¡pum! Y pese a que el miedo a la muerte es quizá la emoción más intensa de todas, fue lo que vino después. Perdió la historia.

Su mamá procuró llevarse lo que más pudo de sus cosas, seguramente por un asunto material, pero la función íntima de todos esos objetos fue la de la hilacha para preservar algo de continuidad. Pasado el tiempo, su madre nunca se deshizo de nada, fue acumulando ruinas, no recuerdos. Del incidente no se habló más.

Por el contrario, el padre fue desperdigando todo en cada uno de sus cambios: abandonaba las cosas, otras se las robaban sus propios amigos, lo que parecía no importarle, como si fuese un código entre piratas. Cada cambio que hacía era un descenso a un lugar más parecido a una catástrofe que a una casa. Las cosas nunca terminaban de tomar el lugar que debían, estaban amontonadas, no diría que desorden fuera la palabra que lo definía, sino desajuste. Su último hogar fue la casa de su madre muerta. No se sabe qué hizo con las cosas de su vida anterior, se instaló entre las de ella que dejó intactas; la casa era una especie de mausoleo lleno de objetos demasiado quietos. Hay casas que son formas de incestos raros: atrapan a los hijos.

Ella, la niña, pudo recuperar las fotos de infancia varios años más tarde, a medias; estaban guardadas como despojos de una vida de hace cien años, en una bodega enmohecida de alguna de las casas por las que transitaron. Al verlas, cayó en la cuenta de que había perdido

su imagen infantil.

Su yo la mira: las fotos, como un espejo roto, le devolvían una imagen que le resultaba ajena, quizá hasta hoy, tanto como a veces le resulta ajeno su nombre.

Lo que vino después fue como haber empezado otra vida, como podrían ser las vidas de quienes caen en los programas de protección de testigos, o de espías o criminales fugados, todos los que deben olvidar que antes tuvieron una historia. Su mamá comenzó otra vida, porque, afortunadamente, en la adultez enamorarse es una manera de volver a empezar. Pero en la infancia el enamoramiento es con los padres, o al menos con la idea de ellos, aunque sean padres inútiles. Y la interrupción de una historia, donde además se borran las huellas, desaparecen las fotos, no hay parientes ni amigos de la familia en los que reflejarse, la madre se convierte en otra, la hermandad se diluye, los hijos no logran descifrar cuál es su lugar en la nueva situación y la única evidencia de que existió una vida anterior es el integrante al que no quieres ver, el que quedó petrificado en el tiempo: el padre. Todo eso crea una especie de orfandad extraña.

Una orfandad de historia: nada que contar en el colegio. Nada que contar a la vuelta de las vacaciones, porque cada verano se convirtió en cien años de nada, de calor, de un sol que crispa los nervios. Las personas como ella, la niña, intentan curarse de esa clase de orfandad huyendo hacia lo que llaman "vida propia". Cosas que suelen ser las aventuras y los amores que un hijo creará de grande. Por eso no es extraño que exista una clase de huérfano –aunque técnicamente no lo es, pero flota demasiado– que hace cosas de grande sin antes ser chico. Como los niños que fuman y tienen bigote, y las niñas, como la niña, que se sienten un poco putas, porque desde muy pronto suponen que el sexo es lo que las hará crecer.

Desde que tiene recuerdos, la niña, ella, quiso ser grande. A los siete dijo: nací de cincuenta años.

Apenas cada uno de los hermanos pudo, se fue, diría que, con mayor o menor disimulo, corriendo. Y es que el después del incidente se experimentó como una diáspora; no es seguro que los hermanos y la madre volvieran a sentirse en casa juntos. Los actos son como confesiones y lo que cada uno pudo hacer ese día y los días posteriores fue gravitante. Ellos lo niegan o no lo quieren saber. Ella, la niña, ve desde un ángulo oblicuo, ve a los hermanos mayores al medio de todo: la hermana adolescente no atestigua contra el padre, no se va con la madre y los demás. ¿Por qué se quedó? El expediente dice que una vez le llegó una golpiza. La madre le había pedido que la acompañara a seguir al padre y a su amante; fueron sorprendidas. Luego, lo de siempre: la pareja se reconcilia, ella, el golpe, la envían a un viaje con el padre –a quien apenas conoce– para reencontrarse, le dicen. Ella

vomita en la pieza del hotel. Pero le confiesa a ella, la niña, "descubrí que él también podía ser tierno". ¿Por qué se quedó? Sintió que la abandonaron, la madre sintió que la hija la traicionó, también el hermano mayor, pero nadie lo dijo; la hermana no soportó demasiado, volvió con la madre, peleó con el hermano mayor, este se fue de la casa siendo aún muy joven, demasiado, se creyó grande, pero no lo era, tuvo a su primer hijo, más tarde peleó con la madre, una vez, mil veces, todos pelearon con todos, menos el menor; ¿cuánto tiempo hicieron como que seguía durmiendo en la cuna mientras sucedía todo? Los hijos son lo que queda de las guerras. Un pegamento se disolvió, sin embargo, se buscaron siempre, son como cosas que chocan, pero existe un amor así; sí, sí, se quieren, porque se buscan y hacen chistes acerca de ellos mismos; pero a las cinco en punto, de manera inapelable, deben separarse.

Ella, la niña, incluso después del después, siguió experimentando la sensación de tránsito. A veces se acercaba a sus hijos para olerlos sin que lo notaran, para recordar que ella era de ahí. Quizá sea una consecuencia de salir corriendo de una vida. O tal vez, amplifica un melodrama universal –suele exagerarlo todo–; mal que mal, en la vida se sale todo el tiempo, crecer es salir, la aventura es salir, desear es salir; aunque, a la vez, buscar regresar a un origen es un vicio duro.

Por eso no bastan las historias propias. Las personas acuden a sus genealogías para decir algo sobre sí mismas. Algunos cambian el orden de sus apellidos para pertenecer, o la forma de pronunciarlos, para presentarse socialmente; otros se hacen una prueba de ADN buscando a sus ancestros en la mitocondria, otros directamente se inventan un nombre, pero no es seguro que con ello se liberen de su pasado. Algunos acuden a la genealogía para ser parte de algo; ella buscaba algo desesperado: quería parientes en el más allá. ¿Si moría quién iba a recibirla? Si ni siquiera ella recordaba su imagen de niña, ¿cómo la reconocerían todas esas personas que, vivas o muertas, nunca más estuvieron en la historia?

Quería ser grande para al fin empezar una vida propia, pero también porque les temía a los otros niños, sobre todo a los demasiado seguros de sí mismos. Comenzamos temprano a percibir la crueldad, su lógica piramidal. Hay niños que sufren por la locura de los padres, pero diría que la crueldad se aprende con los pares.

En las dinámicas sociales lo primero es un leve caos: nos comportamos como partículas que chocan entre sí, ocurren alianzas y rivalidades de uno a uno, todos con todos, todos contra todos, uno quiere lo que el otro tiene, lo imita, lo ama, lo odia, lo admira, lo envidia. Llegado a un punto de calentamiento, el todos contra todos se ordena en un todos contra uno. Se arman grupos, bandos, surgen nombres para identificar el "nosotros", el "ellos" y el chivo expiatorio.

Notamos temprano que la crueldad se basa más en una forma de categorizar que en un asunto concreto contra alguien: esto último se resuelve uno a uno. Es un error pensar que el matonaje escolar, incluso la guerra, se produce por un odio inherente a lo diferente; la crueldad es ante todo efecto de una lógica que crea categorías: los de arriba y los de abajo, los normales y los raros, nosotros y ellos, los buenos y el impuro. Se puede ser cruel sin odiar. En un grupo alguien se vuelve un chivo expiatorio y otro es quien tira la primera piedra.

Permítanme una digresión sobre la primera piedra. No debe ser casual la importancia que se le da al detalle en la Biblia. Me he preguntado si existe algo así como un catastro de estos personajes. ¿Comparten algún rasgo de personalidad? ¿Habría que temerles más que a los sicópatas mayores? Al menos estos no ocultan su maldad. Mientras que estos canallas menores camuflan su crueldad en la moral y encuentran apoyo y sabemos por qué. Sería una hipocresía negar el placer de la destrucción.

Erwin Kern y Hermann Fischer tiraron una primera piedra en 1922. A propósito de tardes, hay una especialmente larga, cuando el sol alcanza su posición más alta en el cielo, al quedar la Tierra inclinada hacia la estrella en 23º27'. Un par de días después del solsticio de verano en, Alemania ocurrió un incidente que si bien indicaba ciertos grados de inflamación social, aún no era posible predecir la enfermedad que se incubaba. Esa mañana Walther Rathenau, ministro de Exterior de la República de Weimar, fue asesinado por Kern y Fischer: uno le disparó, otro le lanzó una granada. Lo que resultó inquietante para la opinión pública fue su declaración ante el juez: afirmaron que se trataba de un asesinato sacrificial ofrecido al dios sol de la antigua religión germánica. No eran dos locos esotéricos, o bien, sí lo eran, pero esas ideas comenzaban a ser algo serio. Cuando las cosas son dichas de manera seria, aunque sean locuras, parecen importantes; más aún si son dichas por gente seria. Y así fue como ocurrió con el Völkisch, el antimodernismo que tomó impulso tras la ruina de Alemania post Primera Guerra Mundial. Primero era una cosa menor, un tema de campesinos y artesanos que se oponían a la industrialización. Pero se tornó realmente peligroso cuando empezó a expandirse en los círculos académicos e intelectuales. Algunos grupos tomaron el antiguo símbolo solar, la esvástica, y resurgió la vieja costumbre de celebrar el solsticio. Los grupos racistas y esotéricos se multiplicaron, entre ellos la Liga Cultural por la Política, que además presentaba un particular fanatismo por un nuevo tipo de pan integral.

Es temprano cuando aprehendemos la existencia de esos secretos de la vida social; algunos más que otros aprenden a esquivar estos callejones sin salida; otros quedan contra la espada y la pared. Ella, la

niña, identificaba a estos instigadores, a algunos de ellos: a la pecosa insolente, ciertamente más inteligente que los demás, al gordo mafioso del lunar al que todos los niños hombres seguían, a la bonita que usufructuaba de ese poder divino que otorga ser morena de ojos claros y que las tetas te crezcan antes que a las otras. Todos ellos compartían un rasgo: iniciar las intrigas y ser amos de la clasificación; moralistas oscuros quienes tenían el poder de poner sobrenombres y decidir quién es quién. Aprendemos también que ser chivo expiatorio puede ser absolutamente circunstancial, pero lo facilita no ser parte de una historia compartida. Se encierra a una persona en una categoría cuando no puede contar su historia, o bien, nadie se la pregunta. Ella temía que su silencio provocado por la vergüenza de lo que pasaba en su casa, y luego la sensación de orfandad que la convirtió en una isla, la dejaran demasiado vulnerable. No era capaz de sumarse a ningún bando, le costaba estar en grupo, no sabía defenderse. Pero sí huir, camuflarse, desviar la atención y aguardar. Elaboró técnicas de supervivencia, por ejemplo, ir de aquí para allá.

La sensación de que el mundo se volvía anómalo se asomaba cada verano aburrido; en cada ruptura sentimental; en cada fin de etapa; cada vez que se acabó o perdió un trabajo; ante cada grieta en la vida: el mismo miedo, la misma sensación de no saber qué hacer, como si el mundo le quedara grande y fuese incapaz de hacer un mapa. En momentos así podría quejarse de sentirse sola, pero eso solo sería echar mano a una expresión repetida. No es soledad lo que experimentaba, porque en la soledad aún tienes orilla, y por lo mismo reclamas compañía. Le queda mejor la palabra *desolación*, palabra que viene de estar privado de todo consuelo. Hay estados en que ni la compañía ni las palabras contienen a esa nada palpitante. No tengo una explicación para ello. Pero puede ocurrir que las palabras –y la compañía– caigan como cáscaras vacías. Una señal de catástrofe interior es hablar como el muñeco de un ventrílocuo.

A veces decía esto, pero sin mí: el padre quiso matar a mi mamá, mi mamá se fue, fui al colegio como siempre. Perdimos las fotos, no me conocí hasta grande.

Las personas casi siempre se quedaban calladas y veía la dilatación de sus pupilas (pensaba: mala señal).

Es posible que las palabras sean inútiles cuando es la nada la que triunfa. Ya lo decía, esa cosa está viva. Pero también cuando te convences de que no hay nada más que decir frente a un hecho explicado.

Por ejemplo, si explicamos la escena del dormitorio, lo ponemos más o menos así:

Caso de violencia doméstica provocado por el descontrol de la ira y la adicción a las drogas del perpetrador. Hoy se reconocería: considerar el asunto de género, la violencia machista. Los síntomas de la niña corresponden a los del trastorno postraumático.

La virtud de una explicación es que la abstracción y generalización nos permiten desapegarnos afectivamente. Explicar es una forma cerebral de ordenar el mundo, pero no garantiza que, digamos, de noche te sientas mejor. Hay situaciones que pueden ser solo soportables si se convierten en algo narrable. Así puedes mirar desde diferentes ángulos y comprender lo incomprensible –un poco–, pero sobre todo una narración permite que alguien se invente:

Nací con un disparo. En 1985 el padre quiso matar a mi mamá. Yo tenía siete años. Vi la escena desde mi cama, con un ojo descubierto y otro tapado con la sábana. Hay cosas que no se pueden ver de frente, como enseña el mito de la Medusa: a diferencia del terror que provoca la huida, el horror petrifica. Yo me paralicé; mi mamá no, ella corrió. Me decía que llamara a mi hermano mayor, pero no pude moverme.

En la narración, ella, la niña, se inventa a sí misma en la puntuación. Su historia es la historia de los ojos, de uno que ve y otro que no. Sin embargo, la sumatoria de la explicación y la narración no completan el asunto, hay algo que resta. Ese algo aparece en otra forma del decir: la declaración. Declarar es intentar ser fiel a la verdad, se habla como si se tomara una fotografía; la posición es la del testigo. La escena se presenta con los detalles que después serán las pistas. El testigo dice sin saber todo lo que dice.

Junio 1985, del expediente: *Vi que mi papá le apuntaba a mi mamá con una pistola cerca de la frente. Ella me pedía que llamara a mi hermano. Yo no me atreví, me dio como una cosa. Después llegaron mi hermano grande y mi hermana; ella se sentó en mi cama, se quedó mirando.*

Esa "cosa" –que también es la mirada de la hermana– es el detalle que falta al recuerdo, su *vibrato*. Esa cosa es también la verdad grado cero, aquella que no se puede soportar demasiado para vivir. Recordar realmente esa "cosa" significaría gritar de espanto cada noche. Y, a la vez, es ese agujero de carne el que echa a andar el motor de la vida, obliga a hacer algo. Es como encontrarse una araña adentro del zapato. Es en esa clase de encuentro –como lo describió Cortázar–, cuando pasa algo así, algo raro, que la extrañeza te obliga a hablar y contárselo a alguien.

Esa “cosa” es lo que del incidente quedó en los ojos. En uno, en realidad, en el que dejó abierto para registrar lo que pudo ser una historia, pero no fue. Pienso: eso debió salvar algo. Un solo ojo es como dejar al menos un pie afuera de la escena y así quedar disponible para otros cuentos. Basta haber salvado un ojo para hacer una vida normal, mientras que el otro genera una especie de error, chispas de cortocircuito, pensamientos despojados de alguien que los pueda pensar. Los pensamientos sueltos pueden asaltar de otros modos, en pesadillas o en exageraciones ante situaciones mínimas. Básicamente, pueden llevar a comportarse como una persona un poco loca, no demasiado para llegar a tener un diagnóstico, pero sí como alguien que en ocasiones dice cosas raras, descarnadas. Sin embargo, hay ocasiones en que es precisamente una locura la manera adecuada de hacer algo con lo que no pudo ser dicho. Hamlet hablaba como un loco. También Antígona. Dicen que cuando el mundo está fuera de quicio, la lengua da un salto de una octava hacia arriba. Hablar como hablan los locos puede ser una resistencia a la perversión del olvido que ocurre justo antes de recordar, o sea, que más que olvido es borramiento: borrar y mentir.

***

Un par de meses antes del incidente, una tarde de marzo, hubo un terremoto magnitud ocho. A esa edad, ella, la niña, ya sabía que la Tierra, como cualquier organismo, no puede quedarse tanto tiempo en la misma posición, la vida cruje y busca acomodo; sabía también que nació en el borde de dos placas terrestres, por lo tanto, cada cierta cantidad imprecisa de años debía estar preparada para una catástrofe. Pero ¿tenía sentido que en un país tan angosto ocurrieran sacudidas de esa magnitud? ¿Qué tipo de broma era esa? Su geografía, junto a una cordillera monumental –que algunos consideran una protección y otros una causa de asfixia–, provoca que lo que queda tras ese gran muro sea apenas un valle que perfectamente podría ser no un país, sino la orilla del planeta: un lugar donde todas las olas del mundo revientan.

Pese a saber que los desastres naturales existen, y que hay lugares donde las sacudidas se ensañan, nunca nos acostumbramos a ellos. Cada evento muestra el desarreglo entre lo que sabemos y la experiencia. Es común que, frente a las catástrofes de este tipo, sucedan todo tipo de crisis existenciales: las personas cambian el rumbo, se divorcian o empiezan algo. Quizá porque rozamos algo fuera de la historia podemos decir que somos testigos de que en la naturaleza no hay guerra; si la Tierra ruge cada cierto tiempo, lo hace como los animales, sin reciprocidad ni conflicto con los humanos. No

hay negociación. Esa experiencia lleva a perder la fe en el control, comprendes que la Tierra puede traicionarte, pero al menos queda el consuelo de la solidaridad humana que se exalta después de los desastres naturales. Solo unos meses más tarde, en junio de ese año, comprobó que las catástrofes humanas generan algo peor: pueden llevar a perder la fe a secas.

Aunque no lo recuerda, los días después del acontecimiento, dos semanas infinitas de una quietud desesperante, debieron sentirse como la ciudad después de un terremoto: arruinada. Todo lo que pudo haber comprendido y amado se pulverizó. En todo caso, dicen que no solo las víctimas de un acontecimiento violento quedan en silencio, sino también los victimarios. Tras el crimen sufrirían una mímesis con el silencio de la víctima. Un silencio inhumano. A su mamá la ha imaginado corriendo, pero nunca ha pensado en qué cara puso el padre después del incidente.

La imagen del femicida argentino Fernando Farré: la fotografía justo al momento de su captura, poco después de su crimen. La mirada es una confesión, la confesión de que, vuelto una lagartija lenta, ingresó a la vida cruda y húmeda; de un salto salió eyectado de la ficción de lo cocido, es decir, de la cocina y las historias.

Breve ensayo sobre el aburrimiento

I.

Slawomir Mrozek cuenta la historia de alguien en cuyo dormitorio la cama estaba ahí, un armario allá y, al medio, una mesa. Hasta que se aburrió. Primero cambió de lugar la cama y el armario, la novedad lo animó. Pero volvió el aburrimiento, movió las cosas otra vez y concluyó que el origen del aburrimiento era la mesa, su posición fija al centro. Entonces puso la cama al medio, movimiento arriesgado, de un inconformista. Ese desarreglo novedoso lo entusiasmó. Pero al cabo de un tiempo la novedad se fue y quedó solo la incomodidad de no poder dormir mirando la pared, su posición preferida. Así que movió la cama y puso el armario al medio, que ya no era el gesto de un inconformista sino de vanguardia. Pero el tiempo le roba la novedad a las cosas, por lo tanto, debía hacer algo más, una ruptura radical, una revolución: decidió dormir dentro del armario, de pie. Y esta vez le ganó al paso del tiempo, porque nunca pudo acostumbrarse a la hinchazón de pies y el dolor de espalda. Había triunfado ante el aburrimiento. Pero el cuerpo no acompañó a esta victoria: un día

no aguanto más los dolores y volvió a su cama. Durmió tres días y tres noches. Después movió la cama para acá, el armario allá y puso la mesa al medio. Cuando se aburre, recuerda que algún día fue un revolucionario.

Esta podría ser la historia del deseo y su catástrofe, tanto de un individuo como de la historia psicológica de un pueblo. Sin embargo, el aburrimiento como categoría no tiene ningún prestigio.

–Quiero enviarte un ensayo sobre el aburrimiento.
–Eso puede esperar, nadie se muere de aburrimiento.

A los niños se les dice que los tontos se aburren, quizá por eso algunos cuando crecen lo guardan como un secreto vergonzante y culposo. Y cada vez que se sienten incapaces de disfrutar aquello que está hecho para divertirse, piensan que son una persona amargada. Los adultos olvidan que hay una edad en que la nada es inmensa, y que te puedes ahogar en ella si alguien no te da una mano. Otra cosa es que los adultos colmen a los niños de estímulos para que, a fin de cuentas, no los aburran a ellos.

El aburrimiento tampoco alcanza a ser un diagnóstico mental ni social, seguramente porque los diagnósticos hablan de problemas y los problemas buscan solución. Y de los males existenciales puedes distraerte, pero no curarte.

Dice Luigi, hermano de Mario Bros:
Tengo… ¿Hambre?
No, no es hambre.
Debería comer algo, pero no tengo hambre en absoluto […]
Me temo que nunca saldré de este lugar.
Y me temo que quizá no tendría las fuerzas para hacerlo si supiera cómo.

(*Ennuigi* de Josh Millard)

Aburre esperar, aburre el apuro, aburre el sinsentido, aburre el exceso de sentido, aburre trabajar, aburre el ocio, aburre hablar, aburre el silencio, aburre el hambre, aburre comer, aburre la gente, aburre no poder estar a solas, aburre el deseo, aburre la falta de deseo, aburren las pasiones, aburre la incapacidad de sentir, aburre Madame Bovary con su marido aburrido, porque los maridos aburren tanto como ser esposa, pero también la soltería aburre como aburren los amantes, sobre todo aburre ver a Bovary follando y enamorándose de Rodolphe, como aburre ver cuando una más cae en las redes de los señoritos satisfechos. ¡No,

hermana, no le des un mal ejemplo al género, resiste! Aburre el machismo, aunque perfectamente puede aburrir el feminismo, como aburren los gestos moldeados, aburre todo lo que se vuelve doctrinario, como los absolutistas y los aburridos sin doctrina. Aburren los canallas, los que dicen que no hay democracia desde la comodidad de sus democracias, los que buscan aplausos, como los que aplauden, los quejumbrosos, también los felices, los que solo están en las buenas, pero sobre todo quienes no pueden soportar estar en las buenas, incluso la gente zen se aburre como se aburrieron los monjes tibetanos expulsados por andar meditando a punta de metanfetaminas. Aburren los otros, me aburro de mí, aburre el optimismo, pero quizá más el fatalismo, lo viejo, lo nuevo, la guerra, incluso también –secretamente– aburre la paz. El sexo puede aburrir como aburre el azúcar, tanto como no tener sexo o hacer dieta. La trotadora: el pináculo del aburrimiento.

¿Por qué todo puede volverse aburrido? ¿Lo aburrido es una cualidad de las cosas o de quien se aburre? ¿Es una enfermedad o una señal de supervivencia para huir?

El aburrimiento parece un bucle al que se vuelve una y otra vez, no hay progreso. Ha tomado tantos nombres como épocas hemos nombrado. Para los romanos el *taedium vitae* fue el descubrimiento espantoso de que del aburrimiento no se puede escapar. Séneca advertía a los que van de aquí para allá: primero deseosos de ocio dejan el trabajo, luego tampoco soportan su casa, y salen solo para comprobar que vuelven a aburrirse afuera. Puedes viajar y simultáneamente estar pensando en el próximo viaje: nada es suficiente para el hambre humana.

La acedia de los monjes cristianos apareció en el siglo III bajo la figura de la hora del pecado provocada por el demonio de mediodía, ese que tienta a cerrar los ojos y a entregarse al deseo sexual que nace de la mezcla del aburrimiento, el sueño y el calor de la tarde. La siguiente figura del aburrimiento reapareció en el siglo XV como melancolía. Por alguna razón, la expresión alterada del aburrimiento, que hoy llamamos manía, fue desapareciendo, y el tedio fue quedando asociado solo a la forma fatigosa y desganada; equivocadamente, comenzó a ser visto de modo monopolar. Regresó en el XIX con el *spleen,* el llamado mal del siglo, y se pensó que se debía a las condiciones existenciales que traía la modernidad. Y en el siglo XX su nombre principal fue depresión. En el XXI solo se expande bajo otras categorías psiquiátricas y populares: anhedonia, fatiga crónica, hiperactividad, trastorno ansioso, apatía, cara de culo.

Pese a sus diferencias, lo que hay en estas palabras es la

constatación terrible de que estar satisfechos puede doler tanto como la insatisfacción. No hay paraíso al que llegar; cumplir una meta es ganar solo en parte, la otra es perder al instante cuotas de deseo.

Deseo es una palabra que suena amable. Es una marca en sí misma, verla escrita es como una buena noticia. Pero es falso. El deseo erotiza al tiempo, provoca una espera de algo más que un camino tedioso hacia la muerte; pero el deseo también desespera. El deseo se ama y se odia, porque con él se cae en un lío, se entra en un drama. Clava su flecha y nos indica que carecemos de algo –solo un dios podría desear sin estar en falta–.

Deseo en inglés es *desire* y viene de *sidere*, “de las estrellas”: si las necesidades vitales se originan adentro, el deseo proviene de lejos. ¿Por eso miramos hacia arriba cuando buscamos respuestas? *Desastre* viene de “sin estrella”, ¿o sea sin deseo? En español, *deseo* tiene su raíz en la palabra *lujuria* (*desidiu*) y *desidia*, o sea, ociosidad y pereza. Del ocio nace la lujuria, por eso la recomendación de los mayores a los jóvenes de distraerse, hacer algo con las manos para no tentarse y andar metiéndolas donde te puedes quemar. En todo caso, hoy se recomienda el ocio, pero no necesariamente para quedar vulnerables al deseo, antes se recomienda algún hobby institucionalizado. Ni siquiera el sexo es garantía de incitación del deseo. Y, sin deseo, todo se vuelve aburrido.

–¿Viste en Cosmopolitan *la nota sobre la agamia?*

–¿Qué es?

–Anarquía sexual, puedes estar con múltiples personas, salir de las dictaduras sentimentales, así zafas al fin de querer estar con alguien toda la vida: no-más-dramas. Búscalo en Google.

–Lo primero que arroja Google es la definición de la Real Academia, “Agamia: falta de órganos sexuales en una planta”. Lo segundo, sí, es el artículo de Cosmopolitan.

El deseo cabrea. Es por culpa suya que no siempre buscamos nuestro bien. Pero la falta de deseo puede convertirnos no solo en plantas sin órganos sexuales, sino también en plantas carnívoras: una vez el filósofo Walter Benjamin compró unos higos, comió uno, luego otro y no pudo detenerse. Quien ha comido así sabe lo que es la compulsión. Por esos días él debía tomar una decisión: enviar o no una carta. En lugar de decidir qué hacer, comió como un tragón anárquico, sin drama, sin resolución. Ocurrió que al sacar el último higo del bolsillo, la carta venía pegada a él. Y seguramente recordó: no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Eso es el deseo: un llamado al cual responder tarde o

temprano.

¿Podría ocurrir algo así a escala de la psicología colectiva? Tal vez. Cuentan que Frau Troffea un día desertó. Dicen que estaba enojada con el marido. Movió un pie, soltó la cadera, seguro se desató el pelo, y se puso a bailar en la calle. Se desmayó y siguió bailando. Bailó una semana. Le hicieron un exorcismo. Pero a esas alturas, julio de 1518, el baile desenfrenado era una epidemia en Estrasburgo; un mes después, eran aproximadamente cuatrocientos los bailarines en la ciudad. Las autoridades pensaron que calentar la sangre de los danzantes los haría detenerse, por lo tanto, pusieron una tarima donde los músicos tocarían hasta que este nuevo vicio se consumiera. Pero no solo no se detuvieron, sino que el baile se intensificó. Comenzaron a morir. Esta no fue la única epidemia de baile en Europa, se describen varias entre los siglos XIII y XVI. Se cree que el brote de 1237, en que un grupo de niños dejó la ciudad de Erfurt hacia Arnstadt bailando, inspiró el cuento del flautista de Hamelín. Hay versiones del cuento que hablan del trauma de un pueblo: una tragedia sufrida por los hijos porque sus ancestros alguna deuda no pagaron. Estas epidemias ocurrieron en tiempos de hambre y desesperación. Un día se acabaron. Pero podríamos dudar de ello. Cada tanto, el plan es morir bajo el manto de un sentimiento narcótico. Las autoridades, tal como las de los pueblos medievales, quedan consternadas sin saber qué hacer. E, incluso, los especialistas, como los músicos de Estrasburgo, pueden intensificar la locura.

¿Sería buena idea añadir litio al agua potable para disminuir la tasa de suicidios?

Fuente: Diario La Tercera*, 2020*

El deseo no solo se pierde en la compulsión, también cuando lo nuevo se vuelve norma, o cuando lo que pudo prometer una liberación se institucionaliza. Luego el bostezo aparece como la primera resistencia. Una curiosidad interesante es que bostezo está en la etimología de la palabra *caos* –Χάος: “abrirse una herida”–. Y es que, lo confesemos o no, los seres humanos (nos) abrimos heridas voluntariamente. Emma Bovary anhelaba que ocurriera una catástrofe para poder hacer lo que ella no era capaz: decidir cortar con León, su amante.

Andy Warhol, “El príncipe del aburrimiento” –llamado así por Valerie Solanas, su cuasiasesina–, se sirvió del bostezo como actitud y obra. Representante de una rebeldía descreída, vino a señalar que en los tiempos de posguerra, cuando todo comenzó a procurar ser seguro y divertido, podías paradójicamente morir de aburrimiento. Desde que el ser humano existe, muchas cosas han

comenzado a partir del aburrimiento. Es posible que los primeros humanos salieran de las cavernas no solo por hambre, sino también –pese a contradecir el instinto de autoconservación– por lata, al verse adaptados a su primera situación; y así el mundo fue creciendo. Pero la torsión del mundo de Warhol –precedente del nuestro– es que hay una presión sobre las cosas para que entretengan. El entretenimiento nace del aburrimiento, pero su situación actual es más desesperada: el entretenimiento busca evitar el tedio y, paradójicamente, lo alimenta.

La estética Google pudo ser una reacción a las líneas rectas y el mundo cafesoso de la Guerra Fría. La doble "o" de Google evocaba la infancia y prometía cubrir de colores el famoso "desencantamiento del mundo", es decir, el mundo sin magia ni superstición. La arquitectura y las oficinas se volvieron más divertidas, algunas demasiado parecidas a los jardines infantiles. Las exposiciones públicas tomaron el entusiasmo eléctrico de las charlas Ted, cuyo truco repetido comenzó a ser odioso, sobre todo porque se propone evitar que ejerzas el derecho a protestar durmiéndote. Años antes, las películas de niños comenzaron a ser también para grandes, y cuando alguna gente adulta comenzó a decir que su película favorita era *El rey león*, se podía sospechar que el reencantamiento del mundo venía "cuqui". O sea, bajo un imaginario más infantiloide que misterioso. Mientras que el Willy Wonka de los setenta era un personaje insondable, el de 2005 era uno explicado: si era infantil y raro, fue porque sufrió un trauma en la infancia.

Y aunque la estética del mundo se redondeó y se llenó de colores y materiales transparentes, la violencia no cedió, por el contrario, pudo volverse también entretenida: los ositos de peluche pueden llevar cuchillos en los bolsillos.

II.

Aburrimiento y comienzo son dos posiciones de un solo movimiento, al que se le puede llamar el nacimiento del deseo.

Todo pudo comenzar así:

Primero los dioses se aburrían, y un dios aburrido solo podía crear a un hombre aburrido. Le dio a Eva, pero también se aburrieron, como se aburre cualquier pareja. Kierkegaard imaginó que, en ese punto, el tedio del mundo comenzó a multiplicarse, luego Adán y Eva, Caín y Abel, se aburrían en familia; después aumentó la población y el aburrimiento se hizo masivo. Para entretenerse concibieron construir una torre tan alta que alcanzara el cielo. Una idea tan tediosa como el

tamaño de la torre.

¿Pero qué ocurre si no hay comienzo, por lo tanto, tampoco fin? El aburrimiento se vuelve mórbido.

Hagas o no cosas, existe un hastío que lleva a no hallar la medida para acomodarse en el mundo. Alberto Moravia dio con una imagen precisa: el desconcierto que le genera al durmiente una manta demasiado corta en una noche de invierno; o bien se le enfría el pecho o le queda un pie a la intemperie. Incómodo, no puede dormir en toda la noche. Y si no se puede dormir, no hay amanecer, no hay entonces comienzo.

El insomne no puede decir ayer ni mañana, está condenado a un presente continuo, el tiempo no pasa. Bajo la mirada del insomne todo es enorme, nada tiene sentido. El insomne no pide abrazos de noche, porque se le olvida el amor: todo es ridículo frente a la magnitud de la verdad inmóvil de la nada.

Sin noche –metafóricamente quiero decir sin ausentarnos a ratos de nuestras convicciones– no hay despertar, aunque digamos que estamos (o somos) despiertos. Si el deseo es aliado de la noche, es precisamente porque no nos pertenece; como los sueños.

Hay despertares y despertares. Un despertador tiene algo terrible, porque provoca un despertar histérico, sin umbral entre el sueño y la vigilia, como si te apretaran el botón de encendido. Además, como dice una amiga, si estás soñando, que te despierten deja la sensación de que algo te fue robado. En las noches ocurren cosas. En los cuentos infantiles las princesas duermen siglos, sus enemigos las hechizan casi siempre de niñas y, mientras duermen, algo está germinando; luego, al despertar, han crecido. Pero despertar así, de un disparo, no da tiempo para saber qué pasó de noche, ni para que los pensamientos nocturnos actúen sobre la vida diurna.

El despertador provoca un despertar desencantado, al faltarle el entre mundos: lugar desde el cual nace todo. Así, por más estridencia y sentimentalismo que utilicen los relatores Ted(iosos) de todas las clases, no hay garantía de que el no dejarte bostezar signifique que despiertes a algún deseo.

Hay despertares que son un asalto al mundo interno. Los sentimientos y los pensamientos son lentos y la velocidad no es sinónimo de que *pase algo*: la rapidez más bien genera sensaciones, subidones como los del azúcar o los estimulantes. Pero esas intensidades no necesariamente son un comienzo.

Warhol tomó la posta de Baudelaire –quien describió el *spleen* del siglo XIX– en la última parte del siglo XX. En su película, considerada una antipelícula, *Sleep*, el protagonista duerme las

cinco horas y veinte minutos que dura el montaje. Y como los veranos eternos de los niños solos, el tiempo se vuelve raro, más que lento, marciano. El espectador espera que pase algo que nunca pasa. “Para qué vivir cuando se tiene conciencia de que la vida no es nada”, dijo su autor.

Y ofrece una respuesta: extremar el presente y reducir la trascendencia a los quince minutos de fama. Un último deseo que manifestó Warhol sería convertirse en máquina, ya que estas, hasta lo que sabemos, no padecen de tinieblas internas. Su obra evidenciaba el espíritu de los nuevos tiempos: la repetición, ya no al modo industrial, como cuando los seres humanos padecían a la máquina, sino al modo de la vida mecánica, colorida, intensa, pero enferma de falta de deseo; es decir, la vida que puede ser tediosa no a falta de estímulo, sino por el colmo de la estimulación; la era *post*.

Warhol mostró que el tedio, hecho de despertadores (que pueden ser los nuevos profetas) y disparos, puede llevarse con una neutralidad fría y un buen peinado.

La sospecha es que este tedio, a ratos cínico, a ratos hastiado, no es solo un ánimo que concierne a la psicología individual, personas semitraumadas, o a tontos que no encuentran en qué entretenerse, sino a una atmósfera generalizada. Porque el tiempo ha comenzado a experimentarse de un modo particular, como el del insomnio y los vampiros: sin fin. La filosofía de la historia da la razón a esta sospecha, ha descrito la forma que toma el tiempo en la actualidad como algo llamado *presentismo*: un cortocircuito en la línea del tiempo, como si quedásemos atrapados en el presente. Anhelando *volver al futuro*.

Esta temporalidad ha sido bautizada como *poshistoria.* Después de la Historia con mayúscula, un presente eterno.

Del tiempo del encuentro de ella, la niña, con esa forma temporal –cuando supo que dos semanas pueden ser para siempre– faltaban solo unos pocos años para que esa condición poshistórica fuera declarada la nueva normalidad de Occidente; declaración también de un tedio generalizado, ligeramente psiquiátrico.

El fin de la historia no era solo un asunto personal.

Marilyn Manson en 1996: “La gente se aburre porque ya ha hecho todo lo que tiene que hacer. Así que ahora le excita el miedo a la muerte. Por eso algunas personas me han convertido en una especie de sex symbol. Mi forma de vestir es el miedo sobre ruedas”. (Una década más tarde, Manson declaró haber dejado la música por “aburrimiento y asco de la fama”).

La Historia grande, como metáfora de una idea unitaria que

movía la dirección del progreso del mundo, cayó a fines del siglo XX, tan fuerte como cayó antes Dios. Quienes nacieron en esa bisagra fueron testigos de que después de la gran explosión, después de todos los disparos y la llegada a la Luna, el siglo XX no acabaría con un grito, sino con un bostezo.

III.

No es que el hastiado de hoy esté quieto, puede moverse, incluso estar agitado, pero no se mueve a causa del aburrimiento, sino que lo hace para evitar un vacío terrible, que bien conoce o intuye. Peter Handke les llamó "los incansables": un pulgón imparable que no se cansa pese a estarlo, porque ni cuando ama ni cuando trabaja, en caso de hacerlo, se ve comprometido con sus actos. Así sale de una cama o de una oficina, eléctrico, con sed de más. Un incansable es alguien que ha confundido compulsión o hiperactividad con deseo. Es una planta sin órganos sexuales, una planta carnívora.

En todo caso, ¿qué hacer con la cabeza cuando no hay un dios o un cuento en que creer? ¿Qué mensaje darles a los hijos? Sobre todo, en casos de emergencias, por ejemplo, en caso de atravesar días oscuros.

Según Sigmund Freud, la salud mental consistiría en recuperar la capacidad de amar y trabajar. Recomendación que hoy seguramente sería leída como una imposición añosa; ya en mi propia juventud lo habría tomado así. Además, hoy podría ser una sugerencia un poco perversa, porque tanto tener un trabajo como un amor se ha vuelto algo complicado. No es casual que la agamia que recomienda la revista *Cosmopolitan* para el amor también le quepa al trabajo: un poquito por acá y otro poco por allá. No mucho más.

Ambas cosas, como muchas otras, también pueden llevar el prefijo *post.* Lo que nunca queda claro es si se trata de un progreso o un epílogo. ¿Qué es un amor o un trabajo sin historia y sin deseo? ¿Mera necesidad, un obstáculo latoso, un dolor sin sentido? Mejor borrar con esas cuatro letras mágicas –*post*– para decir que tanto el amor como el trabajo son cosas que son, o serán muy pronto, algo obsoleto.

¿Ser libre significa vivir sin obligaciones? No lo creo. La libertad es dotar de sentido a lo que se hace, responder al pedazo de mundo al que nos debemos.

¿Es más libre quien dispara o quien corre? ¿Es más libre quien se cree amo de la escena o quien resuelve algo sabiendo que solo domina su acto en la encrucijada?

La libertad como satisfacción de un impulso es breve, y la gente impulsiva es todo menos libre. La libertad es difícil, porque a fin de cuentas se trata de la capacidad de actuar pese a las ataduras. Cambiar, en el amor o en el trabajo, el contrato fijo por contratos flexibles o boletas de honorarios quizá a algunos les otorgue libertad y a otros no. Pero no pocas veces son precarizaciones camufladas a las que en ocasiones accedemos por necesidad y otras, por burros (aburridos buscando novedad).

Creo que la recomendación freudiana no es sencillamente la de ocuparse en algo y tener un amor. "Recuperar la capacidad de" es la clave de su idea: dice que de lo que se trata realmente es de iniciar. Iniciar algo sin garantía de que veremos completados nuestros proyectos, porque la historia es larga; iniciar, aunque no sea posible calcular exactamente el resultado. Y pese a la verdad de la muerte, iniciar es despegarse de ese paso inconsolable del tiempo; darse una tregua y comprometerse con la creación; volver a amar, aunque ya te hayas decepcionado y sepas que no te ahorrarás el drama y que nadie va a amarte tanto como para no sufrir de vez en cuando, porque si lo piensas, ni tu propia madre fue capaz de amarte tanto. No hay Dios ni tecnología que lo remedie.

Freud fue explícito: quien no ama, enferma. No lo decía de modo religioso sino psiquiátrico, pues quien no ama no se halla libre de la necesidad de amor, sino que solo sabe exigirlo. Como los vampiros, quienes les roban la vida a los vivos. O los insoportables, que buscan de maneras muy curiosas robarles la atención a los demás. Podemos ser criaturas tremendamente aburridas.

La recomendación freudiana, a fin de cuentas, es la de dar, de darse a la vida. Si quieres amor, primero ama. "Perder riqueza" le llaman algunos al cumplimiento de la primera ley de la hospitalidad: dar algo sin cálculo. Lo que se lanza al mundo ingresa al campo del intercambio, o sea, de lo que se mueve, de lo que está vivo.

Ese podría ser el mensaje a los hijos. A los propios y a todos esos circunstanciales que se nos presentan en la vida. Sobre todo, habría que confesarles que la libertad en realidad se llama difícil libertad.

Cuando no hay lengua para esa difícil libertad, y la hay para el impulso inmediato, la vida se empobrece de existencias virtuales –como la ilusión, el amor, la narración, y hasta los ángeles de la guarda–, todas esas cosas que no tienen ningún deber de existir, pero que son nuestros mayores tesoros culturales. Los fanáticos las aborrecen, pues buscan otra clase de verdades, duras y crudas. No

saben que al rechazar estas creencias frágiles se infiltra la nada pegajosa –llámese desierto o tarde–; como la que conoció alguna vez una niña de cincuenta años, y casi la mata. Porque sí creo que el aburrimiento grave puede matar.

IV.

De todas las denominaciones para pensar el hastío, la raíz de la palabra *aburrimiento* permite una exactitud fundamental, la íntima relación entre el hastío y el horror: *ab-horrere*. En un desierto de aburrimiento, el horror es un oasis, escribió Baudelaire en su poema "El viaje" (por cierto, considerado aburrido por un editor que no lo publicó).

En su poema habla de un viaje que no es más que un movimiento impotente. Un "más allá" demasiado "acá". El más allá que alguna vez significó una distancia, una trascendencia representada con el color azul, fue sustituido por una sumatoria, por un asunto de intensidades, de agitación y trasgresión. Quizá por eso mucha gente dice estar tan cansada, y a la vez no se cansa nunca, porque el sentido está puesto en hacer más.

Sin trascendencia, el más allá es reducido a "una más". Un disparo más, cuatro más, qué más da, como los disparos *post mortem* que da Mersault, el protagonista de *El extranjero* de Albert Camus, al árabe en la playa. Mersault es un hombre incapaz de abstraer, de salir del grado cero de la mirada. Indiferente, a causa de su forma concreta de experimentar el mundo; tan concreto como el sol fijo que describe y que no nutre. Mersault es el hombre que padece de un "más acá" sin drama, atascado en la tarde infinita. Carece de la aptitud para la metáfora y el humor; no puede mentirse un poco. No puede cerrar, aunque sea un ojo.

El aburrimiento puede volverse peligroso. Porque el horror es también una respuesta a la nada y al hastío. Fascina, crea imágenes. "¿Cuándo empieza la bruja? Lo digo sin vacilar: en tiempos de desesperación", escribió Michelet. La catástrofe nace idealmente en lugares sin horizonte, donde está todo dicho, guetos verticales o de polvo, donde solo el golpe es una forma de que pase algo. En esos lugares que crecen hacia adentro y se comen a sí mismos es donde nace *La peste*, escribió Camus. El desierto suele comenzar en los márgenes de las ciudades, lugares abandonados por el Estado. Lugares sin fe ni ley, donde el tiempo se detiene y la nada toma la forma de la planta carnívora.

El horror en latín es erizarse, pero no es lo mismo que el miedo, es una ruptura de algo: el momento exacto en que se rompe una idea y, se diga o no en voz alta, *no lo puedes creer*. Hay

acontecimientos que no encajan y se quiebra la historia. Ves, pero sin comprender, sin poder entonces concluir. Pero ocurre que al cruzar un límite en el horror, comienzas a creer en lo que ves. Luego dices, si *eso* es posible, entonces todo lo es. Salvo seguir creyendo en las existencias virtuales, esa clase de verdad ligeramente mentirosa con la que dices la palabra padre, madre, hijo, te amo, democracia y ley; esa fe queda destruida. Luego el horror se banaliza, se justifica o es visto con indiferencia. Anestesia que lleva a que la sacudida –que, como sospechó el psicoanálisis, es un sustituto erótico– se busque aún más lejos.

En la novela *2666* de Bolaño, "La parte de los crímenes" es la descripción monótona y quirúrgica de los asesinatos de las mujeres de Santa Teresa –basados en los crímenes reales de Ciudad Juárez–, en que el autor juega con el relato despojándolo de historia, hace una descripción obscena en su neutralidad. Al leer no sabes cuántos agujeros más se le pueden crear a un cuerpo para ultrajarlo, ni cuántas páginas más deberás soportar un horror que se vuelve aburrido. Vuelvo a leer esto: el horror se puede volver aburrido. Existe un horror deshorrorizado, como el que expresa el policía de la novela, un tipo impávido, porque *ya lo ha visto todo*.

Destruir la muerte no significa solo la fantasía de la inmortalidad, sino que la muerte deje de ser algo escandaloso.

Una imagen del horror aburrido: Lucía Hiriart de Pinochet, mientras estaba en La Moneda, pedía que le cortaran el quesillo en forma de corazón. (J.C. Romero).

"¿Y ahora qué pasa?", le pregunta el protagonista de *La naranja mecánica* a sus *drugos*, y a falta de que algo pase, golpear o quemar a un vagabundo por nada puede ser algo: al menos un suceso, una intensidad y una sacudida. No se trata de un crimen de odio ni de una venganza. Hay crímenes que se perpetran sin porqués.

A Anthony Burgess no le gustaba especialmente su novela. La versión más conocida, adaptada y dirigida por Stanley Kubrick para el cine estadounidense, quedó mutilada. Por decisión del editor –y la necesidad económica del autor– fue borrado el capítulo veintiuno, número que representaba la mayoría de edad. "¿Y ahora qué pasa?", le pregunta Alex a su nueva generación de *drugos* en el capítulo faltante, la misma del comienzo. Ahora algo pasa. Pasa, dice Burgess, que su héroe crece. No por una moral o pedagogía. Posiblemente aburrido de repetirse a sí mismo, comienza a sentir que su fuerza interior se vuelve más interesante en la creación. Distingue el poder (de matar) de la potencia: iniciar algo. Se le ocurre que podría tener un hijo. Pero al editor estadounidense le pareció que era una debilidad en la novela, le

dijo al autor que los norteamericanos eran más duros, que preferían mirar de frente la verdad humana como un mal irregenerable. Lo comprobaron pronto en Vietnam. Querían una novela nixoniana, dice Burgess, pero la original era más cercana a Kennedy.

Su novela creía en la libertad humana, en la posibilidad –intrincada y difícil– de elegir hacer el bien o el mal. Pero se encontró con que, en los sesenta, crecer se había vuelto algo aburrido y censurable.

***

Cuando derribaron las Torres Gemelas en 2001, los analistas decían que ese evento venía a terminar con una idea, específicamente, con la del triunfo estadounidense tras la caída del muro de Berlín, así como las guerras mundiales acabaron con la idea de la alta cultura europea. ¿Qué significaba una masacre de esa magnitud en un tiempo en que se suponía no había margen para grandes eventos históricos?

Ella, la niña, estaba en la universidad cuando trasmitieron el ataque. Recuerda primero el shock, *no se puede creer*. Luego las reacciones. En la televisión mostraban a gente de diferentes países, algunas lloraban, otros celebraban. Mal que mal, la mitad del mundo le tenía tirria a un país que intervino en la mitad del mundo; pero comerse el plato frío de la venganza con tal desparpajo, mientras unas personas se lanzaban por las ventanas porque consideraron, en un microsegundo desesperante, que morir reventado era menos malo que quemado, era obsceno. No recuerda que en su entorno más politizado hubiese de esas reacciones, pero sí una leve sonrisa, acompañada de una frase de madre terrible que te dice: “Te lo dije, te lo mereces”. La niña, ella, no dijo nada, quería pertenecer; tampoco es que callara algo que quiso decir –por ejemplo, “¡Esto es terrible, déjense de estupideces!”– sino que se confundió, renunció a discriminar lo que veía. Y es que el mal no es metafísico ni exclusivo de demonios absolutos; existen los demonios mediocres y podría ser cualquiera, desde luego, uno mismo.

De todo el espectro de reacciones mundiales, en Chile era inevitable, dada la coincidencia de fecha con el golpe de Estado –11 de septiembre– situar el supuesto “fin” del “fin de la Historia” como un mensaje directo. Cómo no, si el proyecto neoliberal había comenzado acá, su fin debía tener algo que ver con nosotros. Ya decía que Chile tiene algo de país de ficción, donde las olas de las ideas revientan, donde todos los experimentos empiezan y se espera que terminen. Por cierto, a la prensa del primer mundo le fascinan lugares como estos, lugares que aún imagina exóticos y no reales.

Después supimos que no terminó nada. Tampoco, como dijeron algunos expertos, ocurrió que la Historia con mayúscula se haya echado a andar de vuelta.

Pero mirar el ataque a las Torres Gemelas solo a partir del análisis de la hegemonía política lleva a perder de vista un aspecto nuclear del horror: volver imagen lo que era impensable. Creo que lo francamente insoportable no es solo la capacidad de destrucción y crueldad alcanzadas, sino aceptar el romance apasionado que tiene la humanidad con la autodestrucción. E incluso ser capaces de alegrarse por ello.

Pese a que la teoría de la pulsión de muerte fue lo más rechazado de la teoría de Freud –aunque la escribió en tiempos de guerra–, lo que el genocidio del siglo XX y el megaatentado con el que abrió el XXI llevan en su corazón es la autodestrucción. No se trata solo de asesinar al enemigo, sino de destruir la condición misma de lo humano. En ambos casos, el crimen implica destruir también a sus perpetradores. Ambos sucesos son de vocación suicida.

No es seguro que sea la imagen del ataque a su mamá lo más chocante, aunque lo fue. Fue justo el segundo después del fin de la escena. Como el silencio que sigue al bramido final de un terremoto de noche, cuando no se alcanza a ver aún la magnitud de los daños. En ese preciso instante, una electricidad sube por los pies, alcanza al corazón y llega a los sesos como un mareo, y asumo que se dilatan las pupilas como quien necesita ver en la oscuridad que algo irremediable ha ocurrido, por nada y para nada.

Ya había vivido un terremoto y visto la destrucción. Nunca la autodestrucción. Al menos no tan evidente, no tan grave. Se revelaba en ese dormitorio algo que también ocurría en su tierra en esos años de dictadura, en esa orilla donde todas las ideas vienen a reventar. Hablo de la mayor traición, la afición destructiva de quien, en teoría, debía cuidar. La traición de un padre, como la de un Estado, tiene una gravedad particular, porque no rompe solo a una familia o a un orden contingente, sino a la ley que humaniza. La violencia parricida, el incesto, la tortura, el genocidio, la esclavitud destruyen la genealogía; socavan lo que llamamos humano. No solo rompen el corazón, sino también la historia y la capacidad de que la vida en común haga sentido.

Un pacto social puede modificarse, su orden, sus leyes, pero destruir al pacto mismo nunca puede salir bien. Se hipoteca el después.

No te confundas. Las campanas siempre doblan por ti.

La guerra de Troya solo pudo comenzar con el sacrificio de Ifigenia

por su propio padre, Agamenón. Él mismo abrió la herida, la de ella, pero también la suya. La excusa inicial –la seducción de Helena por Paris– no alcanzaba para una guerra, faltaba sangre para que las furias y la sed de venganza se sintieran en las entrañas. La muerte de los hijos asegura que no habrá perdón. Los hijos son lo que queda en la espada.

Antígona está loca, tal como otros hijos cuya desesperación es reparar el desorden que dejaron sus antepasados. Su obstinación es enterrar a su hermano, en contra de la ley de la ciudad que lo castigó despojándolo de funeral, y rectificar así algo gravemente roto en su linaje: es hermana e hija de su padre, Edipo; hija y nieta de Yocasta. El castigo a su hermano significa algo más que una venganza, permitir que un cadáver sea rapiñado por las aves y dejar el cuerpo desmembrado a plena vista es destruir la forma que constituye lo humano. Avanzar por ahí es correr un riesgo suicida. Y así indica el mito: muere Antígona, el hijo de Creonte se mata, la madre del hijo de Creonte se mata. El mito es una advertencia para la especie. El sacrificio de Antígona no es causado por un amor fraternal disparatado. Es una fe en una ley anterior a cualquier época: una que separa a las generaciones, también a los vivos de los muertos, a los muertos de la basura; inventa a padres e hijos y los distribuye en camas separadas; crea una genealogía que le otorga un tiempo a cada generación: cada una debe dar paso a la siguiente y aceptar la muerte, y así sucesivamente.

> *Creonte: Tú sabías que era contra la ley.*
> *Antígona: Si a eso le llamas ley.*
> *Creonte: Lo hago.*
> *Antígona: Zeus no lo hace / la justicia no lo hace / los muertos no lo hacen / lo que llaman ley no comenzó ni hoy no ayer / cuando dicen ley no significa un estatuto de hoy ni ayer / significa las ordenanzas eternas no escritas e inquebrantables de los dioses / de las que ningún ser humano puede escapar.*
> (Antigo Nick. *Anne Carson*)

Jon Viar también es hijo de un desorden. Hizo una película sobre su padre, exterrorista de ETA. Nació después de que este hubiera salido de la cárcel por una amnistía. Cuando Jon supo de las acciones de su progenitor, tenía ocho años. Si bien el padre ya estaba arrepentido y asqueado de tanta violencia, como de su justificación política, se vivía el momento más intenso de los ataques de ETA. Jon vivía entonces con miedo.

¿Qué hacer cuando el padre y la fuente del miedo se acercan demasiado? A diferencia de Edipo, no se sacó los ojos, sino que hizo algo con ellos. No sabe por qué, pero se dedicó desde niño a grabar

con su cámara; ese es, por cierto, el material de su película.

Supe que hoy es dramaturgo y que siempre se ha fascinado con Antígona, "por el problema de los muertos que faltan y no se entierran". Sobre su película, llamada *Traidores*, nombre que se le daba a quienes dejaban la militancia, dice: "Esta es mi manera de tomar posición y no volver a hablar del tema". Aunque sabe –como yo sé que ella, la niña, sabe– que *el tema* no se va, y que son los hijos los que a veces deben ordenar los huesos.

¿Y ahora qué pasa?

Aunque la gran apertura del siglo XXI, con el ataque a las Torres Gemelas, no reanudó la gran Historia de la Modernidad, ese acontecimiento sí inauguró algo. No solo que pudimos ver imágenes espectaculares de destrucción en vivo y en directo, sino que lo realmente inquietante es que pudimos ver, ver de frente. Pronto podríamos decir: *lo hemos visto todo*. Incluso algo, cuyo mensaje, creo, hemos tardado en descifrar: las torres implosionaron, la gente debió saltar: asesinato y suicidio condensados en un solo grito.

La escritora Silvia Schwarzböck nota que el horror cuando no petrifica no es signo de fortaleza, sino de aburrimiento. Algo muy propio del siglo XXI. Ver el horror con la posibilidad de un bostezo es, sin saberlo, una autodestrucción. Y es que la muerte, a veces, trabaja en silencio.

Creo que esa vez no me tapé los ojos frente al televisor. Ni siquiera uno.



Más allá de lo concreto, Luis Sergio.

PUNTUACIONES

Si las comas hubieran estado en su sitio,
no se habría llegado a esa destrucción.
Karl Kraus

Su mamá se fue esa noche y nadie dijo nada. No sabe si preguntó, pero no recuerda ninguna respuesta. Un día, en esa temporalidad insólita, recibió una llamada suya. Cree que no le dijo nada, pero sí haber estado preocupada por su ropa. ¿Seguía con su camisa de dormir verde agua? ¿Tenía zapatos? ¿Cómo fue que corrió esa noche a pie pelado?

Las preocupaciones domésticas en una catástrofe tienen una función de salvataje psicológico: hacer algo, aun en el fin, para que parezca que el mundo sigue. Vistos a la distancia, son actos ridículos, como la sensación que provoca el ritual en los aviones antes del despegue. Los pasajeros casi nunca prestan demasiada atención a las indicaciones sobre qué hacer en caso de emergencia, ni siquiera la tripulación, cuyos gestos medio impostados revelan cierto desdén respecto de su propio actuar. Pero más allá de la apropiada recomendación de dejar atrás "los objetos personales" en caso de emergencia, aferrarnos a ellos, lejos de ser ilógico, es un modo de mantener la continuidad de sí; una pequeña fe cuando corremos el riesgo de convertirnos en una estadística triste.

Después de que su mamá volvió por ella y su hermano menor, la llevó a declarar a la fiscalía como testigo de lo que pasó esa noche. Según la madre, se quedó cerca de la puerta de la sala del fiscal y escuchaba cómo los funcionarios se reían, no de ella, sino de su forma de declarar. Recuerda haber hecho una descripción detallada de la caída de los juguetes del mueble blanco que combinaba con las camas, esas que su mamá había comprado hacía poco.

Cuando pudo leer el expediente judicial encontró el inventario de las cosas que su mamá pidió llevarse de la casa. Ahí estaban los muebles.

Dormitorio Nº 3

Un juego de dormitorio blanco CIC; dos camas de una plaza y media; dos veladores; cómoda escritorio y librero, cuatro repisas azules; una silla de madera azul; una cuna de bebé Nataly; cortinas Danubio azul; un televisor National diecisiete pulgadas; una radio reloj National; dos lámparas de velador.

(Estos objetos aparecían nombrados en un segundo inventario en el archivo, esa vez como denuncia del padre, quien acusaba a su mamá de haberle robado).

¿Por qué se le ocurrió a su madre comprar esos muebles justo antes del fin? Los episodios de violencia se hacían más frecuentes; la recuerda nerviosa, de allá para acá, y a ella agarrada cada noche de su camisa de dormir. La madre compraba muebles y ella veía películas de vampiros y diablos; quizá para ecualizar el miedo.

En todo caso, ¿qué es lo apropiado antes del fin?

Hay actos y palabras finales. Para hacer un gran final hay que crear una imagen dramática. Sobre todo, cuando no somos capaces de irnos, pese a todas las señales de que algo se acabó.

Los finales los imaginamos rotundos, como un disparo. Ursula K. Leguin dice que las personas muy masculinas son de frases cortas. Como Hemingway. Un disparo. ¡Pum! Una frase corta.

Pero antes que un fin, un disparo puede ser el comienzo de una trama infinita de venganzas, como en las mafias y los amantes. La vendetta es también un tipo de matrimonio.

El problema de las pistolas es como el de los cuchillos del cuento "El encuentro" de Borges: las armas están vivas. Esos cuchillos habían pertenecido a dos gauchos que dejaron un duelo inconcluso; cuando estos ya eran polvo, al fin las armas, después de tanto buscarse, se encontraron. Ocurrió una noche inocente, cuando dos hombres jóvenes que no sabían pelear tuvieron una riña. Uno murió, y el que pasó a ser un asesino, se recriminó menos por haber cometido un crimen que por haber realizado un acto inútil. Para Borges, los hombres fueron las herramientas, mientras que los metales, los protagonistas.

En las armas duerme el rencor humano. Y las armas esperan su momento. Hay que considerar también que algunas cosas duran más que la gente.

Las armas se crean como medios para fines, pero eso casi nunca es cierto. Un arma es un fin en sí mismo. Un arma es también un objeto que viste al cuerpo, le confiere una potencia inédita. Como la cocaína y los estimulantes. Las personas armadas se sacan fotos, dicen con su imagen que ellos, a diferencia de los demás, pueden decidir dónde se pone el punto final. Un arma es un decreto.

Un arma cierra el cuerpo. Un arma se goza, como se gozan los énfasis, los signos de exclamación y los puntos finales. Hay cierta espectacularidad en tomar un arma. Son imágenes de otras imágenes. Hay algo escénico e histriónico en los gritos de algunas milicias, de los terroristas islámicos y los de Hitler. Los pandilleros con sus pistolas posan para la cámara componiendo con guiños a los cowboys, los

nazis, Bonnie y Clyde o sus sucesores, *Asesinos por naturaleza*, los kamikazes y los yihadistas; otros usan referencias más actuales como los overoles de *Casa de papel* o *Breaking Bad*. Las imágenes se van desplazando, lo que comparten es el rasgo del *fascinante fascismo*: duro, potente. Sexi.

El fascismo es, entre otras cosas, teatral.

"Nos torturaban como teatro", dijo uno de los prisioneros de la cárcel de Abu Ghraib, según recoge Adriana Cavarero en *Horrorismo*. La imagen grotesca de los prisioneros apilados desnudos, solo con una capucha tipo Ku Klux Klan, junto a una sonriente soldado norteamericana, devela la autoparodia. En esta escena no hay un plan estratégico, sino el placer del montaje.

No solo las armas unifican a un cuerpo. También los trajes y los uniformes. Los uniformes dicen que alguien pertenece a una comunidad o una idea, pero también pueden ser, como las armas, un fetiche, una fantasía de potencia y trasgresión sexual.

Daniel ante la llegada del ejército alemán, en la novela Con la muerte en el alma *de Sartre:*

Pensaba: nuestros vencedores. Y se sentía invadido por el deleite. Replicó audazmente las miradas y se embriagó de cabellos rubios, de rostros curtidos en que los ojos parecían lagos de glaciar, de talles estrechos, de muslos increíblemente largos y musculosos. Murmuró: ¡Qué hermosos son!... Algo se precipitó desde el cielo: era la antigua ley. Se había hundido la sociedad de los jueces, y la sentencia quedaba borrada; estaban derrotados los soldados de color caqui, campeones de los derechos del hombre y el ciudadano. […] Entran como en la manteca, entran en París como en manteca… Habría deseado ser una mujer para arrojarles flores.

Aceptamos que lo personal es político con cierta facilidad, pero resulta menos admisible aceptar que lo político también es sexual. A una ideología, a su relato y a su imagen, se puede adherir por una seducción inconsciente. Según Susan Sontag es un error suponer que el nacionalsocialismo solo representa terror y brutalidad. Tal como el fascismo, encarna unos ideales que hoy siguen presentes: el culto a la belleza, la fetichización del cuerpo y la potencia. Las fantasías asociadas a los uniformes suelen ser eróticas. Es a lo menos inquietante que existan libros como *SS Regalia*, un cuadernito de imágenes de las prendas que usaba la policía nazi. En cambio, no existe uno de la policía que los antecedió, los SA o camisas pardas, quizá, como especula Sontag, porque estos últimos se parecían más a un leñador gordo y cervecero, mientras que los SS se veían dramáticos en su ropa negra ajustada. Otro rasgo del imaginario nazi fue la cicatriz en la cara; no era solo un signo de osadía, sino también de

estatus. Las cicatrices eran consecuencia de un ritual llamado *Mensur*: el esgrima académico que se practicaba en las universidades de la clase alta. Algunos se ponían pelo de caballo para que tardaran en cicatrizar, otros derechamente le pedían a un cirujano dejarles una marca en el rostro.

No hay que compartir las ideas políticas del fascismo para replicar el mensaje de su estética: se trata de escandalizar, jugar sutilmente con el horror, asustar un poco, pero a la vez, banalizar el gesto duro, acostumbrar a todo el mundo a ello. El cuero, los látigos sadomasoquistas, los bototos y los mohicanos, el peinado *mullet* –corto a los lados, largo en la parte superior– tienen un aire fascistoide; desde luego hay otras estéticas fascinantes: la de los guerrilleros latinoamericanos, los vampiros, los samuráis, la moda militar norteamericana, los pandilleros urbanos. Son imágenes que van superponiéndose unas a otras, imágenes cuyo mensaje es: soy una flecha.

Quizá exista una imagen oculta en el inconsciente que se repite todo el tiempo. ¿El ritual ancestral de la caza? Incluso en tiempos en que el ser humano vive en burbujas y se cree herbívoro, es muy evidente que el rito de la potencia, del todos contra uno, no cesa. El progreso no es una línea ascendente que supere lo previo. Lo retoma.

Planteo una gravitación carnívora silenciosa, luego lingüística, en la fuente de la ronda de ida y vuelta que inventó la danza que inventó el círculo. […] Cubran sus tejidos, de telas, de seda, de lujo, de tatuajes, de joyas, los cuerpos; la desnudez ancestral simiesca surge de pronto en la vuelta de una rotura o de un pliegue. […] La crueldad es la sublimación de la ferocidad, así como la guerra es la sublimación de la caza, que a su vez era la sublimación de la predación. Caza y sacrificio son las dos caras de la misma moneda infernal. (Pascal Quignard)

Sobre el arma del padre, ella, la niña, no sabe cuándo se le ocurrió tener una, si era nueva o antes le perteneció a alguien. ¿Quién la tuvo después?, ¿existe aún? Lo seguro es que cuando la consiguió debió sentirse distinto. Dicen que se siente una adrenalina. La pistola del padre era un revólver Smith & Wesson calibre 38. En internet dice: “Creado en 1902, desde los años cincuenta hasta los ochenta fue el cartucho común de uso de la policía estadounidense, también popular en la guerrilla. Hoy sigue siendo popular, aunque para autodefensa y tiro deportivo y recreativo”. Hoy un arma de viejos; como todo, también armas y municiones son modas. Estos días el arma de moda, al menos en Chile, es calibre 40. La comenzó a usar el FBI en Estados Unidos en los noventa, pero hoy son los criminales quienes la usan, aparecen en las canciones y, dicen, otorga estatus.

Mientras que de los trajes del padre recuerda que este se vestía

distinto a cualquiera que ella conociera; su mamá lo definía como un *dandi*. Baudelaire dice que un dandi es el héroe en la decadencia. Recuerda una foto con el fondo evaporado y su imagen al centro como una aparición de otro siglo; su ropa y su peinado le recordaban a una portada de *El retrato de Dorian Gray* que había visto en el colegio. Su imagen decía que era de otro mundo, lejos de este y su ley. Cuando viajaba le traía ropa, pero no ropa de las marcas de moda en otros países, sino ropa de tiempos imaginarios. Fue a un cumpleaños vestida de Heidi, también de la hija de Sissi la emperatriz. Eso es vestirse como un punto aparte, pero mal puesto.

Un ensayo sobre revoluciones y otras puntuaciones soberbias

La pregunta moderna: ¿qué vendrá mañana?
La pregunta posmoderna: ¿en qué terminará todo esto?
Sergio Rojas

I.

Es común soñar con eventos y catástrofes previos a nuestro nacimiento. No puede ser casual que cada generación sienta una fascinación por los horrores vividos por sus antecesores. Hay una literatura europea de la época, a la cual el crítico George Steiner llamó "el gran *ennui,*" que describe bien esa fascinación.

Ennui es una palabra francesa que se traduce como aburrimiento, pero no es aburrimiento en su forma común y pasajera, sino un estado de tedio metafísico capaz de transformase en un estado mental colectivo. Steiner ubica este periodo en las décadas de prosperidad económica y cultural, también de la mantención de una razonable coexistencia pacífica entre naciones, que ocurre después de las guerras napoleónicas hasta la Primera Guerra Mundial. Ese tiempo se convirtió en un mito de progreso y bonanza cultural. Pero también en una pequeña edad de oro cuya drástica desembocadura en la carnicería que fue el siglo XX resulta tan incomprensible como la caída de las personas que cuando están en su mejor momento se encargan de destruir su vida. Ambos casos han sido material de reflexiones psicológicas.

Existía el supuesto de haber alcanzado una madurez y una coherencia sustentadas en la racionalidad y la ciencia como método de conocimiento. Pero lo que nota Steiner es que por cada entusiasta publicación científica aparecía otra en la literatura que expresaba una nostalgia del desastre. Un estado de ánimo feroz

crecía de manera insidiosa y se colaba en las fantasías de ruina y destrucción en el arte. Todo indicaba que el mito del nuevo estado de cosas encubría graves tensiones de clase y generacionales, además de una represión sexual irrealizable. Las energías vitales estaban estancadas, la vida se volvió repetición y somnolencia.

Creció una generación que rumiaba recuerdos que no le pertenecían. El recuerdo de otro tiempo que corría más rápido, un tiempo de excepción, de inaugurarlo todo –incluso el calendario–, era un tormento. La Revolución no fue como las guerras profesionales y limitadas, sino que se convirtió en un estado de ánimo, en un marco teórico. Decir "el mañana" era algo que podía ocurrir pasado mañana. El paisaje se erotizó. Se llenó también de sangre. Y ese paso de un tiempo demoniaco a uno burocrático no fue pacífico en el alma de las siguientes generaciones. ¿Cómo podía un joven escuchar sobre el Terror o Napoleón y luego ir a trabajar a una oficina?

El pasado se encriptaba como un mensaje en los sueños violentos hechos de imágenes de ciudades devastadas, fuego y ruinas; a la vez, crecía la fantasía de un retorno a la naturaleza como rechazo a la vida moderna. ¿Siempre aparece esa idea en tiempos de crisis, de cambio o de tedio?

Antes del gran estallido de 1914 ya la vida en las ciudades había cambiado. Los avances técnicos, las grandes industrias, el psicoanálisis, el feminismo, la física moderna y el arte abstracto fueron modificando el cotidiano y el paisaje. Philipp Bloom describe que para algunos el escenario era apocalíptico, mientras que ciertos grupos veían buenas noticias: la escritora sufragista Rosa Mayreder declaró obsoleta la masculinidad tradicional. Y pudo tener razón. Efectivamente, el particular *ennui* masculino suele revitalizar los rituales de masculinidad cuando hay incertidumbre; en ese tiempo la respuesta fue que los duelos y los uniformes cobraron un nuevo impulso. Los más entusiastas con ir a la guerra –seguramente como forma de recobrar la hombría– eran los jóvenes de clase media. Por el contrario y, por intereses y necesidades distintas, obreros y campesinos estaban en contra. En todo caso, esos hombres, primero entusiasmados, muy pronto conocieron lo que la tecnificación le hizo a la guerra: tan solo el primer día de enfrentamiento de la Primera Guerra murieron sesenta mil soldados británicos.

El *ennui* podría ser una teoría de la cultura, una evidencia de las fuerzas que pulsan en la psicología colectiva: no hay cultura sin malestar. Ni en los mejores días.

II.

A cada generación le toca puntuar la historia y administrar el asunto del deseo, el aburrimiento, la revolución y la nostalgia.

El helenista Gregory Nagy dice que las epopeyas se recitaban en Atenas cada cuatro años y su función era curar la locura que dejaban las guerras, otorgándole a la historia una estructura rítmica; como una canción que pudiera hacer sentir a las nuevas generaciones parte de algo digno y no herederos avergonzados de una masacre.

Nagy explica que las epopeyas son historias de guerra contadas a los nietos, saltándose a una generación (¿cómo la de los noventa?), la cual, más cerca del trauma, no quiere saber absolutamente nada de grandes hazañas ni de masacres. Mientras que la tercera generación, la que no teme a los disparos, puede incluso llegar a anhelarlos.

Una mañana de 1869 el estudiante ruso Iván Ivanovich fue hallado en el fondo de un estanque con un tiro en la cabeza. Esa mañana el secreto de la sociedad –secreta– "Venganza del pueblo" fue develado y su creador, arrestado. Se trataba del joven Serguéi Nechayev, primero protegido de Bakunin y despreciado por Marx, pero después desprestigiado por ambos por sus métodos violentos y su amoralidad; en el fondo, por su psicopatía. Su proyecto era el sacrificio de todo en nombre de la revolución, el bien y el mal consistía en lo que servía y lo que no a esa idea, y sus métodos: la intriga, el engaño, el terror. Su idea: "La destrucción rápida, terrible y sin piedad de esta ignominia que representa el orden universal". Digámoslo: ese es un punto final metafísico.

Dicen que Bakunin quedó tan alarmado como estupefacto. Quien sufrió las consecuencias de las ideas de Nechayev fue su compañero Iván, quien comenzó a preguntar por el sentido real del proyecto, no fuera que, en realidad, su líder estuviera pasando sus propios intereses como si fueran los de todos. Y ante demasiadas observaciones y suspicacias, ocurrió lo que no es raro en estos casos: una falsa acusación para deshacerse de quien molestaba. Serguéi acusó a Iván de delator y convenció a sus compañeros de asesinarlo. Quién sabe si le creyeron, o bien, como es también normal, terriblemente normal en estos casos, aun sin creerle a su líder, no fueron capaces de disentir.

Cuando nos preguntamos cómo ciertas cosas han sido posibles y nos escandalizamos y juramos al cielo que hubiéramos actuado de otro modo, no consideramos que hacer un punto de manera singular, por ejemplo, decir "no" a una mayoría, requiere de un coraje inaudito en determinados momentos. Así fue como ocurrió con el famoso batallón 101 de la policía alemana creado durante la Segunda Guerra Mundial. No fue exitoso por odiar a su enemigo

ni creer en la ideología, sino justamente por la incapacidad de discrepar y el deseo de pertenencia. La cosa fue así: quinientos hombres comunes ingresaron a la policía para, precisamente, no ir al frente. No eran nazis. Sin embargo, les encomendaron cometer asesinatos masivos de civiles. Los documentos encontrados dicen que no se los obligó, que incluso se les dio la posibilidad de retirarse sin castigo. Solo doce lo hicieron. La mayoría se quedó por temor a ser criticados por sus pares. Fueron considerados un grupo eficiente: mataron cerca de treinta y ocho mil personas entre 1942 y 1943.

Dostoievski se basó en el caso del asesinato de Iván Ivanovich para situar el fenómeno del tedio y el nihilismo en el hilo generacional, en su novela *Los demonios* de 1872. Describe un clima de fin de ciclo: el tiempo de la tradición llegaba a su fin y la generación siguiente, la de los "intelectuales de invernadero", se fascinaba con las ideas críticas; sin embargo su inconformismo era discreto para no amenazar a sus mecenas. Incapaces de agarrar su época por el mango, profundizaron el tedio y la desesperación. Los intelectuales de la novela enseñaban las nuevas ideas sobre renovar el mundo y al ser humano, cambiar al mundo desde arriba; alguna vez, claro, pero no hoy, no ellos. Sus alumnos los admiraban y en su corazón se iban incubando "los demonios" y la nostalgia del desastre. Diversos personajes encarnan a los demonios: uno cuyo aburrimiento es metafísico, el conspiracionista, el suicida que sirve de tonto útil al conspiracionista, y el que duda; este último es asesinado.

Cada generación, tras sus excesos y cobardías, recuerda que la locura individual y colectiva existe, pero se vuelve a olvidar una y otra vez. Creo que es algo que reprimimos porque *no se puede creer*. Serguéi Nechayev cada cierto número de años vuelve a ser considerado un referente –un poquito pasado de rosca, pero sexi–. No nos engañemos, escribió Camus, las energías masculinas adolescentes nunca desaparecen.

Lo que Dostoievski describe, como lo haría Pasolini a fines de los sesenta, es que en el humo del fuego combatiente se confunden inevitablemente antifascistas y fascistas: las personas bienintencionadas, los que buscan construir algo nuevo, los tontos que morirían por una idea por la que ni sus creadores estarían dispuestos y, desde luego, las personas más psicopáticas. Stefan Zweig en sus memorias repara en el mismo asunto, con la diferencia de que no retrata a ningún demonio; hay dinámicas que se repiten sin necesidad de encarnarse en seres excepcionales. Explica que no solo los ejércitos fueron derrotados tras la Primera Guerra Mundial, se quebró también la fe en la autoridad. Mal que

mal, durante cuatro años se permitió el asesinato en magnitudes nunca vistas, las autoridades sacrificaron a sus hijos en nombre del patriotismo. No era de extrañar que una generación de jóvenes los mirara con desprecio y rencor. Comenzó entonces una deconstrucción de todos los valores previos: se despreciaba toda literatura que no fuese activista, la mayor ambición era ser joven y pertenecer a un "ismo". Y pese al valor de todo ello, se volvía al mismo problema: autorizarse a guiar la historia. Lo que llevaría –y llevó– a la misma ineptitud de crear instituciones capaces de hacerle frente a la locura que cada época es capaz de incubar.

Y es que hay momentos en que la defensa y creación de instituciones se considera una lata. Puntuaciones sin disparo, sin héroes ni espectacularidad.

En todo caso, así como hay megalómanos del punto final cuyo propósito es acabar con todo, existe otra locura, la de pretender *ser* el punto final: defender el *statu quo* a como dé lugar, suponer que el mundo que hay es el último mundo. Contra las comas, los reaccionarios se oponen al devenir de las cosas.

Las instituciones y los pactos, como las personas y las ideas, se renuevan, emergen deseos que abren camino. Progresistas y conservadores se oponen respecto de este asunto, pero existe otro clivaje secreto: entre los puntos fuertes y las comas. Entre quienes se arrogan el fin y el principio, y los que confían en que el mañana es posible a partir de la apertura y los finales abiertos.

Ningún tiempo es homogéneo, hay muchas generaciones en una misma época; pero hay un espíritu que se puede reconocer en ellas. Hay generaciones adormecidas y otras que tienen pesadillas, algunas no quieren saber nada del pasado y otras nada del presente. Hay algunas que son viejas para siempre y otras que nunca dejan de ser adolescentes. Hay generaciones que ponen comas y otras que se creen flechas. Cada generación puede puntuar la historia a su favor. Como sea, recuperar un mundo roto, tarda.

La historia a veces parece un bucle. Y nosotros atrapados en él.

III.

Se ha descrito a los soldados que no pueden volver de la guerra, pero también existe la tragedia de quienes quieren volver, pero ya no pueden.

Es lo que relata en una entrevista de 2019 el exfrentista Ricardo Palma Salamanca. A comienzos del retorno a la democracia en Chile, participó, a sus veintiún años, en el asesinato del entonces senador Jaime Guzmán, ideólogo de la Constitución

de Pinochet. Palma Salamanca fue condenado a cadena perpetua, pero unos años más tarde, y de manera espectacular, logró escapar de la cárcel de alta seguridad junto a otros prisioneros en un canasto arrastrado por un helicóptero. En esa entrevista, una de las pocas que ha dado, dice que las personas se le acercan buscando "al guerrillero que fue" y que él desprecia. Escapó de prisión, pero su posibilidad de libertad estaba destruida. Los actos imprescriptibles pueden dejar a las personas atrapadas en una sola historia para siempre.

Si bien muchos no creían que las elecciones de 1989 iban a ser limpias y que Pinochet saldría del poder democráticamente, los grupos de resistencia armada perdían sentido. Algunos abandonaron, pero Palma sintió que hacerlo implicaba una traición: "Yo seguí como burro". Dice que en su destierro solía pensar en qué había sido de sus conocidos, los que sí pudieron seguir con su vida. Fue él quien hizo algo irreparable: disparó en democracia.

Casi nadie muere por convicciones ontológicas. Como observa Camus, Galileo retiró sus palabras para no morir por una teoría. Y estuvo bien. No obstante, hay gente que sí está dispuesta a morir por ideas, pero que lo hagan no significa que necesariamente sean buenas ideas. Y las ideas, como las pistolas y los cuchillos, pueden hacer su propio espectáculo sirviéndose del cuerpo de quien las toma. Luego, el asesinado y el asesino pagan el precio de la historia con mayúscula.

Sobre su actuar, dice que fue llevado por una inercia.

¿Qué tipo de fuerza de gravedad es la que se manifiesta cuando eres capaz de hipotecarlo todo y consumirte en un impulso?

Es un paso más allá en la cuerda floja, a pesar de que las señales del viento son inequívocas de que hay que detenerse. Una más, una más… es el ritmo de un tipo de satisfacción muy propio del vicio: el goce del punto final solitario, pero repetitivo; es el *beat* (el golpe), es la investida, "un más" mortífero.

No podrás comer solo una.

Hay quienes disparan sin que la meta sea ganar, si se entiende ganar como sacar un provecho. En los femicidios con el posterior suicidio del asesino es muy evidente, también en el caso de los pistoleros solitarios. Incluso, dicen que Hitler cerca de su derrota pensó en acabar con toda Alemania. Quizá nunca pensó realmente en ganar, sino en ser el amo de un gran final.

Y es que ganar obliga al después: el tiempo demoroso de las comas.

El psicoanalista inglés Donald Winnicott sospechaba de las

razones inconscientes para ir a la guerra. En 1940 escribió una carta abierta, seguramente impublicable hoy, a Churchill. En ella lo interpelaba sobre las razones para ir a la guerra. Aunque los alemanes hicieran fácil la respuesta, puesto que en ese momento eran decididamente los malos, eso no significaba que ellos, los ingleses, fueran buenos. Al menos no así, a secas y para siempre. Si en esa contingencia eran los buenos, era solo por una razón: ellos luchaban por su libertad. Los nazis, en cambio, querían cualquier cosa salvo ser libres.

“Nosotros los alemanes somos muy felices. Estamos liberados de la libertad”. Testimonio recogido por Eric Hoffer.

En las memorias del escritor húngaro Sándor Márai, *¡Tierra, tierra!,* hay una escena en la que el autor cena con sus parientes en marzo de 1944; todos eran contrarios a los nazis, salvo uno. El vino soltó la conversación y Márai insistía en que era necesario romper con los alemanes. Pero el pariente nazi, algo bebido, golpeaba la mesa y pedía lealtad. Entre las risas nerviosas de los demás comensales, el nazi le dirigió unas palabras: “Tú tienes talento, yo no, necesito del nacionalsocialismo.” Todos rieron y continuó: “Este es el tiempo de los sin talento”. Todos volvieron a reír. Sonó el teléfono: los alemanes acababan de ocupar Hungría. El pariente de Marai transparenta la sospecha de Winnicott: al ser humano le cansa una clase de libertad, la que es difícil, y cada tanto se las arregla para perderla. Y ellos, los ingleses, como cualquier otra ciudadanía, no estaban eximidos de ese problema. En su carta a Churchill conmina a sus compatriotas a ganar la guerra, pero como un triunfo militar, no moral. Tampoco como algo definitivo. Puesto que la liberación es solo un momento en la victoria, la libertad se juega después, dice, en las vicisitudes de la vida democrática.

En todo caso hay guerras de muchas clases. Para quienes no usan uniforme ni armas, para los guerreros de salón, el metal es su idea. Y las ideas se han vuelto cada vez más cortas, pero, paradójicamente, más sólidas. La tecnología aportó el material para que, ya entrada la segunda década del dos mil, la atmósfera pública se intensificara bajo el estilo de la opinión entendida como una forma severa de tener la razón. Su material es el cliché y la frase hecha.

Para comprender una época y lo que somos en ella, no basta escuchar lo que hablamos, sino cómo hablamos. La lógica de guerra y su lenguaje de soldado, sea en un campo de batalla, en una esquina, en una sala universitaria o en redes sociales, permite

evadir pasar por la soledad de las decisiones complejas e inciertas. Si se embrutece el lenguaje se embrutece la vida. Si se habla de manera anónima u oculto en el nosotros, dejamos de ser responsables, por lo tanto, libres.

El lenguaje ha tomado un carácter desesperante, parecido a un uniforme nazi, un cuchillo rencoroso y un punto final. Que, como todo final, es solo el comienzo de una venganza. Mal negocio: hemos maltratado el material del que estamos hechos.

Las frases hechas pueden causar guerras. (Karl Kraus)

IV.

El estallido social de 2019 en Chile hoy es una especie de enigma. Para algunos fue lo mejor que les pasó en la vida; para otros, lo peor. Los primeros sostienen que fue provocado por una crisis que le antecede; los segundos alegan que la crisis comenzó con el estallido. Lo interesante es que ambas posiciones tienen razón.

Una figura que puede ilustrar el enigma del estallido fue un afamado manifestante: "El pelao Vade". Representaba a los enfermos, en realidad, los encarnaba, porque él mismo decía estar enfermo. Con la calvicie propia de los enfermos de cáncer iba a protestar con un catéter pegado al pecho. Hasta ahí nadie se preguntó cómo eso era posible. Y es que su imagen era fascinante, el héroe de la época: un enfermo que se levanta en sus últimos días a luchar por la justicia de su país. Su fama fue tal que consiguió ser elegido como representante para escribir una nueva constitución, momento en que fue descubierto: no tenía cáncer. Aunque de todas maneras estaba enfermo, pero de algo de menor gravedad. Se afeitaba el pelo y las cejas, y el catéter no llevaba a ninguna parte. El desengaño no fue solo con el personaje, sino con el hechizo que provocó el estallido. Había una verdad y una mentira en todo lo que pasó. Chile estaba –y está– enfermo, entre otras desigualdades y desprotecciones, de su sistema injusto de salud. Es la verdad que representaba Vade. Pero su mentira también era parte del estado de ánimo del estallido: se le atribuyeron al país enfermedades que no tenía. Chile, desde luego, no era el mejor país del mundo, pero estaba muy lejos de estar entre los peores.

Una idea que comenzó a repetirse en la última década es que los años del retorno a la democracia, "los treinta años", fueron en realidad una continuación de la dictadura. Un amigo extranjero me decía que le parecía una frivolidad: si se hablaba de

posfascismo, ¿no habría entonces que hablar a lo menos de "los cuarenta y siete años"?, considerando en la cuenta a la dictadura. Es una disputa curiosa la de los treinta años, se le atribuyen palabras diversas: crecimiento, modernización, desigualdad, posfascismo. Desde luego, en la discusión se juegan trayectorias vitales, lugares sociales, intereses corporativos, verdades, verdades a medias y, creo, anhelos inconscientes.

El fin de la dictadura en Chile coincidió con la caída del muro, y pese a que quedaron rastros de la revolución que no fue –o bien, sí fue, pero de otra manera: a finales de esos años tuvimos una bebida cola local que se llamaba Free (libertad) y sabía pésimo–, el ánimo fue el del olvido y el futuro. Quedaba la sensación de que la justicia no llegaría nunca, de que no se lograría y, de que, mal que mal, vivir sin miedo era una novedad maravillosa. Pero tal como en las historias personales, en las colectivas quedan fantasmas revoloteando. Y ese fantasma fue el de la justicia. Desde luego, muchos involucrados tenían interés en no abrir ese flanco; a la vez, Pinochet se quedó ocho años más como comandante en jefe del Ejército, y seguramente fue apremiante, ante las circunstancias, afirmar una democracia incipiente. Pero también el olvido forzoso se alimentó con otro: la narcosis de los noventa. Los supermercados llenos de productos internacionales despertaban la sensación de estar en el mundo. Las farmacias asociadas al retail daban la señal de que esto venía con farmacopea, y era cierto. El turismo en masa, los colores de los M&M, los mobiliarios psicodélicos de los locales de McDonald's (preámbulo de la estética Google), los nuevos servicentros veinticuatro horas eran un hipnótico para un país que no quería saber más, por un tiempo, de política.

El problema es que la justicia es más que una institución, es lo que amarra la vida en común. Es un tipo de puntuación distinto al ajusticiamiento; a diferencia de este último, no incurre en la pasión de la venganza, sino que separa al asesinato mismo de la ley de la vida; es un recordatorio para todos. Mientras que la impunidad alimenta fantasmas de venganza y a la vez va infiltrando un sutil sinsentido.

El dramaturgo Wajdi Mouawad dijo en una entrevista que la guerra civil española fue una profecía del siglo XXI, en el sentido de anunciar un mundo en que las personas harían todo lo posible por no perdonarse, ocultando la verdad, imposibilitando decir lo que ocurrió. La posdictadura chilena comparte ese rasgo, por cierto, cuyos efectos son cada vez más frecuentes en las sociedades: el rencor y hasta el odio entre quienes viven juntos.

Un escollo enorme que dejó el siglo XX fue dejar en evidencia

que un Estado, como un padre, puede volverse loco; ambas palabras quedaron cargadas de infamia y había que sacarlas del texto nuevo. A fin de cuentas, el futuro del mercado, como el de los cohetes, no necesitaría Estados ni padres. Pero borrar o debilitar funciones no es lo mismo que hacer justicia.

Diría que una herencia del "después" fue precisamente la falta de amarras. Y esa experiencia de olvido, repleta de fantasmas, a ese malestar impreciso, se lo delegó al campo de la salud mental. La palabra *triunfante* en los noventa en Chile, como en otras partes del mundo, fue Prozac (fluoxetina).

Jubilados antes de la primera batalla, los jóvenes en los noventa inventaron intensidades y riesgos diferentes, como el deporte aventura y otras formas de sacudidas semicontroladas, como las drogas de diseño; la liberación sexual fue impulsada otra vez, aunque aún bajo el código machista. El lenguaje de la guerra se desplazó al mundo del *management*; otro tipo de frase corta, en inglés. La idea fue abreviar. El lenguaje de la empresa se extendió a todo: a la psicología, la educación, incluso al amor. Las cosas se volvieron demasiado iguales unas a otras y las variaciones comenzaron a ser de tamaño, color y cuotas en la tarjeta de crédito.

Pese a ese arreglo lingüístico que suponía claridad y efectividad, crecía una opacidad no calculada por los estadísticos. Entrados los dos mil, los informes de desarrollo humano mostraban que la gente tenía más, pero estaba a la vez más disconforme. Las cifras de cosas importantes para una sociedad crecían, pero también el descontento y la desconfianza. Ambas cosas eran ciertas al mismo tiempo. ¿Puede ocurrir algo así? Desde luego. Por un lado, mientras más se amplía la democracia, más se le exige. Y, por otro, tal como la edad de oro del *ennui* europeo, en Chile, como en otros lugares del mundo, el entusiasmo y las cifras negaban la importancia de la desigualdad y otras tensiones que se acumulaban, como la crisis migratoria, la burbuja inmobiliaria, la precarización del trabajo y la ruptura generacional acelerada por la tecnología digital. Asimismo, los procesos de democratización fueron transparentando los casos de abuso empresarial y el financiamiento de privados a los políticos.

Ya sabemos lo que vino. Tras años de estancamiento político, la novedad irrumpió desde los movimientos sociales. El primero, creo, fue uno mundial y que trajo la crisis de 2008: el de la "indignación". Por un lado, el mensaje era que algo estaba mal, que se asomaba el fin de un ciclo y que la rebeldía era atractiva otra vez. Por otro, que los movimientos contraculturales –y luego sabríamos que también las respuestas contrarrevolucionarias– se

comenzarían a parecer a las marcas trasnacionales y a manifestarse igual en todas partes.

Nuevos peinados y uniformes comenzaron a aparecer. Recuerdo una polémica acerca de dos portadas en una misma revista. Una era de las mujeres del gobierno de derecha de Sebastián Piñera y la otra de algunas representantes del movimiento feminista de 2018. La primera era en tonos blancos, la ropa en el espectro del crema y el dorado, y los cabellos, casi todos, tirados al rubio y alisados químicamente. ¿No fue ese el imaginario noventero, el de Barbie Malibú? La segunda era una foto oscura, el fondo negro, la ropa de las mujeres era opaca y los peinados eran cortos. La crítica en ese momento era que habían retratado a las feministas como una especie de neobrujas, cosa que me pareció, lejos de un insulto, una observación interesante. Las primeras encarnaban el *look* del fin de la Historia: una mujer multitarea, que puede tener poder, pero debe ir al gimnasio y al cirujano para sostener los estándares estéticos del ojo masculino tradicional. Las segundas venían a pelearlo todo, incluso la imagen. El montaje tenía algo tribal. Emergía un renovado entusiasmo por otras formas de vida, algunas ancestrales, pero también una idealización de pasados reales y apócrifos.

Y es que el tratamiento *post* del pasado, en palabras del historiador Pablo Aravena, es despojarlo de lejanía y extrañeza. Más que pensar el pasado, este se usa, se puede fetichizar con propósitos políticos, espirituales, incluso comerciales, y en esa operación se pierde la llamada conciencia histórica. Que es algo así como una buena terapia, de las que duelen, no las que confirman al ego ni las simplificaciones, sino las que obligan a mirar de frente para hacer con lo que hay y con lo que no. La conciencia histórica, en el caso de Latinoamérica, es la de una historia pendiente: asumir lo ancestral, también los ensambles entre culturas, su contaminación, el devenir continental, los materiales con los que se cuenta y con los que no, lo que se ha rechazado, la riqueza cultural, pero también sus límites y las pasiones tristes de un continente de padres ausentes (según un informe de las Naciones Unidas, es la región con mayor presencia de hogares monoparentales), las contradicciones y las catástrofes de los proyectos truncados por las furias políticas.

Como sea, cuando el mundo declara un nuevo después, esta vez un después del después de la historia, más póstumo que post –porque el estado es de crisis o semicrisis permanente–, Latinoamérica, otra vez tarde –aún tenía pendiente entrar al desarrollo prometido–, quedó en la estacada. Antes de alcanzar la cima, ya nos subíamos al tren de la decadencia del nuevo milenio.

Y el malestar, en Chile, como en otros puntos del planeta, en la segunda década de los dos mil, acumuló cientos de demandas y nuevos lenguajes para manifestarlo.

El tono comenzó a volverse apocalíptico o postapocalíptico, depende. Un detalle no menor es cómo comenzamos a experimentar el futuro. Si la imagen del futuro en los noventa era la de *Los Supersónicos,* estúpido o no, aún había un mañana; hoy no podemos decir lo mismo. Apenas queremos pronunciar la palabra *futuro,* porque esta viene asociada a la imagen de alguna catástrofe.

Hay quienes nacieron en mundos arruinados. Lo que cuenta, cuando se vive en constante peligro, dice la DJ chilena Lizz, es la desconfianza: "ser vivos" y "estar siempre atentos"; "Yo vivo en el fin del mundo y estoy ok con eso". Pero también es cierto que se comenzó a infiltrar un anhelo profundo de cambio en quienes sí crecieron en un mundo seguro y repleto de oportunidades. Un nuevo impulso político aspiró a cambiarlo todo. Todo, incluso lo que funcionaba.

Los tiempos de crisis de época son propicios para climas que oscilan entre el hastío, la indiferencia y el súbito entusiasmo de echar todo a la hoguera. Bastó un poco de aceite para que ese momento llegara, en 2019. Y como en otros estallidos sociales en el mundo, la pregunta de muchos fue ¿por qué el fuego?

Se puede decir mucho sobre el estallido social y supera la intención de este escrito, pero lo innegable es que fue un acontecimiento erótico. También una tempestad de excesos tanáticos. Para los mayores, un *deja vu* –para bien o para mal– de la historia fuerte de su tiempo. Para una generación intermedia, a la que la política se saltó, "los intelectuales de invernadero", fue quizá un horror o un triunfo, depende. Mientras que los más jóvenes asumieron el papel protagónico. Esto les pertenecía. Venían a darle fin a algo. Para algunos se trataba de retomar los proyectos políticos truncados de sus abuelos; para otros, el sentido de vida que no tenían.

Los cientos de imágenes del acontecimiento retratan la ruptura con la vida profana, la vida cotidiana en el centro de varias ciudades estaba suspendida. Las inhibiciones se levantaron como ocurre en los viejos rituales sagrados. Hay al menos dos tipos de imágenes que quedaron: unas cuyo montaje es de una pasión religiosa y otras, de destrucción nihilista. Guerreros de todos los tiempos componían la imagen de la resistencia: barras de fútbol, personajes de cómic con escudos de Asterix y disfraces de dibujos animados, ninjas, combatientes diversos, las máscaras antibombas lacrimógenas daban un aire de futurismo distópico; overoles,

guiños al Joker y hasta un disfraz de Pikachú inflable fueron parte de la escena. Un ejército contra todo, a favor de algo que no estaba claro, y un cuidado especial por la producción de imágenes para reproducir.



En momentos como esos, la pasión se torna embriagadora. La fraternidad conmueve: los huérfanos, los que antes fueron adversarios, los solos, las personas separadas entre ellas se encuentran en la unidad; se olvida la soledad. Las retóricas se inflaman, algunas se exacerban artificiosamente. Aparecieron palabras grandes, enormes, de esas que borran los detalles y lo posible, pero al menos puedes sentir el traje orgulloso de lo radical pegado a la piel.

Después de la embriaguez, la resaca. Las diferencias entre los hermanos, el desencanto. La reacción no tardó demasiado. El desgaste, la estridencia de los personajes más histéricos fue alejando a los moderados, la pandemia, la crisis de seguridad –el crimen organizado hizo usufructo de la crisis– y un explosivo orgullo patriótico, fueron tomando el pulso del discurso público. El recuerdo del estallido se volvió una especie de borrachera para olvidar o una nostalgia de una fiesta inolvidable, depende.

El pedestal de la plaza principal, que en esos días fue bautizada como Dignidad, sigue desocupado. Su escultura, la de un general del Ejército, tras múltiples vandalizaciones, fue retirada. Y quizá esa es la imagen que nos corresponde: son tiempos de pedestal vacío. Lo que podría no ser una mala noticia, si supiéramos soportar lo vacío. Y correr el riesgo y pensar bien cada paso, cada palabra, porque estas ya no se apoyan cómodamente en un principio de autoridad estable, sino en el testimonio y la ética. En cada paso, un dilema. Y el error en este proceso pudo ser arrogarse los puntos finales. Es lo que llevó a fracasar a los dos –¡dos!– intentos de escribir una nueva constitución, una de izquierda y otra de derecha. El error fue confundir abrir la posibilidad del decir con apropiarse del decir.

Algunos sostienen que haberse sumado al estallido fue alimentar un suicidio político. Como también se ha dicho que el posterior apoyo a la reacción, la facción de la derecha más extrema, llevó a muchos a votar en contra de sus propios intereses, también en un acto suicida. Parece que hay a lo menos un punto en común en la política actual.

El escritor chileno Álvaro D. Campos dice que cuando llegaron las armas a su barrio se acabaron las peleas a combos en la cancha de fútbol y, "como dirían los griegos de los persas, ganaron los cobardes". Los que no saben ganar tampoco saben perder una discusión y hasta enfrentar una pelea justa. ¿No ocurre algo parecido en la política estos días? La que entre el suicidio y la moralización que convierte al adversario en enemigo solo sabe

arrogarse puntos finales.

Creo que algo quedó, la resaca de que fuimos autocomplacientes, cada uno con su imagen. Quizá el recordatorio de que hacerle trucos a la democracia –cuya imagen podría ser ese pedestal vacío– es una autodestrucción. En todo caso, hay quienes ya están esperando –algunos con anhelo y otros con pánico– que nos llegue el representante de esa nueva marca trasnacional llamada “trumpismo”.

Por cierto, se ha reparado en los peinados de los nuevos líderes de las derechas populistas: Trump, Milei, Jonhson y Wilders. Hay quienes piensan que su inspiración es la de los tiempos de los nacionalismos, cuya inspiración, a su vez, fue la de los hombres grandiosos de Grecia y Roma. Cabelleras que insinúan que quienes las llevan rompen con un *establishment* y vienen a tomarse el pedestal. No sé, a mí el escarmenado me recuerda a quienes sienten pavor por la calvicie o por su baja estatura. Quizá vengan los tiempos de los hombres inseguros. Cosa que nunca ha traído nada bueno.

***

El sadomasoquismo es al sexo lo que la guerra a la vida cotidiana. Salir del subidón, de ese paréntesis de la vida, puede ser un horror; el horror, por ejemplo, de hacer filas, trámites, preparar un bolso o cambiar pañales. Es cierto que la burocracia de los trámites puede ser una forma de aniquilar el espíritu, pero también es cierto que los trámites y las filas implican un grado de humildad moral y espiritual para el cual no todas las personalidades están disponibles.

Al padre de su historia jamás lo vio cómodo en una escena cotidiana. Era un burgués antiburgués. Con el padre todo era difícil y un nervio salir con él. Peleaba con todo el mundo, reaccionaba de modos absurdos. Alguna vez apareció con un ojo en tinta, le llegó un combo por poner su equipaje de mano sobre el sombrero de un hombre en un avión; su explicación fue que el sombrero era tan imbécil como el hombre que lo llevaba. Si le pedían una mascota llegaba con algún animal también absurdo. Un día llegó con una llama. El animalito venía vestido con un gorro altiplánico y una manta de colores; arrasó con todo lo que había entre él y su hambre. Lo devolvieron el mismo día.

Su mamá también se las ingeniaba para saltarse la fila, era astuta. Astucia que, por cierto, le sirvió para la proeza que logró después de la separación. Porque el padre se las arregló, primero, para jamás pagarle nada, y más tarde, no mucho más, se encargó de destruir su propia riqueza. Ella se fue sin nada, salvo los muebles. Vendió sus

cosas, luego otras cosas, trabajaba mucho, hablaba, mentía si era necesario, mentía un montón. Ella, la niña, la recuerda al principio cosiendo todo el día, les ponía lentejuelas y cosas brillantes a los chalecos de lana. A las mujeres les encantaban, o ella hacía que les encantaran. Les vendía más que ropa, sabía qué decirles cuando se miraban al espejo. De ella aprendió algunas de las leyes del deseo, y algunas astucias. Por ejemplo, qué decir para salir de un lío, también a quedarse con el vuelto, primero de la madre, luego de sus parejas. Sin embargo, ella, la niña, exageraba su moral, temía venir de una estirpe de tramposos. Una vez le robó un pañuelo de Hello Kitty a la niña pecosa que la sometía, pero lo botó, no lloró, y comenzó a hacer una extraña penitencia, ordenaba los zapatos de manera obsesiva: debían quedar juntos en exacta simetría.

El día del terremoto de 1985 vio a su mamá y al padre abrazados, reparó en que esa fue la única vez que los vio en un gesto, digamos, de pareja. Se abrazaban muertos de miedo, los hijos observaban atónitos, la tierra crujía. Pensó: quizá si esa conciencia de que vivían en una trizadura del mundo hubiese durado más tiempo, quizá –es solo especulación– les hubiera dado algún atisbo de la humildad necesaria para poner los pies, paradójicamente, en la tierra.

¿Qué unía a los padres? Nunca entendió la relación, en realidad nadie. Tenían una interdependencia fuerte sin que ninguno aportara algo al otro.

Se sospecha que fue la belleza, no hay más explicación. Se veían muy bien en las fotos. ¿Muy banal? Es posible, pero es cierto que la belleza tiene el poder de una verdad rotunda. Después del incidente, de la noche terrible, escuchó a su mamá decir que había ido vestida con la ropa que a él le gustaba al juicio. Dijo que se veía magnífica, lo dijo con orgullo: comprendió que la belleza también es una forma de venganza.

Su mamá era la bonita, la más bonita del barrio, huérfana demasiado temprano de padre, y de una madre quien tras la viudez se convirtió en una niña. Fue criada por la hermana mayor. Una tía magnífica que tuvo, recuerda su cocina tibia, y a ella siempre con ganas de conversar. Su mamá se distanció de su familia, se desclasó hacia arriba cuando se casó; también los separó la situación política. Ella se fue derechizando y su familia izquierdizando. Aunque nunca se separó de sus hermanos, la relación con su familia de origen era como un punto aparte. Ella, la niña, la acompañaba a veces a verlos, y notaba que su madre se relacionaba con ellos como si fuese parte de un clan al cual ni ella, ni nadie, entraría. Jamás pasaron alguna Navidad o cumpleaños con ellos. Escuchaba cómo en voz baja se hablaba de su tío, el hermano mayor de su mamá, quien fue secuestrado unos días después de la Navidad de 1973. Estuvo detenido

en el centro de tortura Tejas Verdes. Cuando lo encontraron apenas podía ponerse de pie. A él no le gustaba hablar de eso, en estricto rigor, no lo hizo nunca más. En su segunda detención, poco después, esa vez en la cárcel pública, escribió un cuento en una servilleta; hoy está en el Museo de la Memoria. Lo que supo es que se lo llevaron por no haber apoyado un paro de médicos del Hospital Militar un poco antes del Golpe. Algunos colegas lo habrían traicionado. Quizá por eso no habló más. Pero su mamá tenía otra versión, afirmaba que se lo llevaron por error, lo habrían confundido con su hermano menor, el "revoltoso". Contó que alguna vez a ese tío debió ayudarlo a esconder "cosas"; a veces dice que esas cosas eran armas. El tío no se acuerda, pero dijo que, de ser cierto, seguramente eran "pistolas viejas de los años cuarenta". Pistolas para una revolución que nunca sería, y que le quedó tatuada bajo la forma de la nostalgia. Ese tío, como el resto de su familia, no tenía aprecio alguno por el padre de ella, la niña. Nunca apoyaron una relación que desde siempre fue violenta. La curiosidad es que ese tío se hizo amigo de su abuela paterna. Pese a sus diferencias ideológicas los unía el rechazo a la vida común y corriente, les aburría. Ella, la abuela, de muy grande quiso estudiar Arte, pero no había terminado el colegio, y el tío fue quien le consiguió un título falso.

A veces imaginaba en sus fantasías genealógicas que la excentricidad del padre venía por el lado de sus abuelos inmigrantes, judíos de Rumania y Estambul. Lugares suficientemente lejanos como para poder imaginar cosas exóticas. A fin de cuentas, que lo diferente sea atractivo o amenazante es un asunto de kilómetros. En la segunda mitad del siglo XIX perseguían judíos en ambos países, pero no se sabe si ellos fueron perseguidos; lo que sí es un hecho es que llegaron desde Alemania. Irónicamente, en Chile, cuando ya había comenzado la guerra en Europa, alguien los estafó utilizando el argumento de que eran unos alemanes traidores. No se sabe qué lengua hablaban entre ellos, quién renunció a su lengua materna ni en qué idioma les hablaron a sus hijos. Hay personas que dicen que se sienten y se comportan diferente dependiendo del idioma en el que hablan. ¿En qué lengua soñaban? ¿Qué pasa con las sonoridades que se pierden?

Podría ser que también lo estrafalario tuviera que ver con la abuela artista, una mujer liberal y moderna, quien eligió para sus hijos –tal como la decoración de su casa– nombres pomposos. Nombres difíciles de llevar; quizá él se lo tomó muy en serio. Tal vez hubiese sido otra historia si hubiera comprendido la ironía. Como la de la decoración de la casa de su madre, que más que elegante era parecida a una película de Almodóvar. Quien cree que el *kitsch* no es un género de humor –o el porno uno de ficción– puede caer en confusiones graves. La abuela de la niña lo tuvo claro. Compró su ataúd varias

décadas antes de su muerte. Era una especie de obra de arte de caoba tallada que puso al centro de su oficina tapada con un gobelino simulando ser una mesa; le gustaba mostrarlo. Cuando murió, comprobaron que el cajón no cabía en el nicho. En medio del funeral debió venir un funcionario del cementerio con una picota a romper el cemento para que entrara. Fue como si se cortara la luz en plena función de teatro: la gente se mira las caras, no sabe si seguir emocionada o hacer cosas triviales como masticar un chicle o mirar el teléfono. Al lado suyo una persona murmuraba "soberbia, arrogancia". Y pensó que su abuela estaría muy divertida con toda la situación.

En los tiempos de las ideas fuertes, la gente vivía en una desmesura que parecía normal. Nunca se sabe si esa generación está traumatizada, o el trauma los volvió inmunes. Ella, la niña, no lograba imaginar a su mamá trasladando armas en su auto, como tampoco la imaginaba con el padre, atrapada. Se acuerda de unas palabras de su mamá: antes le tenía miedo a la vida.

Nunca la vio con miedo, sí desesperada, que es otra cosa. Veía a su mamá en movimiento constante, como los animales nerviosos que se muerden la cola. Después de que se fueron, su mamá siguió siendo alguien que exageraba todo, para ella un humo era un incendio, salvo, claro, los incendios; esos los abordaba con una inquietante indiferencia. Así como nunca percibió su miedo, tampoco vio rencor. Esa fue su libertad.

Dicen que las muy bonitas llevan la tragedia de que se les acercan los más narcisistas, los bravucones sin ley ni respeto; parece que a los hombres comunes les asusta hablarles a las bonitas bonitas. O les hablan como idiotas. Esto podría explicar el comienzo. Pero el final es más confuso. Desde luego la dependencia económica la ataba a él, creo que también el hecho de tener un marido. Hay círculos donde tener un marido es como una especie de certificado de garantía, como un triunfo, hay mujeres que llevan a los maridos como condecoración en la chaqueta. A la vez, es cierto que existen los maridos quienes, pese a que suelen buscar una suplente a los dos segundos, no soportan que los dejen. Les produce una peculiar vergüenza y el temor a verse como eunucos los vuelve iracundos y vengativos.

Nunca es claro cuándo termina una relación estas pueden sufrir transformaciones que desdibujan el amor, pero ello no las hace acabar. Incluso puede ocurrir todo lo contrario: el odio puede amarrar a las personas hasta la muerte. Las iniciales con las que se identifica la pistola de esta historia son las mismas de los nombres de los padres. ¡Qué ironía cruel! El sello en la invitación a su matrimonio pudo verse igual a la marca del objeto que puntuó su fin.

Los finales suelen no tener la cualidad del punto final, salvo en la literatura y en las películas. Los finales son confusos. Puede haber un

desajuste entre el término de las cosas y la declaración de su final. Se declaran finales todo el tiempo, incluso cuando algo ya acabó hace rato. Puede ocurrir que todo el mundo sepa que algo terminó, salvo los involucrados. Mientras que hay cosas cuyo fin ha sido decretado, sin embargo, sus secuelas se perpetúan bajo la forma de lo que llamamos destino.

Un intento de fin:

La escena: el padre pone la pistola en la cabeza de su mamá, específicamente en la sien derecha. Ella lo mira a los ojos y dice: "Mátame, no quiero vivir". No lo recuerda. Lo leyó en el expediente judicial. Pero puede imaginarla cinematográficamente. ¿Por qué le dijo eso? ¿De dónde tomó esas palabras? La escena continúa dentro del dormitorio: gritos y balbuceos incomprensibles. Salen de la pieza, primero ella, él la sigue. Se le cae la pistola antes de salir. Eso lo vio. Poco cinematográfico. Se encuentran de frente en el jardín. No lo vio. Lo leyó. Él destraba el seguro de la pistola. Apunta al cielo. Otra imagen cliché. Suena: clic. Ella se hace pipí. La película acaba justo ahí.

¿Qué iba a decidir hacer cada uno? Eso sería radical, ninguna referencia es útil en los momentos al filo. Cuando se agota el repertorio de las imágenes cliché, llega el momento del nervio absoluto. Momento de la difícil libertad. Cada uno en esta pareja –la bonita, el excéntrico, el padre y su mamá, hijos desarraigados ambos–, solos frente a todo, encontraron su momento decisivo. No hubo palabras finales.

Él se tapó lo ojos y apuntó. Ella entonces corrió.

Ella, la niña, miraba con un ojo. No era la primera vez. Solía esconderse. No es claro que se escondiera o si lo que hacía era mirar desde algún ángulo en que pudiera ver parcialmente; ver sí, todo no. Se metía debajo de las mesas y las camas, podía quedarse tiempos eternos detrás de una puerta. Era silenciosa, el grito atascado en la garganta. El lenguaje había sido traicionado en esa casa. Y ella, que no sabía si era de ahí –llamarles padres era no mucho más que una convención, los odiaba un poco–, reconocía que había una forma de ver que, como las palabras, inventaban una distancia magnífica para sustraerse del horror. La perspectiva y la narración dosifican el espanto. Comprendió que, además de las puntuaciones, existen las metáforas, y que, por ejemplo, la palabra *perro* no muerde.

Una publicidad de la marca de la pistola del padre decía: "Las iniciales S&W, grabadas en cada arma, tanto de fuego como de cuchillos de combate y municiones, son la garantía de calidad y precisión, que tiene en su arsenal modelos de éxito". En este caso hubo éxito, pero precisamente por la falta de precisión. El padre era un punto final, pero también el temblor de su mano. Y su mamá,

quien por mucho tiempo le resultó un enigma, decía con sus actos que la insistencia de la vida está hecha de comas. Por ella amó unos muebles estúpidos, que fueron una balsa en un momento de naufragio.

EXPLICACIONES APÓCRIFAS: DIABLOS Y ÁNGELES SOBREACTUADOS

Los únicos que se apasionan son los sectarios,
convencidos de tener la clave de lo que sucede.
Los demás –la mayoría– simplemente se adaptan.
Siguen la publicidad.
Roberto Calasso

La única manera de decir la escena, por mucho tiempo, fue hacerlo como se hacen las listas de supermercado. Una descripción detallada para no equivocarse y, como al supermercado, no tener que volver durante un buen tiempo. Una lista tiene la virtud de permitir al final decir "es todo". Como escribió Georges Perec, es a la vez exultante y aterrador pensar que nada en este mundo sea tan único para no poder entrar en una lista.

Hay algo del procedimiento de las listas que permite frustrar el deseo de darle sentido a un acontecimiento. ¿Qué es un acontecimiento? Algo que simplemente ocurre. Por supuesto que puede tener algunos antecedentes, pero el momento en que estalla y la forma que toma son pura arbitrariedad. Hay cosas, creo, que es mejor dejarlas así, sin sentido; de otro modo podría llegar a ocurrir que el noble intento por explicarlas obligue a hacer lecturas cerradas, a veces, un tanto fatales.

Por ejemplo: ¿por qué Dios eligió el regalo de Abel y no el de Caín? Dejar así el problema resulta algo incómodo. ¿Podemos soportar lo arbitrario en un padre, uno que ama más a un hijo que a otro porque sí, por nada? Todo indica que no. Entonces mejor hagamos el esfuerzo por explicarlo para poner un poco de orden en el mundo: seguramente Caín hizo algo mal, probablemente era de los que nunca regalan lo que a ellos les gustaría, sino algo peor; o era de los que regalan las sobras y se dejan para ellos la mejor parte. Eso es lo que argumentó Agustín de Hipona. Otra explicación posible es que Caín en realidad era intrínsecamente malo y Dios lo sabía. Si avanzamos un poco más en nuestras hipótesis, pronto podemos trazar una psicología moral y dividir a las personas entre los buenos y los malos de adentro. Y si aún persisten las dudas sobre el problema de las elecciones misteriosas de Dios, y nos esforzamos realmente por quitarle ese enigma, entonces podemos librar unas cuantas guerras para definir quiénes son realmente los elegidos.

No negaré la necesidad de certidumbre, sería mentirme demasiado. Incluso toco madera tres veces cuando digo o escucho algo que no quiero que pase. Necesitamos explicaciones, pero a la vez es cierto que podemos padecerlas. En ocasiones, lo que salva en la fatalidad es el sentido del humor, y no las definiciones de las cosas.

Recuerdo una fiesta en la que alguien comentó orgulloso que había interrumpido una clase cuando el profesor hablaba acerca del lío del llamado de Dios a Abraham conminándolo a matar a su hijo Isaac. Interrumpió, según contó, con la soberbia de quien cree saber una verdad que todos los demás ignoran. Dijo que le resultaba evidente que el problema de Abraham era de salud mental. Fin del enigma que a tantos ha hecho escribir y temblar. Es una idea completamente aburrida, pero ¿qué pasa si la aceptamos? Mal que mal, es bastante probable que Abraham estuviera loco, tanto como Caín, quien al menos debió padecer de un trastorno del control de la ira. ¿Qué pasaría si cerramos el caso y ya? ¿De qué nos serviría? Una lectura cerrada como esa es conveniente para ahorrase unos cuantos problemas, pero dejaríamos de comprender unos cuantos otros respecto de la condición humana. Por ejemplo, que un padre o una madre puede amar más a un hijo que a otro, porque nadie, ni los padres, tampoco los hijos, son justos. Tampoco una respuesta cerrada como esa nos salvará al momento de sentir un llamado que nos confunde o una envidia enceguecedora; algo deberemos hacer con ello, hayamos leído lo que hayamos leído, hayamos dicho lo que hayamos dicho antes de un suceso. Podemos tener ideas sobre las cosas, pero nadie sabe cómo actuaría ante una injusticia, un asalto, una infidelidad, un terremoto, una guerra o incluso un divorcio, hasta que lo viva.

¿No es sobre este problema del cual habla la Biblia? Ante un acontecimiento arbitrario, frente al dolor, algunos, solo algunos, tomarán un cuchillo o una pistola; otros harán cosas diversas, hacerse los tontos, construir un barco para el fin del mundo o liberar a un pueblo. Hay una distancia entre un incidente y nuestra respuesta, y en esa distancia tememos y temblamos. Luego, ante la pregunta ¿quién eres? podemos responder que lo que hicimos es justo lo que somos. Porque somos lo que hacemos, no lo que decimos que somos.

Si ella, la niña, recurriera a la explicación del tipo que interrumpió la clase sobre Abraham –la teoría de la salud mental– podría tener unos cuantos inconvenientes. Aunque un diagnóstico al padre le caiga como anillo al dedo, una tesis como esa trae el problema secundario de que entonces se pueda transformar en una condena como la de Caín: su marca se transmitirá a su descendencia. Luego, cada vez que tenga un problema, mayor o menor, o sus hijos lo tengan, y el médico o el profesor pregunte si hay antecedentes de mala salud mental en su

familia, ella escuche: ¿Hay algún loco en tu familia para ver si tú y tus hijos también llevan la enfermedad en la sangre? Mala jugada.

El crítico literario Gabriel Josipovici dice que la Biblia es como la vida, un libro loco, lleno de historias disparatadas, repleto de incidentes y reacciones. Es entonces un libro realista. Y como en la vida misma, existen interpretaciones y evangelios que fuerzan más –y otros menos– el sentido, para quitarle a la realidad su absurdo.

Por ejemplo, la noche triste de Getsemaní: Jesús les pide a sus discípulos que lo acompañen; confiado, se ausenta un momento para pedirle a Dios –notar: es la primera vez en toda la historia en que le pide algo– que lo libere de su llamado. No solo Dios no le contesta, como lo hizo antes con otros, sino que al volver con sus discípulos los encontró dormidos. Quizá solo tenían sueño, pero Juan sencillamente se ahorró este bochorno y quitó la escena en su evangelio. Lucas introdujo a un personaje de salvataje: un ángel bajó para consolar a Cristo. Probablemente, también para convencer a los lectores de que Dios tenía todo bajo control. Un ángel, en este caso, no solo puede arruinar la historia literariamente, sino que modifica el sentido; lo cierra.

Hay otras versiones que no transan y reflejan la historia bajo la convicción de que, en la vida, lo que es no necesariamente se ajusta a lo que debiese ser. Como hace Mateo cuando Jesús, más hijo que nunca, exclama en la cruz: "*Eli, Eli, lama sabactini*" (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). Lucas otra vez intenta salvar al héroe del sinsentido del dolor y le atribuye las palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Mateo, en cambio, no retrocede. Cuando Jesús se siente abandonado por su padre, lo deja así, tal cual, abandonado.

Mateo retrata a un Jesús que en un momento acepta este desajuste no porque piense que al final las cosas saldrán bien; solo acepta. Su evangelio no indica un final que organice el transcurrir de la historia, como lo haría la ideología o la teología. Deja la historia abierta para dar cuenta de una clase de fe sin promesa de paraísos y de un dios que sí tembló ante la muerte. No todos nuestros dioses tiemblan.

Buscamos consuelo en las explicaciones, en ángeles que dicen que todo estará bien, pero la realidad es que la vida puede ser una mierda. O no, por supuesto. Como dice Josipovici, la Biblia es un libro realista en ese sentido, y también es un libro de respuestas. Pero no de respuestas de autoayuda que nos den alguna clave sobre cómo vivir, sino sencillamente respuestas que muestran que en cada capítulo arriesgamos una posición. Porque, aunque es normal creerse general después de la guerra, nunca sabemos lo que sigue en la historia.

Por lo demás, nunca sabes cuándo tendrás que entrar de vuelta a una historia que diste por cerrada. Como demostró Kurt Gödel, ya no

a través de historias locas sino con matemáticas, que los sistemas lógicos jamás pueden cerrarse: si los completas deben incluir la contradicción, entonces son inconsistentes. Y si excluyes al elemento raro, entonces el sistema resulta incompleto. Es decir, los saberes en los que nos sostenemos son como un queso masticado por un ratón. Lo mismo pasa con las historias. De algún modo u otro, te das cuenta de que las explicaciones no sirven demasiado y te ves en la obligación de esculpir otra vez la misma roca. Sobre todo, te das cuenta de que las historias son como un panal de abejas repleto de entradas y salidas.

Paraísos de hombres solos

He couldn't believe how easy it was
(He put the gun into his face)
Bang!
"Downward spiral", Nine Inch Nails

I.

Hay otra clase de explicaciones más funcionales que los diagnósticos psiquiátricos. Sirven para no sentirse solo, hacen que lo personal sea político, sociológico o teórico, y permiten despegarse de la pequeña historia propia. En casos de violencia adentro de un dormitorio, en que es un "él" quien porta la pistola, funciona la palabra *patriarcado*. Pero a veces las palabras gigantes, cuando son breves y reiterativas en la explicación, no bastan para comprender qué más hay en una trama, ni para cancelar un destino.

El patriarcado es confuso.

Al padre nunca lo reconoció como tal, le resultaba extraño, nada parecido a lo que los otros niños decían de sus padres, buenos o malos; porque hijos de malos se conocen desde siempre. Encontraba en otros una mitificación de ese sujeto llamado padre. Su mejor amiga de infancia decía que el padre le pegaba a ella y a su mamá, sin embargo, él se sentaba en la cabecera y hablaba cosas que parecían de una importancia mayor. No se acuerda de lo que decía, pero cuando iba de visita a su casa sentía un pavor que no conocía. Ella, la niña, en su propia casa siempre tuvo miedo, pero todos lo tenían por igual, era absolutamente evidente que vivían bajo el yugo de alguien que no estaba bien; no había engaño. Pero el miedo en la casa de su pequeña amiga era distinto, se disfrazaba de respeto. Eso duró décadas. La amiga le contó una vez que su padre le apuntó con una pistola –con la que les

disparaba a los gatos– a su hermano por hacerse pipí.

Ese loco jugaba a ser un señor padre que se sentaba en la cabecera y decía cosas que se suponía eran importantes. Su familia, también patriarcal, respondía al juego. Su progenitor era un infame, pero se camuflaba en ese acuerdo llamado patriarcado, y que te puede partir la cabeza.

No quiero decir que el patriarcado sea encarnado siempre por canallas. En absoluto. Existían y existen señores llamados padres, también mitificados por sus hijos –sobre todo desde el punto de vista del saber–, que son humanos amables, que intentan proteger a sus familias.

El padre de esta historia no era nada de eso. No se sentaba a la mesa, ni decía cosas que parecieran importantes, tampoco triviales; más bien se veía poco y su presencia alteraba todo, porque hasta su risa, tal como su irritación, siempre sonaba por sobre los decibeles aceptables en una conversación. Todo dependía de la arbitrariedad de su ánimo. Nada podía ser normal. Un día la llevaron a la mesa para tomar desayuno con él, cosa inhabitual, y la sorpresa era que había puesto pimienta en la leche de su pequeño hermano. Que se ausentara era irrelevante, el patriarcado está lleno de padres ausentes, pero él envenenaba lo que nutría: la leche, la casa, el silencio, la sensación de seguridad, dormir tranquilos. Incluso envenenaba el afuera.

Si el rol del señor llamado padre en el patriarcado ha sido el de crear un puente entre la vida privada y la pública al dar el apellido, el padre lo dinamitaba. A los seis años lo vio en la televisión, se lo llevaban detenido porque se le ocurrió decir que era un político –con quien compartía el nombre de pila– para subirse a un tren en el que ya no quedaba espacio en el lugar preferencial. Dijo que era una broma, y lo creía realmente. Pero para ella, la niña, fue conocer algo nuevo. Hay algo espantoso en la exposición no elegida de lo privado, se ve algo propio, pero deformado. Lo personal es político, como dicen, pero lo personal no es público. Lo que para él eran travesuras –porque no les inventaba razones a sus canalladas, como, por cierto, lo hacen algunos padres patriarcales–, para ella era una secuela en el cuerpo: agacharse, bajar la mirada, hablar poco; los correlatos físicos de la vergüenza.

Ese carácter es parecido al de una clase de adolescente violento, maleducado, misógino, que vive sin gracia y sin justicia.

Me disculpará el feminismo, pero a eso no puedo llamarlo patriarcado.

Sobre el patriarcado puedo decir que ella, la niña, lo experimentó

mucho más fuera de la casa que dentro. Por ejemplo: ver a su mamá llorando porque cercanos testificaban en su contra. Lo hacían con los argumentos patriarcales de siempre, decían que estaba loca y que sufría de unos celos enfermos.

Expediente:

E.D: Quiero agregar que la señora X. se encuentra en un estado de nervios constante […] Mi impresión es que ella está magnificando los hechos.

J.N: Siendo amigo de la familia yo recibí a la señora X. y a su hijo esa noche […] Sé que lo que más le exasperaba a él era la actitud de la señora X. de querer perjudicarlo por cualquier medio. […] Había tenido noticias de que la señora X. había sido agredida antes por su cónyuge, lo que no me consta, ya que solo fueron dichos de ella […] él es una persona impulsiva, pero lo creo incapaz de agredir […] es una persona honorable.

Unos cuantos abogados también miraron a su mamá con sospecha y no tomaron su caso. Pero también lo contrario: hubo un juez que, en un gesto muy patriarcal, le dijo en la sala de espera de un juzgado al verla llorar: "Usted, mijita, pare de llorar, yo la voy a ayudar, pero si usted llega a perdonar a su marido, no la ayudo más". El juez cumplió su palabra.

Ella, la niña, en el colegio de la infancia experimentaba una vergüenza que no podía explicar del todo. Si antes era silenciosa, después del incidente prefería pasar desapercibida; era una forma de mantener una dignidad. Aún a finales de los ochenta tenía alguna importancia llevar un buen nombre del padre, y ella ya no era de buena familia. Chile fue el penúltimo país occidental en promulgar la ley de divorcio, recién en 2004. Y si bien era común ver padres separados, este suceso tenía algo un poco más escandaloso; una vulgaridad inaceptable para la gente de los colegios ingleses de barrio alto. En esa clase social se compran lavadoras ultrapotentes para que los trapos sucios se laven bien en casa. Salvo en la suya. La separaron de puesto de su mejor amiga, a petición de su padre (el hipócrita que les disparaba a los gatos).

Al entrar en la adolescencia percibió que hay hombres que buscan al hombre detrás de una mujer. Incluso los que claman consignas antiburguesas adoran a las hijas de grandes patriarcas. A veces, concluida la relación con la mujer, mantienen el vínculo con el padre. Como sea, esta niña, ella, no tenía hombre detrás, ni un padre celoso de los pretendientes, como a algunas hijas les gusta jactarse. Esa percepción, de manera incipiente, con las herramientas que alguien de trece años puede tener, comenzó a vincularse a una intuición de que en ese colegio iba a ser "la

solita", la chica sin respaldo, la putita de los "jóvenes bien". Quizá solo eran fantasías, porque nada ocurría realmente, pero leía indicios de cómo se distribuían los lugares. Notaba las distinciones que hacían los chicos de su edad, y que las niñas también replicaban. Invitaban a las fiestas solo a algunas, entre las cuales escogían a sus novias, mientras que había otras a quienes sencillamente despreciaban y otras más a quienes, pese a no invitarlas a las fiestas, se sentían autorizados a toquetear.

Había detalles que expresaban una especie de ley antigua y silenciosa, porque leyes como las del patriarcado son silenciosas y funcionan distribuyendo los lugares. A los hombres los ubica en una jerarquía que va del alfa hasta el último del abecedario, y en el caso de las mujeres las divide entre las buenas y las públicas, las de nadie, que son al final de todos. Pues se fue de ahí. Nunca supo cómo explicar por qué se cambió de colegio.

El primer colegio era frío, autoritario. Desde luego era machista, pero en un sentido, creo, también propio de esos años: todos eran como hombres, las mujeres y los hombres. Todos se ubicaban en alguna posición de una pirámide donde el esfuerzo físico, el triunfo y el lenguaje de la guerra eran usados hasta para jugar en el patio. Era un colegio de Guerra Fría. Mientras que el segundo colegio, el de los noventa, era, por decirlo de algún modo, impersonal como un centro comercial. Creado para niños expulsados de otros colegios, niños de clases acomodadas con problemas de aprendizaje y conductuales, que luego, con la apertura al mundo tras el retorno a la democracia, se transformó en un "colegio internacional". Un colegio del futuro, donde los padres no iban a reuniones; ideal para hijos problemáticos y para huérfanos de algún tipo. No se usaban cuadernos, su obsolescencia fue declarada. También era machista, pero como el machismo de los noventa: las mujeres eran libres para adecuarse al imaginario masculino del porno, había que broncearse, depilarse el pubis y podías pagar las tetas de silicona en cuotas. Pero no diría que fuese patriarcal. El día de la graduación les pidieron cantar el himno, que nadie había escuchado jamás; tuvieron que entregarles un papel con la letra. Ahí estaba lleno de niños solos, y los niños solos arman fraternidades, a veces terribles como en *El señor de las moscas*, pero también las hay amables. Tuvo suerte.

No todos los padres son patriarcales, algunos para bien y otros para mal. Que algunos machos humanos a comienzos de la civilización hayan elegido alimentar a sus hembras y a sus crías, es, según la antropóloga Margaret Mead, "un gesto muy raro en el mundo animal". Y aunque la evolución premió esta conducta, pues

favoreció a esos hijos, padre es una palabra menos consolidada que madre. Madres hay de muchas clases: buenas, cariñosas, malas, locas y destructivas –como solo las madres saben serlo–, pero siguen representando un lugar más íntimo en nuestra psicología. Mientras que en el caso de los hombres, según el sociólogo y analista Luigi Zoja, la tentación a la regresión hacia un lugar psicológico previo al pacto social es fuerte. Se refiere al retroceso a la posición antropológica del tiempo del macho de la norma animal –egoísta y rival de las crías– al que llama prepatriarcal. Macho que, según Zoja, tiene su versión pospatriarcal, porque la tendencia al egoísmo favorece un deseo fuerte de soledad que habita en algunas personas masculinas. Habla de quienes se sueltan del pacto social y no pagan la deuda que se contrae con este en sus diversas expresiones: ni con los hijos, ni con el Estado, ni con la función que les toca encarnar en una comunidad. No es que quienes paguen la deuda del pacto social sean ángeles, sino que quienes transan cuotas de egoísmo por vivir con otros, a lo menos –actúen bien o mal– se les puede llamar padre, amigo, socio, pareja. No así a una clase de hombres solos –da igual si están casados o solteros, vivan solos o con otros– que son solos en el sentido de absoluto; palabra cuya etimología viene de desvincularse: "concepto que se define como total e independiente de los demás".

En su *Ensayo sobre el padre débil*, el escritor Christopher Rosales explora precisamente a ese padre raro, el que se resiste al pacto. Un padre débil no es necesariamente alguien debilucho, sino débil en su función. El padre débil puede tener poder para destruir si quiere, pero no la potencia simbólica de un padre a quien valga la pena amar y odiar, luego matarlo, para volver a amarlo de otro modo, casi siempre con compasión.

¿Cómo se mata a un padre que no tiene potencia?

No hay potencia.
El escenario es patético
triste ante todo y una
sensación de orfandad rara.
(Christopher Rosales)

El padre débil atraviesa un espectro que corre desde el padre que se la pasa en las mesas de pool, como el del ensayo de Rosales, hasta aquel que se acerca a sus hijos para asustarlos, como el mío. Si el patriarcado es una mesa cuya configuración ubica al progenitor o a sus sustitutos en la cabecera, y la emancipación una alteración de esos lugares; existe otro escenario: no hay mesa, ni siquiera una redonda. Orfandad rara.

El miedo también tenía algo fascinante para ella. A veces el padre lograba hacer del miedo algo divertido, por ejemplo, al contar cuentos. En realidad solo contaba uno. El de Juan Diablo, un tipo que había hecho un pacto con el demonio y que quiso pasarse de listo y no pagar la deuda. Por supuesto que el diablo vino a buscarlo igual. Porque todo el asunto de los pactos con el diablo gira en torno a ser más diablo que él, y estafarlo. Por supuesto que sospechó más de alguna vez que Juan Diablo fuese él.

Como nota Rosales en su ensayo, débil y *devil* suenan igual. Un acierto. Porque el padre débil en su función es de algún modo un diablo: lo quiere todo pero sin pagar la deuda. "Pagado de tu belleza", le dice Dios a Lucifer, tal como se le dice a cualquier señorito satisfecho de esos que creen tener un atributo muy exuberante que los exime de la ley de la gravedad. Como esos líderes que prometen hacer algo por el mundo, pero no responden a sus mínimas deudas. "Comienza por pagar la pensión a tu hijo", le dijo la cantante Grimes a su expareja, Elon Musk. Precisamente cuando él alegaba por redes sociales "que nada es gratis"; esos días lo criticaban por implementar el cobro de ocho dólares para tener un perfil certificado en X (Twitter).

La deuda como don y pegamento social está debilitada, y en parte ha pasado a ser no mucho más que algo amargo que se les paga a los bancos y a los propietarios. Quizá la fantasía nuclear del siglo XXI sea no pagar las deudas, desde lo más inocuo, como crear chocolates que no engordan o cigarros que no son cigarros, hasta cosas un poco más extravagantes como clonar a tu perro muerto, para idealmente, después, clonarte a ti mismo. Pero más allá de esta situación de época, me atrevo a decir que existe algo más antiguo: una tradición de *devils* que gravitan en torno al asunto de saltarse la ley. A diferencia de la frivolidad actual, esta genealogía hace de la trampa una profesión. Es justo en esa línea donde situaría a las obsesiones del padre de mi ensayo, el de la historia de ella, la niña.

Tras una estafa del padre a un banco, un fiscal le preguntó a ella, la niña, por qué él no se escapó con el dinero. No supo cómo explicarle que lo suyo era un poco más complicado que robar, que su obstinación era demostrar que la ley es algo espurio. Y que seguramente lo que le interesaba era lo que vendría después: tras su condena, pasó años en juicios delirantes en que buscó convencer de que el dinero era suyo porque se lo ganó. Y si fue con trampa, esa era precisamente la razón por la cual le pertenecía: el problema era de la vulnerabilidad de los sistemas, y de la estupidez del dueño del banco –quien, por cierto, le caía muy

mal, como casi todo el mundo– y no de él. Pero esas cosas suenan inverosímiles y solo le respondió: “¿Acaso no se dio cuenta de que está un poco loco?”.

En todo caso, me parece que los *devils* padecen de la misma tontería e ingenuidad de los ateos furiosos, quienes suponen que han descubierto la verdad de la pólvora varios siglos tarde. Creen que ven algo que los otros no. Dicen que Lucifer subió hasta el más alto cielo para demostrar que se puede, que no hay realmente un impedimento de Dios. Quiso demostrar la fragilidad de la ley. ¿Pero no es acaso lo mismo que ocurre con nuestros inventos más peligrosos? Creamos la bomba y la clonación, por supuesto, porque se puede. Pero otra cosa muy distinta es su conveniencia. Los diablos creen que quienes prefieren que exista la prohibición son estúpidos. No se dan cuenta de que los ingenuos son ellos, no se han enterado de que creer en la ley, o en Dios, es un asunto práctico. En cambio, pierden la vida buscando las grietas de la ley, como una especie de juego y denuncian: ¡nada es real!

II.

Hay un ser mítico en la genealogía de los *devils*. “Nada es verdad, todo está permitido” es la última frase que se le atribuye a Hassan-i Sabbah, también llamado el Viejo de la Montaña. Se lo considera el precursor del terrorismo, fue creador de la Orden de los Asesinos, un grupo de asesinos suicidas del siglo XII, quienes se ocultaban en una fortaleza en Alamut. Reclutaba –según algunos, secuestraba– a jóvenes guerreros, a quienes, con el fin de fanatizarlos y convencerlos de asesinar a sus enemigos, los drogaba con hachís y los despertaba en un jardín secreto. Por unas horas gozaban de un banquete y de mujeres bonitas, haciéndoles creer, cuando más tarde volvían a despertar en la fortaleza, que habían visto el Edén. La promesa era que tras su muerte podrían regresar a un lugar cuya existencia habían comprobado.

Nietzsche cuenta que los cruzados se toparon con la Orden y habrían quedado impresionados con esa forma de libertad nihilista, la que de todas maneras llegaría más tarde a Occidente. Incluso se ha asociado el origen de la palabra asesinos a *hashisheen:* seguidores de Hassan, o los consumidores de hachís. Su teorema: si nada es verdadero, matar y matarse no solo son cosas permitidas, sino deseables. Muchos se han fascinado con el Viejo de la Montaña: el psicoanalista Wilhelm Reich citó sus supuestas palabras finales –¡qué fetichismo hay con eso!– en el epígrafe en un libro. William Burroughs se fascinó con las palabras del epígrafe y con Reich, y consiguió su famosa –y dudosa– máquina

de acumulación de orgón; también llamada “caja orgásmica”. Mientras que Kurt Cobain conoció a Hassan a través de Burroughs, a quien admiraba. Se encontraron alguna vez y existe una foto de Cobain dentro de su máquina de orgón.

El Viejo de la Montaña se parece de cierto modo al ángel sobreactuado que llega a Getsemaní, la noche más triste de las noches, a convencernos de que todo estará bien, pero bajo la fórmula inversa: porque ni Dios ni ley alguna es real, es que entonces todo está permitido; luego, todo estará bien. Lo paradójico es que la promesa de libertad deriva en la fórmula contraria: si nada es verdadero, todo está prohibido. Porque, por alguna razón, la ideología (¿eterna?) del nihilismo de la secta no genera libres sino fanáticos.

La fórmula es que si en el mundo nada es verdadero, hay un lugar donde sí lo es, el detalle es que hay que morir para encontrarlo. Luego, se mata en nombre de esa nueva verdad.

Por otra parte, ¿por qué en el supuesto paraíso además hay un puñado de vírgenes? ¿Por qué no mujeres cualquiera? Especularé: porque desde Eva en adelante la mujer ha encarnado a la destructora de paraísos, es la que corrompe a través de la seducción y el deseo.

Las brujas eran consideradas las hijas de Eva, responsables de la caída de la humanidad. ¿Qué hacían las brujas? Sabían cosas que los juristas y filósofos de la Iglesia de su tiempo no aceptaban como un saber oficial; no obstante, debieron haber creído en ese saber tránsfugo, si no ¿por qué temerles? A veces la misoginia no se trata de un odio hacia la mujer a secas –aunque no lo descarto–, sino de un odio hacia el saber atribuido a la mujer, el saber de Eva. ¿Qué supo Eva? Que existe el deseo. Una fuerza enorme que no cabe en paraísos y contradice a los saberes cerrados de los sabiondos y de fanáticos de sectas misóginas. Es importante agregar que hay sectas de uno solo, como las de los pistoleros solitarios.

El campo del deseo se parece más al de la adivinación que al de las ciencias exactas, el cálculo y, desde luego, a las convicciones de los absolutistas. Justamente a la adivinación se dedicaba Jeanne De Brigue, la primera mujer acusada de brujería y asesinada en 1391. No es que Jeanne adivinara el futuro o algo así, sino que encontraba cosas perdidas. Aplicaba una psicología nocturna para leer los gestos mínimos, miraba debajo de la mesa, y de algún modo leía las intenciones no dichas. A las brujas las mataron por el acceso a ese saber que para algunos es angustiante, como un pozo sin fondo. Lo que se mataba de la bruja es lo que creo que se mata también en un femicidio: un misterio y una

complejidad tan desesperante, que algunos están dispuestos a hacer desaparecer a quien les provoca una angustia y una sensación de humillación incontenible. Un femicida, como un terrorista, no mata para conseguir un mundo mejor, sino para encontrar el paraíso. Por supuesto no cree que irá a un cielo con decenas de vírgenes –o quién sabe–, pero un absolutista de cualquier clase quiere creer que hay un lugar donde las lecturas cerradas triunfan, las cosas cuadran, la presencia del otro no duele, y donde hay una explicación para todo –por supuesto, a condición de que la culpa sea siempre del otro–. Aspiran a un lugar donde el abismo por fin cierre su boca. ¿Será por eso que a veces buscan tan intencionadamente que los encierren en la cárcel o que los maten?

El tercer disco de Kurt Cobain con Nirvana se llamaría *I hate myself and I want to die*, pero decidió cambiarlo por *In utero*. Su imaginario oscilaba entre la muerte y cordones umbilicales –pedacitos de mamá–, quizá dos respuestas ante la vida que lo abrumaba. Cobain sufría de dolores estomacales crónicos, le dolía el cuerpo tanto como le dolía el mundo. Cuando se suicidó en 1994, creció el rumor de que debió haber escuchado la canción, lanzada poco antes, "*Downward spiral*", de la banda de Trent Reznor, Nine Inch Nails. "Se mató como dice la letra de la canción", afirmaban algunos seguidores y la revista *Rolling Stone* publicó una nota sobre los últimos días de Cobain, titulada "*Kurt Cobain's downward spiral*".

A Cobain y Reznor los comparaban por su talento y por haber representado a una generación, pero también por coquetear con la muerte. Reznor, por su parte, tras una fuerte adicción a las drogas, se recuperó y dejó de ser una figura amalditada. ¿Perdió atractivo? Puede ser, pero está vivo. Imagino que a su mamá y a sus cercanos les basta con eso. Siguió haciendo música, produjo a otros, musicalizó películas, ganó premios. Algunos afirman que, sencillamente, creció.

En todo caso, Courtney Love, quien tuvo un romance con Reznor y se casó con Cobain, declaró hace un par de años que estaba harta de que, tras décadas, la siguieran culpando por la muerte de su marido. Acusó a Dave Grohl –excompañero de Cobain en Nirvana y actual líder de Foo Fighters– de aprovecharse de la vulnerabilidad de la familia tras la muerte de Kurt y haberse quedado con el dinero. Mientras que de Reznor dijo que en sus años desatados fue un abusador de menores. Se ensañó con ellos, porque ambos siguieron hablando mal de ella, y ella dijo haberse cabreado de jugar a la Eva destructora de un supuesto paraíso de

hombres artistas suicidas.

Burroughs aparentemente habría descubierto que el Viejo de la Montaña era un viejo estafador. Porque tras entregarse a esa vida donde nada es real, cometió una estupidez. Mató a su mujer, Joan Vollmer –a quien, paradójicamente, había ayudado a escapar de la amenaza nazi– y con ello se dio cuenta de que hay cosas muy reales, como arruinarse la vida. Dice que fue solo después del incidente que se convirtió en escritor. La cosa fue más o menos así: una noche de fiesta le pidió que se pusiera un vaso en la cabeza para apuntarle con su pistola, como un juego a lo Guillermo Tell. Erró el tiro y la mató. Gracias a un soborno, pasó un tiempo breve en prisión. Dijo que escribir se le volvió una necesidad para huir del "invasor": *eso* que lo poseyó la noche del asesinato y que, desde entonces, reconoció como algo que lo acechaba.

Estafado, descubrió que no hubo paraísos ni vírgenes, sino una tragedia que no pudo detener. Burroughs triunfó, fue un escritor importante. Vivió hasta los ochenta y tres años. Pero su hijo, quien llevaba su mismo nombre, murió reventado por la cirrosis a los treinta y cuatro. También escribió: *Maldito desde la cuna* es su libro póstumo y en él relata con detalle su decadencia moral y física a causa del alcoholismo; también la relación tormentosa con el padre.

Como el hijo que hace gracias para que lo atiendan de una vez por todas, le escribió a su papá con insistencia. Le contaba cosas diversas, especialmente sobre su trabajo de escritor. La forma de contárselas era replicando la misma lengua descarnada del padre, quizá para sentirse su cómplice. Trató de ser un remedo del padre, pero él se ahogó donde el padre nadaba.

"Billy era la persona más autodestructiva que puedas imaginar", escribió el padre. A su amigo, el escritor Allen Ginsberg, cuando Billy estaba metido en unos cuantos líos, se le ocurrió hacerle una especie de terapia de shock mostrándole una foto de su madre. Suponía que Billy ya no la recordaba, porque el accidente ocurrió cuando él tenía cuatro años. El detalle es que le llevó la foto de la madre muerta con el agujero de la bala en la cabeza. Según Ginsberg, aparentemente, ni la miró. En todo caso, Billy escribió que recordaba la escena y los sesos de la madre en la muralla. Su padre lo negó, decía que sus hijos no estaban esa noche en la casa. Como sea, Billy estaba invadido de demasiadas formas. Todo en su vida fue desmesura.

Hubo una carta que no le envió al padre, la única en que lo culpa de todo. Le confiesa haber pasado toda la vida drogado para tratar de comprenderlo, de seguirlo en su "malvado séquito de

balas, pistolas y freaks tumultuosos". Burroughs respondió a esa carta, la que recogió tras la muerte del hijo, diciendo que seguramente se trataba de esas diatribas provocadas por los estupefacientes, donde se culpa a todos salvo a uno mismo.

Todo está permitido: es la lección de Lucifer. Cosa que pudo tener algún sentido de rebeldía cuando Dios existía. Por lo menos podías recibir un castigo que te enseñara que no es gratis ser un "pagado de ti mismo". Por cierto, recibir castigo es otra obsesión de la genealogía de los diablos. Por eso les interesan tanto las leyes y el sadomasoquismo.

¿Pero qué hacen los *posdiablos* tras la muerte de Dios y sus metáforas?

Pues buscan uno.

No uno de pacotilla, como el de los cielos, que nunca se manifestó ni se pudo ver en los telescopios, sino uno de verdad, uno al que aferrarse fuerte. Como los pandilleros, que se someten al más psicópata de los jefes. Por cierto, ese sería un padre no patriarcal. Es probable que el patriarcado termine de caer, pues la modernidad es el proyecto de ahorrarse el parentesco y la deuda filiatoria, y lo *post*, la aceleración descabezada de todas esas cosas. Pero eso no significa que se acabe el machismo, la brutalidad y los absolutistas. Por algo dicen que la del feminismo es de las luchas más largas.

En todo caso, no solo a los diablos les falta un dios. El problema se democratizó, y casi nadie sabe bien de qué afirmarse. ¿Cómo cuadrar las explicaciones para entender alguna cosa? No debe ser casual que emerjan fundamentalismos diversos, religiosos o pseudorreligiosos, como los manuales de todo tipo. Tampoco el retorno de los líderes "duros" que prometen "cosas de verdad": muros más altos, reivindicaciones vengativas y limpiezas sociales para poner orden a un mundo que parece estar de cabeza y repleto de pistoleros. Pero con esas medidas los problemas solo se desplazan: los niños no dejan de hacerse pipí porque les pongan una pistola en la cabeza.

El castigo y los dioses metafísicos son un matrimonio, y el problema es que los dioses no existen. Por más que los hijos furiosos busquen ángeles, viejos de la montaña, diablos, dioses o a un padre fuerte, si tienen la suerte de no caer en esas estafas, podrán a lo sumo encontrar un padre incompleto o inconsistente; tan agujereado como el queso del teorema de Gödel. Pero, al fin y al cabo, ¿no es eso un padre? Uno de verdad, de los que a veces son injustos, casi siempre inventan cosas, no saben demasiado, pero así y todo algo hacen para responderle a un hijo. Y con ese

gesto demuestran que hay deudas que son un don.

Por último, pienso sobre los diablillos, las deudas y los castigos, que un pecado no se paga con una pena. Se paga realmente cuando se comprende que sobre todo es una pena, una lástima, que alguien haya arruinado su vida. Es una tragedia mayor que una vida posible haya quedado cancelada. Podría ocurrir entonces, si aún hay espacio para ello, que algún sectario se enamore de la libertad.

Así lo pensó Anthony Burgess cuando escribió el capítulo censurado de *La naranja mecánica.* Creía que de la violencia se puede salir, más que por castigo o una pedagogía, por aburrimiento. Aburrimiento de su estrechez y su repetición. Es posible crecer, pensó, e insistió en que en las historias –y en la vida– debe haber esperanza. Y por supuesto que la hay, solo que coexiste con otras fuerzas de gravedad. Leí que algunos tienen la idea de que la foto de Burroughs apuntando con una escopeta a las Torres Gemelas es una especie de profecía y, tal vez, hasta un mensaje cifrado para una nueva cruzada de asesinos suicidas que buscan paraísos.



Kurt Cobain en la máquina de Orgón, 1993.

LO QUE QUEDA: RUINAS, TAMBIÉN ÁRBOLES



Presencias, Teresa Larraguibel.

Rumiar la grasa del asado, cada pensamiento,
cada percepción.
Nacimos pobres, pobres.
Pero no es que no hayamos estado en la fiesta;
es que nos quedamos para limpiar
y ser testigos de lo que hace la luz con los restos.
Alejandro Rubio

Tu primer pensamiento al despertar ha de ser átomo.
Günther Anders

Caer

¿Qué es lo sagrado de un imperio?
Es conocer la caída.
Anne Carson, *La caída de Roma*

No sé si se puede nacer lento, sin disparo. Aunque el preámbulo sea despacio, sutil, dubitativo, hay un punto de inflexión, de choque y catástrofe; se nace o no se nace. No se puede nacer un poco.

A veces no nos damos cuenta de que ya caímos. Dios se lo hizo ver a Adán con una pregunta insidiosa (a veces cae bien Dios).

Dios: Adán, ¿por qué te escondes?
Adán: Es que tenía miedo.
Dios: Mmm, dime, ¿cómo sabes que tienes miedo?
(Pum).
Fin de la inocencia.

Nacemos con una caída. ¡Animales melodramáticos! Hay quienes incluso hacen terapias para revivir el punto exacto del nacimiento, esa separación primordial, como si padecieran para siempre de un estrés postraumático por el hecho de nacer. Quizá tengan razón.

Traumados o no, las historias comienzan tras caer. Paradójicamente, la historia grande parece ser una obstinación por ir contra la gravedad: devolver la manzana al árbol. Encontrar el paraíso, una solución final. Una utopía –grandiosa, mediocre o narcótica– busca la inocencia. Pero antes –no pocas– encuentra la muerte y además la justifica.

No hay paraíso, solo hay afuera de él. Y afuera, pese a todos nuestros inventos, hay un punto de soledad irremediable. En primer lugar, llevar un nombre, además no elegido. Y aunque el nombre no explique lo que somos, debemos responder con y por él. Una persona es alguien, por eso se le pregunta, a diferencia de a los otros animales: ¿quién eres?

Entre los siete y los nueve pensaba que si todos nos cortábamos el pelo al rape podíamos ser algo dentro de un espectro de la misma cosa. Ser parte de un todo. Así entonces no había para qué llevar un nombre y no pelearíamos (idea fascista).

Al problema de que haya un abismo entre uno y otro, –de la misma magnitud que el abismo que hay entre uno y sí mismo–, la idea del espectro ofrece, a través de la mirada microscópica o macroscópica –ser moléculas o polvo de estrellas–, diluirnos en un todo enorme. También pensarnos en continuidad con otras especies es una forma de aliviar el peso de ser un humano. Con Roma en llamas y en tiempos de angustia, Lucrecio escribió *De Rerum Natura*, un texto bello y una búsqueda de consuelo que dice que todo está hecho de átomos: las piedras, los humanos, incluso los dioses en caso de haberlos. Luego, por qué temer.

Pero, pese a que somos tanto polvo estelar como animal, ocurre que las moléculas no tienen culpa ni deseos perversos; tampoco hay perros místicos, leones arrepentidos ni jirafas infieles o fetichistas. Hay algo en el ser humano que no tiene solución. Los animales no humanos están en el paraíso no porque tengan una buena vida, sino por su inocencia, que no es lo mismo que ser buenos. Los animales son. El ser humano, en cambio, no puede definirse de manera estable. Pasa la vida buscando formas de decir quién es.

¿Quién eres? ¿Tu apellido es judío?

Mi nombre, dicen, viene de la actriz de una telenovela que daban cuando nací. (Gente dramática pone nombres cinematográficos).

Lo demás no sé.

(¿En todo caso por qué sería judía?, ¿qué significa ser judío?).

¿Y si soy?

M.: No seas aburrida.

(Mejor no pienses en eso de ser judía, no aquí. Acá es: aquí mismo).

Quizá lo único que tenga de esencial el animal humano –caído y melodramático– sean los nervios, eso que a veces llamamos ansiedad. O sea, la inquietud corporal cuando se está justo en el espacio vacío entre una cosa y otra. La ansiedad procura buscar entretenerse. Es una tensión que apresura la consumación, como si de ese modo se borrara momentáneamente el dolor de existir separados de las cosas. La ansiedad es padecer de una exageración mórbida, porque están presentes todos los signos corporales de la huida, pero falta el monstruo. La ansiedad es una presión por llegar rápido a la otra orilla, pero pronto, desengañados, comprobamos que esa tampoco era una tierra tan firme. Los ansiolíticos se usan para calmar ese nervio: de estar parados sobre nada.

Un ansiolítico es, de algún modo, un trozo de paraíso y, como los ositos de peluche, un testimonio de que tenemos miedo.

Como sea, insistimos en paraísos cuando ni Dios parece haberlos soportado. Como dice Nietzsche, es muy probable que la serpiente

haya sido el aburrimiento de Dios los domingos. ¿Si no para qué poner un árbol prohibido en medio del Edén? Seguro quería historias. Como los amantes, que cuando se aburren inventan peleas de las cuales luego olvidan la causa.

En todo caso, ¿por qué poner un árbol en medio del paraíso para prohibir comer su fruto? ¡Qué tenía Dios en la cabeza! Teófilo de Antioquía propuso que todo el asunto en este cuento es un problema de tiempo. Cada cosa tiene su tiempo y Adán y Eva eran infantiles; la imprudencia habría adelantado el conocimiento, que no es sino el del sexo y la muerte.

¿Pero acaso existe el momento adecuado para saber?

No se puede nacer de a poco. Se nace de un disparo. La caída siempre es traumática.

Griego: trauma = herida

Latín: traumata = ser herido por un arma

Verbo "traho" es arrastrar, tirar = lo traumático es caer y además ser arrastrado. O sea, no parar de caer.

No existe un tiempo ideal para la caída. Las personas a veces retrasan decisiones fundamentales apelando a que están esperando el momento preciso. Pero ese momento no llega nunca realmente, nunca, en el sentido de que una decisión difícil se vuelva fácil. Hay un punto de la decisión que implica un salto.

A veces cometemos la imprudencia de caer de a poco, reconocer la caída, mas no aceptarla; como un duelo que ha quedado congelado. Esa es la melancolía. Que, a diferencia del duelo, se vive como una caída constante.

Pasolini: Siempre me he caído con un pie enganchado en el estribo, de tal modo que mi carrera no consiste en cabalgar sino en ser arrastrado, con la cabeza por el polvo y las piedras.

Caer, como sea, se consienta o no a ello, es un nacimiento psíquico al que llamaría el fin de la infancia. La infancia es un estado en que se goza de la inocencia respecto de la cronología, es un estado de continuidad entre el niño y la naturaleza. No es una felicidad a la que volver.

La niña, ella, no tiene nostalgia de paraísos, salvo una cosa: de los árboles, de la luz y la sombra del tiempo infantil. Por un lado, la sombra es una forma de ver, a medias, entre fantasías. Hasta que un día ves demasiado y solo podrás volver a la infancia a través de accesos parciales, como el sueño, la creación, el amor, la narcosis: formas de ver encantadas. Pero por otro lado hay un hecho fáctico: su ciudad, como muchas, era más verde, llovía en invierno, caían las

hojas en otoño y llegaban las flores en primavera; cada estación tenía un color y un olor; todo ello hacía de los veranos algo soportable, se traducía en una brisa y un resplandor auspicioso, anunciaba que venía la playa. Después de su caída, los veranos se volvieron desierto. De un modo mental y literal. Su ciudad, como otras, se fue secando, y las estaciones del año –estaciones mentales también– comenzaron a fundirse en un gran clima llamado "megasequía".

El Adán de Mark Twain reclama al momento de la expulsión que, en las afueras, el sol es abrasador. También lo describe como un mundo extraño y solitario. Todas las historias tras la expulsión mítica ocurren en el desierto. Ahí nacen también las religiones, o sea, los intentos de religarse cuando ya has perdido la tierra originaria. Suena antiguo, pero es lo que las personas hacen "después de": llaman a un viejo amor, buscan lugares de pertenencia, lo que sea que los alivie.

El después es la búsqueda, el viaje, la espera. Cuando aceptas, claro, que tu nueva condición es la errancia. La nostalgia es un modo de no aceptar, también el ánimo maníaco que no quiere saber nada de cosas perdidas.

***

¿Cómo es el primer día del después? Nacer con un disparo se parece a asomarse a la vieja ciudad hecha ruinas después de una guerra, o podría ser el día después de un entierro, cuando ya te dieron las condolencias y quedas a solas. También el día del divorcio: firmar en un juzgado, volver a la casa y verificar que, en las cosas que quedaron –la mitad de lo que antes hubo–, hay huellas de la persona que ya no está. Ese dato es el testimonio de que la ausencia no es una nada, sino restos.

The rest is silence (El resto es silencio). La frase con que concluye *Hamlet* es inquietante en su exactitud. Después de un acontecimiento –del ¡pum!– queda un resto: una ruina activa. "Restos hostiles" les llaman los psicoanalistas a una clase de restos capaces de pulverizarte. Esos restos son duelos inacabados.

Algunos ven fantasmas. Para empezar, Hamlet. Ella ve ruinas.

Hay al menos dos tipos de ruinas. Unas son las ruinas melancólicas, que funcionan como una meditación de la historia, la idea de que todo lo que existe ya es una memoria y presagio de un fin. Las casas viejas, las iglesias abandonadas, los vestigios materiales de ciudades perdidas, las piedras y los árboles viejos, también una foto de otro tiempo, una libreta de un matrimonio que acabó, un juego de tazas heredado, un mechón de pelo de alguien amado. Todas esas cosas existen, pero perdidas. Las ruinas melancólicas son duelos logrados.

Por eso hay una clase de decadencia que conmueve. El goce estético de las ruinas es el de contemplar una tormenta de lejos sin sentir un peligro inmediato. Lo irresistible de la ruina es su mensaje de humildad. Quizá porque se siente la suerte de tener una vista distante de la historia y poder pensar desde arriba. A la vez es un recordatorio de que todo lo que somos, incluidas nuestras aspiraciones, también, un día, serán una ruina. ¿Será esa la ironía con la que quiso jugar Gaudí con su catedral, la Sagrada Familia? Una construcción que lleva un siglo y medio sin terminar: un anhelo no finalizado que a la vez ya es una ruina. Gran truco.

Estas ruinas son melancólicas porque otorgan una perspectiva del fin: estar en un acantilado y situarse a contemplar el abismo, pero en tierra firme. Mientras que la segunda clase, las ruinas activas, son como la experiencia de estar en ese mismo acantilado pero, en vez de olas, ves el mar recogido, y, antes que horizonte, ves residuos pudriéndose. Son ruinas calientes. Tumbas abiertas.

Que algo o alguien se vuelva ruina no significa que haya muerto. Son historias que, acabadas, no acaban. Son duelos inconclusos: pataletas patéticas de hijos hacia sus madres ya ancianas; pataletas patéticas hacia amantes que ya han dejado la relación; búsqueda de padres inexistentes o de proyectos fracasados en el pasado; resentimientos que duran siglos –a veces porque ya no se sabe qué más hacer con la vida si no se odia–; resistirse a envejecer y transformarse en una caricatura juvenil, como quien se ha dejado el maquillaje toda la noche y amanece como una mueca de lo que fue en el esplendor de su ayer; no irse de la fiesta cuando corresponde (cosa que hasta Cenicienta respetó).

No se compran boletos para ver esas ruinas, aparecen por sorpresa. Son una presencia en el sentido de los fantasmas: una aparición donde debería haber nada. O, al menos, algo que ya estando muerto debería estar enterrado.

¿Cómo se llama este trastorno del tiempo? No lo sé. Si Hamlet veía fantasmas a falta de unas palabras que nombraran la situación del después del ¡pum! –una madre y un tío demasiado felices, cuando aún el cadáver de su padre estaba tibio–, quizá sea común que las presencias nos asalten cuando el mundo se nos hamletiza.

Una imagen de Marguerite Duras de una ruina caliente: “El perro muerto en la playa en pleno mediodía, ese agujero de carne”. Una presencia que arruina el equilibrio del día. Tal como a ese perro muerto, solo se puede ver una ruina caliente de reojo. Se hace como que no está. Porque son trozos del secreto del mundo que por error traspasaron el telón protector de la realidad.

Por el contrario, la compasión y la melancolía estética hacen un tratamiento a esa decadencia, la reconocen, pero a la vez la velan:

cubren los gusanos. Ese encubrimiento es la inconciencia que es fundamento de la vida, es una sombra, ojalá de un árbol, para no ver tanto. No obstante, hay ocasiones en que inevitablemente el velo cae. Como le ocurre a la protagonista del cuento “El árbol”, de María Luisa Bombal, cuando cortan el gomero afuera de su ventana:

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos […]. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y veía todo a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Convertirse en una ruina activa es una catástrofe que la luz blanca le hace a cualquiera, amado u odiado, como a un padre o a un marido, incluso a la propia imagen en el espejo; develan que entre la vida ordinaria y la catástrofe hay una línea delgada.

Ella, la niña, había visto animales disecados, pero una vez vio uno que la trastornó, porque no lo olvidó más. En una feria de antigüedades había un perro embalsamado en posición de ataque. ¿Ese perro se murió así, mostrando los dientes para asustar y a punto de saltar?, ¿se habrá dado cuenta de que no alcanzó a atacar? ¿Cómo es el segundo exacto en que pasas de estar duro, como un guerrero, a caerte sin fuerza? Sintió por el perro una especie de compasión forzada, que encubría cierta vergüenza ante su humillación. Lo obsceno de ese perro es que fue petrificado en ridículo. El ridículo puede doler porque no es mostrar fragilidad, sino que es quedar más que desnudo, es quedar en una evidente decadencia.

¿Es posible sentir conmiseración hacia alguien a quien temiste? El temor al padre de su historia se fue desplazando al ridículo, y no es fácil explicar por qué eso duele. Como el perro en posición de ataque, sus dientes ya no daban miedo, sino que obligaban a parpadear para no ver tanto. A veces insistimos en temer, también en darles un poder a otros cuando ya no lo tienen, cuando ya crecimos, cuando el tiempo pasó, cuando al otro ya lo vimos en su miseria; somos capaces de crear tiranos artificiales, todo para no tomar una decisión. ¿Qué hacer con el después, con los restos de la historia?

Hamlet no sabe qué hacer después. No sabe si quiere un después. “Yo te amaba antes, Ofelia”, le dice el príncipe a su novia. *Antes* es antes de la muerte del padre, que lo arrastra consigo. Después nada. Ser o no ser. No se decide a matar a su padre muerto, le es leal en vengarlo, aunque por ello no pudo amar a quien lo reclamaba.

¿Por qué insistes en hablar de lo que no se habla? Deja pasar una. Hazte un poco la tonta. Ninguna relación te va a resultar así. Así, con esa mirada descarnada.

Cosas que olvidan morir

I.

¿Cómo habrá sido el primer día tras la expulsión? Doloroso y vergonzante, dice la Biblia. Porque la pérdida de la inocencia es padecer de sopetón una conciencia del sexo y de la muerte. Si lo pensamos, la caída es quizá la más grande de las revoluciones sexuales. Quizá la única. Las demás parecen arreglos morales que cada época ofrece para un problema sin solución. El problema, desde luego, es el hecho de que la revolución sexual va de la mano de otra revolución, la de la muerte. Recordemos que, además del árbol del conocimiento, en el Edén había otro árbol, el de la vida. Si a Adán y Eva no les interesó su fruto es porque en el paraíso no hay muerte. Si Dios expulsa a la primera pareja es porque sabía que después del conocimiento irían tras la inmortalidad.

"He aquí, el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal; ahora, pues, no sea que extienda su mano y coma también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre". Génesis 3,22.

¿Podría ser que progresar sea una línea curva? Una en la que en cierto punto del saber hacer busquemos volver al origen: a la vida sin muerte.

Las primeras criaturas, asexuadas e inmortales, son, si se quiere hablar de origen, lo primero. Los organismos asexuados, como las bacterias, se reproducen a partir de una partición de sí, se duplican de manera idéntica. No tienen abismo, es decir, ni sexo ni muerte. Quizá la memoria de esa clase de vida, la primera, exista en nosotros, bajo la forma de un olvido de morir.

A ese olvido se le ha llamado pulsión de muerte. Y tiene la cualidad de lo que no tiene fin, en el sentido de una meta, pero también de término. Va más allá de una satisfacción, pide más y más. Es inercia y desmesura. A veces, un invasor. Su falta de límite es lo que nos puede llevar a la muerte, pero no es su propósito, precisamente porque desconoce la muerte.

Decimos: no puedo parar.

Pulsa sin idea, aunque se oculte bajo unas cuantas. Como escribió Jean Baudrillard, no solo la clonación o los padres que

usan la sangre de los hijos para rejuvenecer, la criogenización o la idea de encriptar la memoria de los muertos son formas de retornar a una endogamia primitiva –un incesto, pero sin drama– de la cual la evolución liberó a las criaturas. También lo es cada invento, cada idea que se propone crear un universo homogéneo en contra del abismo y la alteridad. Asimismo, los resentimientos eternos, las infancias pasadas de tiempo, los amores voraces, la locura y la locura y la locura. Las ideas que parten bien, pero caen en el ridículo o en la masacre porque no son capaces de detenerse. Una curiosidad del mundo *post* es que, aunque se declare el fin de las cosas, las cosas siguen andando, pero liberadas de su idea, de su origen y de su fin; entran en una fase de autorreproducción al infinito. Al no morir una idea, se exagera, se vuelve híper; también puede convertirse en un delirio. La paradoja pavorosa es que así parecen funcionar mejor.

La Barbie protagónica de la película de Greta Gerwig, la estereotipada, la primera, la rubia, la que fue creada tomando el modelo de una muñeca para despedidas de solteros, la que ha cargado con la historia del machismo y el deber de emanciparse, fue la que en Barbielandia comenzó a pensar en la muerte. Y la eligió. El costo: salir del paraíso y tener que ir al ginecólogo, es decir, preguntarse qué hacer con su sexo, en el fondo, con su deseo.

Si Barbie sale, hay otros que se quedan, fuerzan a que no termine lo que debe terminar. Ese es el protagonista de la novela de Lionel Shriver, *Tenemos que hablar de Kevin.* El hijo se refleja en el ojo de la madre que no quiere serlo, la madre ve en el hijo su anhelo perverso; ambos guardan el secreto. Juegan a la normalidad hasta que el hijo dispara en el colegio, también mata al padre y a su hermana. Solo quedan ellos, juntos y solos para siempre: es un complejo de Edipo raro, inmortal. Al decir del psicoanalista Marcelo Barros: un Edipo muy del siglo XXI.

II.

Si el corazón pudiera pensar, escribió Pessoa, se paralizaría. Con justa razón.

Hay quienes dicen que todo el problema existencial del ser humano es que un día se bajó de los árboles. Separado, empezó a crecer en él el resentimiento. Inhibió el instinto de agarrarse, lo que no significa que haya dejado de hacerlo. Se la pasa agarrándose de algo, pero a veces odia eso de lo que se agarra. El enojo es con el árbol, faltaba más, la madre perdida –metáfora del árbol– pasa a ser la madre puta, hija de puta: misoginia de

hombres y mujeres. Ellos odian y ellas se odian a sí mismas. Se derriban entonces los árboles; se hace, como se dice, "leña del árbol caído".

El árbol es sabiduría, pero también un insulto. El árbol se ama y se odia, como a una madre y a una amante.

Gabriela Mistral:

En medio del llano, un árbol seco su blasfemia alarga; un árbol blanco, roto y mordido de llagas, en el que el viento, vuelto mi desesperación, aúlla y pasa.

Animales enojados deseosos de deshacerse de todo límite han logrado acercar el cielo a la Tierra. ¿Pero qué sentido tuvo matar a Dios y progresar hacia la verdad vista con una luz blanca que enseña que somos unos cuantos huesos envueltos en pellejo? ¿Por qué eso tendría que hacernos felices?

Dice Pessoa que si era posible adorar a un dios era precisamente por sus casi nulas posibilidades de existir. Adorar en cambio a la humanidad llevaría inevitablemente, pese a sus ritos de igualdad y libertad, a terminar como una mera idea biológica. La búsqueda de la verdad en la carne.

Hay un cuento de Alphonse Allais sobre un rajá aburrido de la desnudez repetida de las bailarinas que debían entretenerlo. Se le ocurrió entonces ir más allá del sexo y descubrirle a una niña todos los velos hasta despellejarla. Y ya sabemos, aunque lo olvidamos: más allá del placer está la muerte. Tal como *Saló o los 120 días en Sodoma* de Pasolini, el empuje es ir "más allá", pero no hacia alguna trascendencia, sino hacia el fondo del cuerpo.

Saló está dividida en tres escenas ambientadas en un Estado fascista: los libertinos poderosos secuestran a un grupo de jóvenes para disponer de ellos y gozarlos sin límite. Primera parte: "círculo de las manías": la trama es la ejecución de todas las coreografías sexuales imaginables. Cuando estas se empiezan a repetir y los comensales a aburrirse, la pregunta que surge es ¿qué hay más allá? Cuando ya no quedan más agujeros corporales que sexualizar, hay un desplazamiento hacia la segunda parte, "el círculo de la mierda": una regresión hacia los juegos con caca. Ir más allá del asco es la penúltima trasgresión; la última es la tercera parte: "el círculo de la sangre". Si todo está permitido, la tortura y la muerte se convierten en la última forma de sacudirse.

Como en *Saló,* el "más allá" del sexo en *Crash*, la película de David Cronenberg, también es el golpe. Sus protagonistas, anestesiados del placer sexual, buscan despertar de su tedio existencial con los choques de autos, los que ellos mismos protagonizan.

¿Qué insinúan estas historias? ¿Que el sexo parece una función no solo inútil, sino que insuficiente?

¿El sexo podría estar en crisis tanto como la muerte? Desde hace un tiempo que aparecen estudios que indican que, pese a la hipersexualización de la vida, las personas tienen menos sexo real que hace cincuenta años.

De la revolución a la recesión sexual:

Los expertos alertan que estamos en una clara recesión sexual. Las estadísticas lo certifican: la frecuencia sexual no ha dejado de caer en las últimas décadas. Japón se sitúa a la cabeza. (Nota de prensa, 2023)

Sin embargo, hay un detalle en *Saló*: el único y último gesto humano en la trama es el suicidio de una de las prostitutas contratadas por los tiranos. Irónicamente es su muerte la pequeña esperanza para el espectador; con su acto dice "no" a la degradación infinita. Un gesto –aunque muy distinto– que se emparenta es el de la hija del jugador de béisbol Ted Williams, Arizona Bobby-Jo Ferrell. Él manifestó en vida su deseo de crionizarse, pero a uno de sus hijos además le pareció una buena idea vender su ADN tras su muerte, para que hubiesen "muchos pequeños Teds". En 2002, robó el cuerpo de su padre recién fallecido y lo mandó a congelar –específicamente solo su cabeza– a Alcor, lugar donde hoy hay alrededor de doscientas personas "suspendidas". Su hermanastra, Arizona, se opuso, denunció el robo y declaró no poder soportar la idea de su padre congelado. De despertar, ¿seguiría siendo su padre? Su petición a la ley es su deseo de enterrarlo.

Todo indica que la finitud hace preciso al ser humano.

III.

Quizá el error que hemos cometido fue cambiar la dirección de la mirada. Debíamos aún mirar de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, por el mal de alturas. Sin Dios, debíamos rezar igual, aun a un cielo vacío; a fin de cuentas, el centro siempre estuvo desocupado: orbitamos en elipsis.

La escultura *Vessel*, de arquitectura, digamos, fálica, fue instalada al centro de un barrio financiero en Nueva York. Y como el mall Costanera Center, la torre chilena más alta de Sudamérica, también se convirtió en un lugar de suicidios. En el mall, después de varios años, asumieron que, pese a arruinar el paisaje de las compras, debían poner protecciones, y en el caso de *Vessel*

> clausuraron sus escaleras. Hoy solo se puede ingresar al primer piso, y el efecto que se produce es extraño. Al entrar a la estructura, puedes ubicarte al centro y mirar hacia arriba y sentir igualmente un vértigo, pero con los pies en la tierra. Podrías conmoverte, pero no lanzarte.

***

Después del incidente, su mamá se fue. Un día vino a buscarla. Tiempo después, obligada por orden judicial, debió ir a visitar al padre a la casa donde antes vivió. El árbol central del jardín, el más alto, había sido cortado. Nunca supo por qué. No tenía sentido, si el padre jamás se preocupó por los asuntos domésticos, menos lo haría en aquel tiempo en que dormía todo el día.

Ese pino enorme –lo veía como el árbol más grande del mundo– era sombra, juego y geometría: su presencia inevitable en el jardín obligaba a la circularidad de los juegos, perseguirse siempre era en torno a él. De ese árbol solo quedó un chongo petrificado. Fue su primera ruina caliente, también un mensaje. No habría más sombra, círculo, ni razón para mirar hacia arriba. Por un tiempo.

Manipular la ausencia

La gran explosión nos condenó a lo singular
Solitos flotantes mínimos
Sumergidos en el caldo absoluto
deseando otra vez
el Enlace
Rosabetty Muñoz

Cuando su mamá se fue, hubo intemperie. Hay una soledad cuya luz es más parecida a la de la tarde del domingo que a la del fin del verano. La del verano es melancólica, la del domingo, en cambio, presiona los nervios y revuelve el estómago.

Existe una soledad de otro mundo.

Primero, antes de la aparición de los pronombres yo y tú, su mamá fue un olor, con mayor precisión diría que un pedazo de tela: ella, la niña, agarrada de su camisa de dormir verde agua. Tenía miedo (todos tenían) de que el diablo se la llevara en la noche (en realidad se llevaba a su madre).

Su mamá iba y venía, nerviosa. Linda siempre. Arreglada.

Un día se perdió. Veía piernas de gente grande y se agarró con fuerza a las de una mujer que sabía no era su mamá. Pensó, o cree que pensó, que tenía que aferrarse a una mamá, cualquier mamá. De grande ha replicado esta estrategia cuando se pierde demasiado y olvida que: yo soy yo, y los demás unos tú de los cuales no corresponde andar colgándose.

Después de que su mamá se fue y volvió, estaba preocupada de que la mirara. Ella sabía que a veces la miraba, aunque nunca la pilló haciéndolo. Siempre estaba nerviosa. Arreglada. Iba y venía sin parar. En todo caso, ¿no es eso una madre: alguien que va y viene?

Roland Barthes escribió que a veces se soporta bien la ausencia, nos comportamos como los normales, nos ajustamos a las formas en que todo el mundo soporta la partida de alguien. Mientras que hay una ausencia dura, a la que es necesario resistir con más fuerza y disimular para no quedar colgados de cualquier pierna.

La soledad que puede ser agradable ocurre cuando hay al menos una variable constante, y aunque no esté presente, lo que importa es saber que hay alguien en cuya cabeza estamos presentes. Mientras que en la desolación no hay madre, pero tampoco sustitutos.

Barthes dice: Voy a manipular la ausencia.

Vivian Gornick, experta en apegos feroces, escribe en *Mirarse de frente* que el feminismo fue un oasis en el cual por fin pudo descansar del desgaste de perseguir a los hombres, de esperar estar bien con alguno para poder, recién ahí, comenzar a desarrollar su trabajo. "Pronto sería dueña de mí misma", pensó, imaginando ese gran momento. Para ello debía estar preparada, si no para renunciar al amor romántico, al menos aspirar a tener un "apego adulto", o sea, sostener un yo y tú con la distancia que promete la anhelada madurez emocional. Pudo por un tiempo. Pero luego algo pasó, el movimiento feminista empezó a erosionarse, las relaciones a desinflarse y las ideas a repetirse demasiado. De pronto, con sus camaradas no tenían mucho más que decirse. Gornick escribe que, de vuelta a su soledad, ya no se desesperó, pero se deprimió.

Es cierto que en el enamoramiento, como en los colectivos y las pandillas, olvidas por un rato que yo es yo y que entre yo y tú hay un abismo. Son un oasis en el desierto, pero también un espejismo. Esa clase de unidad, tarde o temprano, se rompe. La sensación de ser uno para todos y todos para uno se triza cuando aparecen los deseos individuales, aunque a ratos creamos que pensamos lo mismo con nuestros socios. Inevitablemente se vuelve a la soledad después de cada fiesta, y eso debe ser crecer, ¿no?, salir de la manada y responderle a la vida. Ese ejercicio lo repetimos innumerables veces en la vida, ir y volver a ser juntos y solos otra vez. Y creo que duele siempre.

Es posible que cada nueva separación sea un eco de la primera: una madre que se va. Aunque vuelva. Debe ser por eso que algunas separaciones se tornan absurdamente traumáticas en la adultez. Hablo de las absurdas, porque es especialmente inquietante que unas relaciones que nunca despegaron a nada, apenas unas verrugas en la historia, suelan provocar conmoción.

Quizá lo que no alcanza a ser nada replica el primer desengaño, pero de una manera patológica, ¿cómo separarse de lo que no hubo?

Pequeño ensayo sobre el amor voraz

No sabe qué siente, ama tanto que no puede respirar, lo que no significa que sepa exactamente lo que ama, porque si es franca con ella misma, también lo odia. Odia su risa y los ojos chinos que ya le quedaron así de tanto fumar pitos, le parece estúpido lo que habla; la gente como él, que muy joven discute de política como mueca de los padres, le parece un síntoma grave de discapacidad espiritual, pero sobre todo odia verlo tan cómodo consigo mismo;

siempre está bien, nada le hace falta, cuando está excitado le gusta mirarse al espejo, ¿nunca miras a nadie, gran hijo de puta? Pero lo que más odia es odiarse a sí misma por cómo se pone con él, en un segundo se siente una subordinada de cuarta, no le salen las palabras, queda atrapada buscando que la mire cuando él mira siempre en otra dirección, y, cuando la mira, se pregunta ¿qué mira en mí? ¿Ve algo? ¿Qué más tengo que hacer? ¿Ser más bonita, más inteligente, más caliente? En todas las idas y vueltas –porque él iba y volvía, y ella también: ella obligada, él por descaro– fantaseaba que pasaba por delante sin mirarlo, y entonces él al fin la mira; como se dice, se da vuelta la tortilla. Y ella ¿qué haría entonces para sostener ese segundo de gloria? Porque sabe que ella, que no soporta la espera –porque la palabra *ausencia* le suena a sentencia, violencia y demencia–, se entregaría a la primera, entera, toda; y otra vez caerle encima, y él que nunca quiso eso, porque eso es algo que incluso ella sabe: nadie quiere a otro encima, lo llevaría a él otra vez a abandonarla; así, ganosa, con la boca abierta. Triste. Si ella goza de su entrega y esclavitud no significa que él la tome como esclava, y ese rechazo la vuelve aún más desesperada. Pero no está loca, aunque lo esté, él es parte de este juego perverso, de dar y quitar, de usar ese poder que a él también le extraña, porque sabe que no tiene nada más allá de la cáscara: reconoce un cordón umbilical invisible, donde el triunfo de uno es la derrota del otro. ¿Qué haría finalmente si algún día lo tuviera para ella? Sospecha, sin jamás reconocerlo ante quienes se victimiza por vivir este amor terrible, que, de tenerlo, entero, todo para ella, lo devoraría, lo masticaría hasta no dejarle carne; así extinguir al fin ese amor que odia. Sabe que le pasa exactamente igual cuando tiene una caja de chocolates, no soporta dejarlos en el cajón, debe comerlos todos, así ya no siente más esas ganas de algo que la vuelve loca. El psiquiatra le dice que sufre de ansiedad, y el doctor le parece absolutamente estúpido; nunca se le ocurrió preguntar qué mirada es la que anhela. Si al menos la hubiese ayudado con nuevas rimas de la palabra ausencia, por ejemplo, presencia o creencia. Quizá la habría llevado a comprobar si con ellas podía cerrar un poco esa bocota.

***

En la obra de las artistas Louise Bourgeois y Tracy Emin llamada *Do not abandon me* (No me abandones) hay desesperación.

Desesperarse: no soportar el espacio que separa a uno de otro.

Bourgeois pintó torsos, Emin los intervino. En la imagen *I held your sperm and crie* (Sostuve tu esperma y lloré), una pequeña mujer

arrodillada toma el semen del pene de un gran torso de contornos algo maternos. Esa imagen podría ser ella, la niña, colgando de la pierna de cualquier mamá. Un par de amores terribles fueron exactamente la sombra de la madre imaginaria detrás de unos cuerpos que tuvieron demasiado significado.

¿Será que en los amores dramáticos podemos repetir el melodrama original? Aunque hagamos el ridículo. La primera tragedia es verificar que nuestro primer amor, la mujer que conocimos por dentro, mira en otra dirección, y no hay ofrenda que podamos hacer para recuperarla. Porque, en primer lugar, nunca fue nuestra. ¿Somos capaces de terminar por comprender esto?

Podemos preguntarnos toda la vida ¿qué más quieres, mamá?

Y ella siempre responderá lo mismo: no sé de qué hablas.

Cuando estos dramas se repiten de manera severa, los psicoanalistas le llaman estrago. La etimología dice que *estrago* viene de ruina y confusión. Es un daño generalizado, una devastación total por alguien que en realidad poco importa, podría ser cualquier pelele, cualquier pierna, que por un juego perverso del inconsciente oculta la sombra de la madre que se ama y se odia, esa que va y viene. Pérfida, cuya mirada se busca y no se encuentra.

¿Tan obvia soy para ti?

La capacidad para estar a solas no está en absoluto garantizada. No nace, se hace. Primero se requiere de la presencia real de los padres o cuidadores, después puedes soportar estar en la pieza de al lado sabiendo que ellos existen cerca, para lograr, por último, llegar al último escalafón del aprendizaje de la soledad: jugar a solas junto a ellos. O sea, estar solo con otros, al lado de otros y compartir la soledad sin colgarse de la pierna de nadie ni rumiar de manera obsesiva la pregunta: ¿en qué piensa cuando no me habla? Eso es precisamente lo que el vampirismo emocional no soporta. El vampiro quiere un pedazo de alma del otro, chupar su sangre: es-trago es también tragar, como se traga cuando aún no se sabe masticar.

Eres un barril sin fondo.

Los niños son grandes expertos en el tratamiento de la ausencia. Lo que hacen es introducir un ritmo con su juego "está, no está". Esa es una forma de manipular la ausencia. El juego significa manejar el ritmo de la presencia y la ausencia activamente, las cosas están y no están, y el ritmo retarda la sensación de amenaza de que un día, ciertamente, el otro no volverá más. El juego es un ensayo para las pérdidas, algo así como vacunarse de duelo en pequeñas cuotas. Es un antídoto al resentimiento, porque de algún modo, en ese juego de

presencia y ausencia, aceptaste la cláusula de la vida. Y notas que no está mal.

Digo: Voy a manipular la ausencia.

Al volver a su soledad, Vivian Gornick trató de trabajar. No pudo. Se quedaba en la cama. En ocasiones, antes de levantarnos, necesitamos cinco minutos más (de mamá). Lo problemático es que sean mucho más que esos cinco minutos, supongo que a eso se le podría llamar depresión. Gornick primero no pudo comenzar. Hasta que pudo. Pudo cuando su mantra de fervor religioso “el trabajo lo es todo” cedió. Leyó de Chéjov: Tengo que sacarme al esclavo que hay en mí, gota a gota. No era el trabajo lo que la salvaría, sino la humildad del esfuerzo diario, como si fuera un ritual de salvación. Una constante.

El trabajo puede ser más que el trabajo. Para algunos, el secreto de su productividad es trabajar para hacerle el quite a lo insoportable de la soledad. Y escribir, por ejemplo, no traiciona, siempre tendrás un trabajo por hacer.

Sísifo enseña algo al respecto. Destinado a llevar todos los días la misma roca, que cada día volvería a rodar abajo, sin promesa alguna, acepta ese sinsentido. Sin esperar el gran momento, solo comienza cada día y seguramente en una de esas idas y venidas algo le pasó. En la caída pudo ocurrir que dio un beso y empezó a urdirse una trama, o incluso, si tuvo suerte, encontró un oficio, un deseo, y como todo sentido que vale la pena, no lo usó como excusa para vivir, sino que le dedicó la vida y terminó haciéndole una dedicatoria.

Gornick quebró la desolación, diría que bajo el truco de la dedicación. Sin exigirle más ni a un dios, ni a un hombre, ni a una pandilla.

–¿Tú crees que yo puedo estar sola?
–No
–¿Cómo no?
–No. ¿Para qué me preguntas, entonces?
–Pero si he soportado separaciones durísimas.
–Pero decías que esa vez, la peor vez, solo sentiste paz interior cuando tuviste que tomar el jarabe para la tos.
–Pero quizá ahora sí pueda.
–Quizá.

Combinados, exagerados y otras personalidades desagradables

De los días sin madre no tiene recuerdos. *Black out*. Salvo una cosa. Quién sabe por qué recordó que le contó algo a María Ignacia, su amiga de la plaza. Es probable que no se llame así. ¿Por qué la recuerda? La memoria es un misterio, ¿cómo es posible que de pronto te enteres de que sabes algo que hace un minuto no creías saber? Descubres que en tu cabeza existen conexiones que no conocías. Y ella, María Ignacia, insignificante en esta historia, representa el punto exacto de la violencia que oculta un tipo de aburrimiento. El que es provocado por excesiva negación.

Debió haberle dicho a esa niña: "El padre quiso matar a mi mamá con una pistola". Su cara cambió. Fue como si la piel infantil se resquebrajara y su melena castaña –que combinaba con su falda escocesa de tonos café y burdeo– enmarcara el rostro de una mujer anciana horrenda y molesta, quien podía decretar el estatuto y el destino de su confesión. No dijo "no te creo", sino "*eso* no es verdad".

De *eso* no volvió a hablar. *Eso* no pudo haber pasado. *Eso* no podía ser escuchado. Especialmente por la gente combinada, quienes, a falta de no querer o poder saber ciertas cosas (o sea de *eso*), clausuran la realidad bajo una operación radical: hacen que su ser y su apariencia coincidan.

¿Qué es *eso*? Lo que no se puede saber para preservar la personalidad. O, incluso, para preservar cosas grandes, como una nación, porque *eso* también puede ser un problema de Estado.

¿Es la gente combinada más feliz? Por supuesto que sí. Otra cosa es que podamos sospechar de que sea la felicidad lo que buscamos.

Madame Bovary no era feliz, pero tampoco exactamente infeliz, lo que sentía era que una araña diminuta iba tejiendo una telaraña en su corazón. Imagino que si le hubiese contado a su terapeuta se habría avergonzado al reconocer que de lo que quería huir no era de un mal marido, ni de una vida aproblemada, sino de una vida y un hombre que la aburrían. Si viviera hoy, habría visto con espanto en Google que existe un síndrome con su nombre, bovarismo. Y que, en las páginas de salud mental, se refieren al bovarismo como gente que padece una insatisfacción crónica y la dificultad para distinguir la realidad de la fantasía. Seguramente habría dicho que los aburridos

son estos terapeutas sin imaginación, y se preguntaría cuándo ocurrió que la psicología se separó de su hermana, la literatura. Tomaría otra vez un libro y pensaría si acaso la definición del bovarismo no es básicamente la del reflejo de una mujer en los ojos de un hombre satisfecho. Ella misma viéndose en los ojos de Charles Bovary, un hombre feliz, cuyo único elemento que no combinaba en su vida eran las fantasías de su mujer.

Nunca pudo complacerla, porque Charles es el ejemplo de quien no ve, no escucha; pese a sus buenas intenciones, no puede, porque no quiere saber de *eso.* No comprendía nada, incluso se hacía el tonto con los amoríos de su mujer, quizá esperando que volviera a él después de su fiebre. Pero Emma se le escapaba hasta en los sueños: soñaba repetitivamente que iba a abrazarla, pero ella se pudría en sus brazos.

Emma es una heroína muy singular, no escapó a la felicidad, sino a las historias. No hay triunfo ni es mártir. Se endeuda, se avergüenza por ello, se siente atrapada, la vida no era acá, tampoco allá. Algunos dicen que la novela la castiga, y es cierto que el deseo de las mujeres ha sido largamente castigado, pero creo que el mensaje podría ser también otro: *eso* existe y la felicidad que hace como que no, fracasa. *Eso* estalla por alguna parte, a él, a través de su mujer. Él es un poco como Penélope, es quien está a la espera de que su amor se canse de las aventuras. Mientras que Emma es el movimiento. Y, como Ulises, quien va de una cosa a otra, la emoción de mundo también puede derivar en intensidad compulsiva; tarde o temprano las deudas con el mundo caen encima. Las deudas también son un *eso.* Ella se mata. Ulises vuelve.

Escribe Hanif Kureishi en *Intimidad*: "Resulta fácil reírse de la felicidad burguesa, pero ¿existe otra?". Como sea, algunas personas tejen, se quedan en el lugar, repiten lo mismo. Otros viajan, cuando es mucho, no tejen nada. Y casi todos oscilan entre una cosa y otra. Ella, la niña, se sentía atrapada, especialmente los veranos. Veía películas y escribía historias. Pero tampoco era Emma Bovary. Al mismo tiempo le temía a la aventura. Notaba en algunas amigas una confianza que ella no sentía, podían correr más riesgos. ¿Habrá sido que no veían *eso* tan cerca? No le gustaba ir a dormir a otras casas, tampoco nadar; quería ser grande para no dar explicaciones. Se agarraba de todo lo que tenía y, a la vez, despreciaba esas cosas.

A los catorce años encontró una amiga varios años mayor; ese verano viajó con ella a la playa. Esa playa estaba llena de "Marías Ignacias", niñas de su edad con pelo y ropa combinada, pero, sobre todo, las veía tan seguras, como si contaran con un respaldo que ella no. Conocía a algunas, eran niñas de su colegio, amigas de sus amigas, y se escondía; no sabe por qué tenía vergüenza. Una noche, con su amiga hacían la fila para entrar a una discoteque, y dos tipos se les

acercaron, les dijeron que eran policías encubiertos, o algo así, las apartaron de los otros y las llevaron a un lugar oscuro. Las toquetearon una vez, dos veces, tres veces, hasta que uno de los hombres le dice al otro que era el momento de llevarlas al auto. El otro hombre la miró a ella y le dijo: Corre. Y corrieron y gritaron. Además de ser una situación chocante, lo que la perturbó fue una idea que le quedó rondando: "¿Por qué nosotras sí y las 'Marías Ignacias' no?". ¿Acaso ellas se veían más raras, más solas, más frágiles, más sin respaldo? Esas sensaciones eran también un *eso*. No quería ser una María Ignacia y a la vez comprendía que, en ciertos mundos, salirse de la fila, cuando estás muy sola, puede convertir a las niñas en Caperucita Roja.

***

Las formas de vida sin inconsciente son de un aburrimiento intratable. Como cuando las palabras se vuelven cosas inertes y las cosas divertidas se asfixian con protocolos. A la vez, reconozco que es necesario soportar cuotas de aburrimiento para hacer alguna cosa con la vida. Aunque no creo que haya que aceptar el tedio como imposición. Por ejemplo, es tramposo buscar "arreglar" a los niños cuando se les ofrecen cosas poco interesantes. Tanto como cuando las personas satisfechas, como los Charles Bovary o las niñas combinadas de la plaza, llevan a otras personas a sentir que están locas.

Este es el asunto: hay situaciones y formas de vida que convierten la insatisfacción en algo vergonzante. Luego, esa insatisfacción no alcanza a convertirse en un deseo sino en queja. Además, las cosas cerradas generan otro sentimiento indeseable, la inferioridad y el resentimiento. Porque, aunque critiques esas cosas, secretamente te preguntas si el desperfecto es tuyo. Y puede ocurrir que de tanto defenderte de esas situaciones conformistas, exageres tu actitud de desprecio y te vuelvas una persona autodestructiva.

Por otro lado, también es muy posible, como les ocurre a las personas que se han acercado demasiado a *eso* a través de experiencias traumáticas o cuando se enteran muy pronto de su existencia, que *eso* se vuelva una adicción. Lo odias, pero secretamente te fascina. Y odias que te fascine. Sientes culpa. También ganas de enrostrarle a todo el mundo, especialmente al mundo combinado, que sobre esa verdad desnuda llamada *eso*, que en algún minuto crees que es la Verdad, no saben nada de nada. Es decir, puedes convertirte en una persona muy desagradable. Y, peor aún, despiadadamente aburrida. Dicen que es más fácil perdonar a los que nos aburren que a quienes aburrimos.

–No aguanto el calor.

–Prende el aire acondicionado.
–No, es que es el calor me viene de adentro.
–(Silencio)

Las personas no quieren saber de *eso*, al menos no de cualquier manera. Y esa actitud, incluso, es la base de la salud mental. Por eso somos distraídos en distintos grados, porque hay algo adaptativo en ello; mal que mal somos una especie consciente de que flotamos en medio de un lugar del cual sabemos muy poco. Asimismo, somos conscientes de que los pensamientos poco nobles que tenemos también los tienen los otros respecto de nosotros. Pese a todo ello, somos capaces de vivir, desde luego, haciéndonos un poco los tontos.

Buda tiene los ojos semiabiertos.

Es cierto que a veces decir *eso* es lanzar una verdad necesaria. Especialmente cuando la realidad se cubre con la neblina del ocultamiento. Pero es una confusión trágica suponer que *eso* es la verdad siempre. Así, a secas, como un disparo o como mostrar la pus de una herida, para que todos vean que lo real bajo cualquier traje de seda es que podemos pudrirnos. La idea de que habría que ser totalmente transparente, crudo y literal respecto de lo que se piensa y se siente, puede convertirte en una *persona disparo*.

Quienes van por la vida sin combinación pueden ser asaltadas en cualquier momento por un ataque de *eso*, y padecer de una sobredosis de franqueza cruel y suicida. Hay personas que, a punta de impulsos destructivos, andan como un fuego artificial defectuoso que estalla donde no debería. No solo pueden padecer de una tendencia mórbida a exagerarlo todo, sino que su mensaje puede tornarse inaudible.

–¡No te vayas!
–Así no te puedo escuchar. ¿No puedes acaso perdonar?
(Pienso: eres como un psiquismo sin historia. Nada está perdido, todo está presente todo el tiempo. Nada comienza. Todas las veces es la misma vez. Todo enojo es el mismo, tanto como todos los miedos son siempre el original).

Hay quienes viven atados a su herida, a su *eso* sangrante. Como si el pasado fuera un chicle pegado en la suela del zapato. Y cada vez que pasa algo es la misma vez: todos los disparos, el disparo.

Alguien enfermo de *eso:* insatisfecho, convencido de que nadie quiso curar su herida. Viciarse con *eso* es resistirse a curarla, y aunque digas que estás tratando de curarte, secretamente te revuelcas en la destrucción. Las cartas de Rimbaud reflejan esa situación existencial; intenso, ambivalente en su amor y odio, pedigüeño, escribía con detalle sobre sus dolores físicos y mentales, les pedía a sus familiares cosas, se obsesionaba con pedir algo hasta el colmo, cualquier cosa,

incluso una nimiedad podía encarnar la herida abierta. “¿Y qué quieren que les cuente de mi trabajo aquí que no sea que me repugna? ¿Y del país que lo detesto? ¿Y para qué seguir? [...] Sin embargo, no puedo ir a Europa por múltiples razones; me moriría en invierno y estoy demasiado habituado a una vida nómade y gratuita y para terminar, no tengo posición”. Ser receptor de esas demandas es insoportable; luego el pedigüeño confirma que otra vez no le han dado lo que merece. Porque nada nunca será suficiente, porque, en el fondo, ama su herida.

Yo soy uno de esos seres a los que el sufrimiento hizo frívolos y vacuos: cada noche, en mis sueños, me arranco la costra de una llaga; cada día, consuetudinario y vacío, la dejo formar de nuevo. (La tumba sin sosiego, Cyril Connolly)

Hubo un tiempo, cuando ella, la niña, era muy joven, en que solía llorar con los hombres. Incluso con los que apenas conocía. Pensaba que era un desahogo, pero era una escena: una anacronía puesta en juego en el presente para repetir algo, para recordar en carne y de manera literal, un pasado que no pasa. ¿Qué repetía? No estoy segura, pero probablemente un disparo, un *eso* dislocado que no dejaba de repetirse. ¿Por qué con los hombres? Supongo que por la confusión psicológica que el campo sexual y amoroso facilita. Puedes ser infantil y hablar en modo demandante y tirano, y a la vez ser el objeto del otro y sentir la fragilidad y el vértigo de pertenecerle a quien puede dar o quitar todo, y al mismo tiempo puedes ser tú quien domine su voluntad y decidas llevarlo o no al precipicio. Todas esas cosas pueden revivir los complejos y conflictos más arcaicos.

Vamos, mi amor, dame la mano, vámonos a la mierda, un poquito más. Pero juntos, juntitos.

Era una escena que, pese a que le fascinaba, la padecía. Quedaba atrapada. Era una forma de provocar una intensidad, pero sin lograr traducirla. Dejó ese vicio, tuvo parejas que no aceptaron ese acuerdo; tuvo suerte. Pero eso no significa que dejó de montar escenas. Relataré una que es sospechosa.

Ocurrió en uno de esos centros neurálgicos del entretenimiento, llenos de luz, calor y piñas coladas. Un *resort* es un lugar en el que podría cumplirse la ley fundamental de la distracción de Rüdiger Safranski: el aburrimiento acecha en los lugares creados para desterrarlo.

Un *resort* es un lugar donde todo debe parecer relajado, casual, donde *eso* está absolutamente controlado, tanto que te preguntas cómo es posible que aún no haya estallado algo, por ejemplo, un motín de

los trabajadores neocolonizados obligados a sonreír y entretener a gente que quiere que la complazcan. Lo pensó, lo deseó. Pero no ocurrió. El incidente fue de otra clase: llegó un huracán. Les pidió a sus amigos irse de ahí, un huracán es de las catástrofes de las cuales tienes tiempo de escapar. Pero ya estaba todo pagado, algunos estaban más preocupados de su campeonato de vóleibol que de la posteridad. Hay que reconocer que los deportistas le dan un tratamiento excelente a *eso*. ¿Por qué no se fueron? Pese a que se peleó con todos y se encargó de hacerles la estadía menos feliz –si no estaban dispuestos a ver el riesgo, ella se encargaría de recordárselos cada segundo–, su escándalo pudo ser un simulacro. ¿Por qué no tomó sus cosas y se fue?

Se quedó, decidió quedarse con miedo y odiando a los deportistas campeones de la negación. Llegó el huracán y no hubo catástrofe, sí momentos de alta tensión: sin luz ni agua, no había internet, tampoco comida, cosa que quizá era positiva considerando que la mierda estaba saliendo por todos los escusados del hotel. Como si hubiera escapado el *genius loci:* la arquitectura y los objetos hablan de la naturaleza de un lugar.

–¿Por qué ahora no estás exagerando la historia? ¿Exageras solo cuando te conviene?

–De acuerdo, hago otro intento.

Las cosas volaron. No hubo rebelión organizada, pero los trabajadores no llegaron el día del huracán por mandato presidencial. Situación que llevó a los administradores del hotel –gente que nunca quiso saber nada de *eso:* de que venía el peor huracán de los últimos veinte años en el país– a tener que contener una situación al límite. Cosa que, como buenos inútiles en catástrofes, los llevó a abordar el problema sacando todo el alcohol que quedaba para hacer una fiesta apocalíptica. Lo curioso es que los turistas, llamados en estas situaciones pasajeros, se sumaron a la parodia, supongo que replicando alguna escena de *Titanic*. El hotel era una balsa de borrachos, situación que al menos por un instante pudo dar el consuelo de que, si se hundían, no estaban solos. Una mentira, porque de no haber logrado reparar el generador eléctrico esa noche probablemente se habrían matado por la última caja de cereales.

Después del huracán les quedaba un día más de estadía, llegaron los trabajadores y limpiaron el desastre. Esa noche hubo el espectáculo de siempre y notaron que los bailarines eran también los administradores. Cayeron en cuenta –incluso los negadores– de que se habían encomendado en la catástrofe al cuerpo de baile.

¿Por qué se quedaron?

Es posible que las *personas disparo* se expongan al desastre tanto como los negacionistas. Son tan sospechosos los que niegan la crisis

como quienes viven de ella.

¿Si yo recordé a esa niña de la plaza, ella, al menos, me habrá soñado?

¿Qué hacer con *eso*?

Hay que encontrar, por tanto, una salida hacia la libertad.
Séneca

Ver con los dos ojos no es lo mismo que ver de frente.

Ver no es garantía de lograr enfrentar una verdad. Las personas que ven pueden quedar absortas y atrapadas en una escena, volverse parte de su geometría, comenzar a hablar su lengua; todo ello significa aceptar el pacto que esa escena impone como verdad.

En la llamada violencia doméstica, que ocurre en las cocinas y los dormitorios, se describe un ciclo que explicaría por qué las víctimas permanecen tanto tiempo. Primero hay una acumulación de tensión, pequeños incidentes que no bastan para tomar una determinación; en esta etapa las personas se confunden, pueden aún decir que no es para tanto, que quizá exageran. Hasta que ocurre la segunda parte del ciclo, el estallido violento. Nítido y sin ambigüedades, debiese ser el momento en que las víctimas tendrían que huir o llamar a la policía. Pero no siempre es así, aparentemente casi nunca. “Te sientes debilitada”, decía su mamá, también que la violencia te hace algo raro, te rompe algo muy adentro, hace que te odies, que te sientas poca cosa. Pero, sobre todo, no te vas –esto lo decía su mamá y también la teoría del ciclo de la violencia–, porque la fase siguiente es la de la “luna de miel”. Un tiempo de disculpas y promesas. Y crees. Porque cuando estás atrapada, parece que es más fácil creer que dejar de hacerlo.

Respecto de por qué quien violenta no se va –¿acaso no está tan disconforme?– es un misterio, pues quienes violentan nunca dicen la verdad, inventan justificaciones o enloquecen. Seguro debe ser insoportable admitir que están unidos a su objeto de odio.

Su mamá corrió un día al límite. No es que de pronto vio lo que antes no. ¿Pudo alguien haberla ayudado? A veces quienes sufren violencia se hacen parte del acuerdo vergonzante y guardan el secreto, y cuando son capaces de contarle a alguien, puede ocurrir que ese alguien no lo pueda creer, porque no cree que ante *eso* una persona no huya. A veces simplemente todos saben y a la vez todos callan.

Por ejemplo, Jan Karski hizo lo que muchos se han preguntado alguna vez: ¿qué hubiese pasado si el mundo se hubiera enterado de lo que ocurría en los campos de exterminio? En 1942, después de sobrevivir a dos detenciones, una por el Ejército Rojo y la segunda por

la Gestapo, recibió de la resistencia clandestina la misión de informar a los aliados de la situación de Polonia. Conocido por su buena memoria, era altamente capaz de pasar información sin requerir ningún documento, pero esta vez iba a necesitar pruebas si quería que le creyeran. Se infiltró dos veces en el gueto de Varsovia y en un centro de tránsito de prisioneros. Había visto la guerra, tras ser torturado intentó matarse cuando estaba detenido, pero expresó que lo que vio no tenía cómo ser nombrado. Viajó a Inglaterra con un microfilme, se reunió con el ministro del Exterior, quien le dijo que no podía ayudarlo. Organizó encuentros con periodistas e intelectuales, algunos lloraban, otros manifestaban su suspicacia. En 1943 logró entrevistarse con Roosevelt en la Casa Blanca, la reunión duró cuatro horas. Notaba que el presidente estaba interesado especialmente en los aspectos políticos, le prometió alguna compensación para Polonia, pero sobre los campos de exterminio, ninguna palabra. Intentó difundir lo que sabía con un libro, vendió cuatrocientas mil copias. Se radicó en Estados Unidos y siguió dando conferencias después de la guerra. Ya no había nada nuevo que denunciar, salvo una verdad inaudita: “Los líderes de Occidente manifestaron su horror […] insistían en que habían ignorado las políticas genocidas. Falso. El exterminio no era secreto para ellos. ¡Ellos sabían!”.

El intercambio con el juez de la Corte Suprema de Estados Unidos Felix Frankfurter es quizá el que exprese de manera más elocuente el hecho de que ver no es lo mismo que ver de frente:

F.F: ¿Sabe usted, señor Karski, quién soy yo? ¿Sabe que soy judío? Un hombre como yo debe ser absolutamente franco. De modo que le digo: no estoy en condiciones de creer lo que usted dice. No digo que mienta. Digo que no puedo creer lo que me está contando.

Hay cosas que le quedan grande al ojo. El cerebro, como el alma, se desdobla. Ves y simultáneamente olvidas, ya no sabes lo que ves, quizá sombras y figuras imprecisas. Cambias el tema. El shock no asegura que podamos actuar. El mito de la Medusa es claro: no puedes ver el horror de frente. Perseo, para no quedarse petrificado, hace el truco de ver a la Medusa a través del reflejo de su escudo. La metáfora del escudo es la de una distancia psicológica que permite ver, ahora sí, de frente, para lograr actuar. No digo una distancia fría, sino todo lo contrario, es una que rompe el corazón: asumir que *eso* que no puedes creer es cierto, que esa persona en quien confiaste o que una parte de la humanidad, en un momento, es capaz de hacer un daño inconcebible, y que hagas lo que hagas, algo se perderá para siempre, porque comprendes que si eso existe tampoco eres ajeno a ello. No obstante, aceptas que algo debes hacer, y aunque podrás salir dañado y triste, salir es un deber.

El politólogo Francis Fukuyama, famoso y también criticado por su declaración del "fin de la historia" en 1989, indica algo sobre ver y actuar. No dice que después del muro de Berlín no habría grandes acontecimientos, sino que posiblemente ningún acontecimiento que viéramos era ya capaz de echar a andar la historia. Al menos por un tiempo. Por cierto, afirmó que el aburrimiento podría ser un nuevo motor de la historia.

Si un modo de hacer con el mal es ocultarlo, otro es blanquearlo, despojándole el temblor al horror. Un hito en esa dirección fue la Guerra del Golfo a comienzos de los noventa. Se hablaba de una guerra moderna teledirigida, sin sangre ni tripas, "la guerra muerte cero". Si las guerras podían blanquearse, quienes, por el contrario, no temieron nombrar el mal fueron los terroristas, quienes encarnaron la parte maldita del mundo. Lo mismo en Latinoamérica con el crimen organizado y el narco. El mal fue quedando relegado a los márgenes, a lo excepcional y criminal. Y la fantasía era que, además, ese mal podía ser contenido.

Creo que ese modelo fue extrapolándose a distintos ámbitos de la vida, convirtiéndose en un modo de pensar. El mal que no se oculta ni tampoco se aparta, sino que es neutralizado y expuesto a plena vista. El truco es aplicar un tipo de lenguaje que les extirpa a las cosas el conflicto y la responsabilidad a quien las dice. Por ejemplo, los lenguajes burocráticos, también los científicos, ni qué decir los morales y los mercantiles: todos ellos pueden crear verdades impersonales, frases cuyo emisor no piensa y repite sin escándalo.

Objetos para imitar el look de Sylvia Plath (incluido aquel que usó para matarse): Cocina con tres hornos y encimera de gas Smeg. 4.340 euros. (Sección Moda, Revista Glamour*, 2017)*

La frivolidad también es una maniobra en la misma dirección. Su truco es otorgarle a todo un mismo valor, la diferencia es nada más que de rango, la vida, la muerte, la libertad y la esclavitud son solo variaciones; depende de qué imponga la moda del día.

Elon Musk: ¿Crees que la inteligencia artificial podría acabar con la humanidad?

Larry Page: Ay, Elon, ¡no seas especista!

Para Page, el cofundador de Google, la idea, hoy aceptada, de que los humanos no estamos en una jerarquía superior sobre la naturaleza significa que si creamos tecnologías suicidas en realidad da igual. Quizá lo merezcamos, mal que mal, hemos sido una especie un poco terrible; si tenemos que desaparecer, por lo menos, hagámoslo a la moda: no seamos especistas. Un asombro similar al de Musk con la

respuesta de su amigo fue el de Susan Sontag cuando a alguien se le ocurrió llevar a Leni Riefenstahl, cineasta y comunicadora del ideario nazi, como invitada de honor a un festival de cine feminista en los setenta. ¿Cómo puede ser que de pronto el pasado de Riefenstahl se volviera aceptable solo por ser mujer? Se supone que Riefenstahl se "reinventa", pero lo cierto es que se inventa: niega una realidad. Sontag, adelantándose a lo que décadas después llamaríamos *fake news*, decía que la supuesta purificación de la cineasta nazi habla de que la verdad se puede volver un asunto de gustos, de tribu: "Una mierda de verdad".

Esa clase de verdad se multiplicó este siglo. No sé si fue de a poco o hubo un salto, cuando de pronto todo comenzó a ser visto como algo serio, como si lo serio fuese sinónimo de político; incluso el placer. Lo social, lo psicológico, lo sexológico se volvieron discursos antes que misterios por elucubrar. Qué comer, cómo comer, cómo dormir y amar, cómo amamantar. Todas esas cosas aparecieron primero en la sección de "Tendencias y estilo de vida" en los medios de comunicación. Pasados los años, esos contenidos, algunos importantes, pero también los frívolos, se fueron desplazando al activismo. Como también lo contrario: algunas consignas políticas se convirtieron en productos. Todo lo personal podía ser político; o más bien parecerlo. Porque, de algún modo, las preferencias comenzaron a transformarse en pasaportes, certificados de calidad de las personas y, en ocasiones, en fanatismos. Es cierto que entrados los dos mil los *esos* que los noventa blanquearon, uno por uno, comenzaron a ser denunciados: la desigualdad, la impunidad, también el machismo y la lista enorme de discriminaciones. Pero, a la vez, creció un gesto, un enojo arrogante que le otorgaba cierta superioridad al enojado. La arrogancia se volvió policiaca, y de pronto todos éramos sospechosos y acusados de malhechores o de padecer de una falsa conciencia; y era cierto, en algún grado. ¿No es así siempre? El detalle es que la nueva moral parecía carecer de su propio *eso*. El nuevo mundo no tenía inconsciente. En consecuencia, tampoco demasiada prudencia ni compasión. Y en ese mundo atomizado en identidades y nuevas jerarquías muchos perdieron amigos en diferencias artificiosas –las madres que tienen partos por cesárea y las que tienen a sus hijos en el agua; los que comen o no carne; los que hablan de un modo y los que hablan de otro–, diferencias que encubren a las divergencias singulares, las que seducen, las que asustan también, pero ensanchan el mundo. En el fondo, las que nos atraían de los amigos; y por qué no, también de los enemigos.

Ser bueno se transformó en un gesto histérico antes que en bondad. Hace décadas atrás, las aves se servían enteras, podías reconocer al animal en el plato. El pescado con ojos es un recuerdo

apabullante. En lo personal me escandaliza y me da asco. ¿Soy entonces mejor que mis antepasados? Hoy como carne, pero puedo olvidar que lo es; mientras más bien empaquetada venga, mejor, sobre todo si lleva la promesa de que, alguna vez, esas gallinas fueron felices. Puedo además pedir online, no ver ni hablar con ningún ser humano, así puedo imaginar que también ese que mató a la gallina, el que la empaquetó, el que la puso en el mostrador del supermercado y quien la trajo, todos ellos, como las gallinas, fueron alguna vez felices. El crimen perfecto.

Comer carne implica aceptar matar. Pienso que es un progreso civilizatorio que se haga sin crueldad y que las condiciones de vida del animal sean las mejores posibles, pero eso no quita el costo del sacrificio. Quizá si el envase no ocultara esa verdad comeríamos carne con cierto respeto, con gratitud. La desmesura del consumo, la injusticia en su acceso y la obscenidad de la comida desechada son el crimen. Por su parte, el animalismo, con toda su razón de ser y la nobleza de su anhelo, no es seguro que, al no aceptar matar, deje de desplazar el crimen hacia otro lado. Muchas veces la preocupación por los animales no contempla que, para hacer un mundo mejor, también habría que salvar al verdugo.

Últimamente, pensar en el blanqueamiento del mal parece algo de otro tiempo. Somos testigos de un recrudecimiento de la violencia, las guerras ni se ocultan ni se blanquean. “Guerra cero muertos” es un eufemismo en desuso.

Es posible ver matanzas de manera instantánea, los perpetradores hacen todo el trabajo, asesinan, se graban y difunden. El ojo husmea cadáveres, los recorre desde distintos ángulos, el dedo puede multiplicar las imágenes hasta el aturdimiento. Y si nada de eso es suficiente para la voracidad carnívora que puede alcanzar un ojo, se crean imágenes falsas para fascinar.

Conviene recordar que *fascinar* tiene la misma raíz que fascismo.

Hemos visto a los muertos en el mar, en las orillas de las playas, hemos visto a niños atrapados en las fronteras, demasiados bajo los escombros que dejan las bombas, incluso niños dentro de jaulas. Hemos visto sangre y sangre y sangre. También lágrimas. Hemos visto guerras nuevas que nos hacen pensar también en las que no hemos visto y que estaban ahí hace tiempo, y nos preguntamos por qué no las vimos y si acaso también dejaremos –después de verlo todo– de pensar en las actuales. Tratamos de entender algo, cuál es la razón de la destrucción, quiénes tienen la razón; leemos cosas, algunas de aquí, otras de allá, dudamos de algunas, sospechamos del sesgo, otras nos hacen pensar, y unas cuantas son capaces de inflamarnos el pecho y la cabeza, quisiéramos hacer algo en el instante, lo que sea, no podemos

pensar en otra cosa. Al mismo tiempo vemos cómo el mundo se inflama, la locura del campo de batalla se proyecta fuera de él, el odio se contagia. Ideas inaceptables hace media hora se comienzan a leer en redes sociales y en los rayados en las murallas de la ciudad. Los más locos encuentran su minuto, salen entre la multitud, aprovechan que todos odian para odiar al fin sin atajo, ahora bajo una causa. Te sumas a algo, chocas con los fanáticos, te vas en contra, y te vuelves también una persona fanática; ya no sabes cómo parar. Y, al final del día, en silencio, piensas, no entiendes nada porque no hay nada que entender, digan lo que digan, nunca la guerra tiene sentido. ¿Cómo podrías justificar matar niños bajo el argumento de salvar algo? Ya sea la justicia o la paz. Existe el conflicto, por supuesto, algunos muy serios, y algo debe hacerse por la justicia y la paz; para empezar, lograr que las personas estén vivas, ¿no? Si paz y justicia no se sostienen en esa premisa, entonces son palabras inútiles, fonemas que expresan otra cosa.

Cómo es posible, nos preguntamos. ¿No se suponía que había cosas a las que dijimos nunca más? Juramos no repetir los errores del pasado, porque la barbarie de los antepasados no era la nuestra. Imagino que muchas generaciones han dicho la misma cosa. Conmemoramos catástrofes para recordar, nos confiamos a la memoria y en su supuesta capacidad de pedagogía. Pero lo que esa memoria nos lleva a olvidar es que recordar no es garantía de nada: la Primera Guerra no evitó la Segunda, no fue sino la bomba atómica la que seguramente ha inhibido, hasta hoy, una tercera. Algunos ateos fanáticos se burlan de los creyentes, sin notar que ellos también pecan de una fe ciega en la razón humana. La historia y la vida cotidiana muestran que no somos totalmente racionales, el odio no es un error que podamos aprender a evitar para siempre, sino que es un rasgo humano.

¿Para qué recordar, entonces?

Lo pienso así: si bien recordar no es una pedagogía, no enseña nada, es un trabajo psíquico parecido al duelo, es poder decir *sí pasó* y algún día decir *ya pasó*.

Con el pasado tomamos decisiones, ¿hacer un monumento o un funeral? ¿Qué conviene recordar, qué olvidar?

Recordar es muchas cosas diferentes. En Chile, por ejemplo, es justicia pendiente. Porque la dictadura chilena no solo asesinó, sino que también se encargó de borrar las huellas. Cuando el crimen es clandestino, ¿qué memoria es posible? Ocurre que sin una memoria elaborada, paradójicamente, no se puede olvidar. La memoria, entonces, arde.

Hay muchas memorias. Una es literal: la de los soldados que vuelven traumatizados de la guerra y replican una y otra vez el *¡pum!*

Eso es padecer una memoria. Inflamar esa memoria puede convertir a los recuerdos en bestias. Hay otras formas mórbidas de la memoria, cuando se exalta para activar venganzas. La memoria no es lineal, no se va disipando con el tiempo. Puede actualizarse con –y para– los conflictos del presente. Hay encuestas en Chile que revelan que bajó el número de personas que piensan hoy que un golpe de Estado no es algo aceptable.

A la vez, hay cosas que conviene no olvidar porque la historia las enfría. Lo que para una generación es memoria, para otras es apenas una anécdota. Todo el asunto es no olvidar qué: no es lo mismo insistir en recordar a un enemigo para volverlo perpetuo, que no olvidar aquello que la humanidad ha sido capaz. Lo primero es la vía al resentimiento; lo segundo, la posibilidad de advertirnos.

La memoria es un trabajo que incluye al olvido. El olvido no es mera represión, tiene una potencia regeneradora, como el sueño. A veces hay que irse a dormir cuando una pelea no tiene cómo parar. Y, como en el duelo, no todo es reparable, hay restos que nunca serán olvidados ni digeridos. Y estos son el testimonio, como el pelo humano en el Memorial de Auschwitz que se decidió dejar intacto, de que el mal no se borra, persiste, y que cada generación está obligada a lidiar con ello.

Una memoria reflexiva quizá sea admitir que el mal vive junto al bien, y que ni siquiera las víctimas de un tiempo son ajenas al mal por venir; nadie está eximido.

Hay algo más que recordar. Si bien la discordia y la violencia parecen inevitables, también lo es la paz. Llega un momento en que cesan los instintos asesinos. Y aquellas personas tendrán que verse a la cara y sus hijos convivirán. Es lo que los señores de la guerra y la venganza, y todos quienes suponen que un disparo es un final, pasan por alto. Existe el después, y pensar las secuelas es pensar precisamente en un tiempo que aún no existe, pero que existirá pese a todos los estallidos del mundo. Donde estuvo Hiroshima, volverá a estar, y un niño tomará un helado bajo un árbol.

“Mañana, la guerra terminará. / Los líderes se estrecharán la mano. / La anciana seguirá esperando a su hijo mártir. / La chica esperará a su amado esposo. / Y esos niños esperarán a su padre héroe. / No sé quién vendió nuestra patria. / Pero vi quién pagó el precio”. (Mahmud Darwish)

Del satanismo al desengaño

Vi a Satanás caer del cielo como un rayo
Jesús (Lucas 10:18)

El primer resentimiento es la madre, no ella, sino la que no es: la madre imposible, como la patria soñada del nacionalismo. Madre, puta, hija de puta, traicionera porque no ama a su cachorro, como el cachorro la demanda. Él succiona con fuerza, la muerde también, porque lo dulceamargo se amaodia. ¿No es la palabra *puta* el insulto por excelencia? Todo rencor podrá tener como modelo al primero.

El cachorro reacciona: se desquita con lo que lo hace sufrir, lo rompe si es necesario. No importa si con eso destruye la escena misma, la que posibilita su propia existencia. ¿Quién no ha sentido en una discusión esa furia desesperada que prefiere romper con todo antes que negociar? Sabes que es un suicidio, sería más barato reconciliarse, pero sigues por inercia. Sabes que actúas de un modo sin retorno, y ya no importa, porque entregarse a que todo acabe, envalentona: no más historias = no más tú ni más yo.

El cachorro reacciona a la medida de su tamaño. La paranoia puede derivar en un asunto nacional. La psicología humana es una cuestión de escala. La reacción es tan destructiva como autodestructiva. El resentimiento puede cocinarse a fuego lento, urdir conspiraciones y planificar la venganza puede ser la tarea de una vida.

Abogado del diablo:
Tu partida a la habitación de al lado es la primera traición. Tu cachorro consternado lo resiente, no entiende qué hizo mal, ¿hizo algo para merecer tal desaire? ¿Por qué no lo miras, tú, sí, tú? ¿A quién miras? ¿Por qué lloras a veces y, a la vez, de qué te andas riendo tanto, ah? Poco a poco el cachorro va comprendiendo correctamente cómo es este asunto. En realidad, él no hizo nada, nada de nada para merecer ese dolor, ¡qué diablos significa tener que esperarte!, y que te dignes al fin a traer lo que necesita hace horas el pobre cachorrito herido. Se da cuenta de que tienes algo que no le quieres dar, eres mezquina, la única responsable de que el pequeño (quien ya no lo es) no sea feliz como él sabe que pudo ser. Ha visto –se ha vuelto un experto en mirar la vida de los otros– cómo algunos sí tuvieron lo que

tú le negaste. ¿Cómo que no es tu culpa lo que vino después? No, no, no, por favor, no lo vayas a culpar a él de haberse vuelto odioso; no vamos a negar que en primer lugar se odia a sí mismo, se siente feo, pero, digámoslo, tú lo hiciste feo; siempre lo miraste en menos. ¿Crees que no se daba cuenta de que preferías al otro? Como sea, le negaste la posibilidad del amor. Su venganza es legítima. Y, es más, está pensando ayudar a otros como él, ya verás cuando lo veas en televisión. Es posible que invente una teoría a partir del desengaño, quizá también un partido político. ¿De qué tendencia? Por supuesto que a favor de la más grande de las causas: liquidar el engaño del dolor; él sabe que, si las cosas se hacen bien, podremos al fin liberarnos de los obstáculos que impiden la paz interior, la suya y la de su partido, desde luego, ¿o acaso también le vas a pedir que se ocupe de la paz exterior? Por favor, el cachorro es valiente, si hay que pelear lo hará, apartar del camino a la disidencia perversa, y bueno, también a los otros, los tibios. El cachorro sabe que esos son los peores, al menos el enemigo es honesto, pero los tibios son los que más traicionan, y tú ya sabes que él tiene algunos problemas con eso. Basta ya con que no tiene autocrítica, vas a ver cómo tendrá aliados, ¡cientos, miles, millones! Si no lo crees, revisa la historia. Haz algo bien alguna vez, ¡por favor! Y no vayas a olvidar que la víctima es él.

El ser humano nace con una herida. Si lo escribo y suena simple, es solo una ilusión. Aceptar algo de esa herida es una lucha constante y un mar de lágrimas, incluso para gente que escribe, así como si nada, “el ser humano nace con una herida”. Avanzo: somos animales separados de las cosas, de todas las cosas, salvo de nuestros vicios, que, por el contrario, “nos dejan pegados”. Pero aparte de los vicios, nada se experimenta como algo incondicional, ni la patria, aún menos el amor.

El resentimiento, tan caro en nuestra historia, tiene muchas causas, pero hay una anterior a todo lo explicable, antigua y basal: el anhelo de completud, de coincidencia con el mundo y consigo mismo. Pero el deseo humano, su lógica, es la que nos arrebata esa completud.

La Biblia tiene apenas diez preceptos (¡un protocolo para un procedimiento dental tiene más indicaciones!), no puede ser casual que entonces, en una selección tan escueta, se le otorgue un lugar a la envidia: no codiciarás lo de tu vecino. Alguien podría alegar que se trata de la defensa a la propiedad privada, además de una muy patriarcal. Pero seguramente ni el “prohibido prohibir” de los años sesenta cambie el hecho de que es un lío desear lo ajeno y, a la vez, de que solo se desee lo ajeno. Mal que mal, el deseo es un flechazo de Cupido, es otro quien nos indica qué desear; y se

siente parecido al agujero en el estómago que provoca el hambre.

Basta ver a dos niños. Disputarán el mismo juguete, y luego otro y otro. Los adultos les dirán “deben compartir”. Pero si no tiene efecto y la pelea se vuelve crítica, y los niños olvidan que los juguetes eran para jugar y no para ser un botín, los adultos idean otras estrategias. Le dirán a uno de ellos que no debe engañarse, porque su juguete, el de consuelo, es el mejor. Es lo que hacemos cuando mayores, pedimos a los amigos o a un terapeuta que nos recuerde que lo que tenemos está bien.

Como escribe René Girard, el deseo humano es mimético. Es decir, copión, y si eso conlleva todo tipo de dramas, como la envidia y el automatismo de culpar al otro por lo que duele, es, a la vez, lo que nos hace ser animales sofisticados, desapegados de lo determinante del instinto.

El caos inicial del deseo es el de los conflictos dispersos. Envidiamos, sentimos, copiamos, admiramos, nos enamoramos, luchamos, nos reconciliamos, cambiamos de amigo, volvemos al anterior y, cada tanto, nos unimos todos contra uno solo. El circuito de la violencia mimética va del todos contra todos al todos contra uno.

La cruz es la locura: en ella convergen todos los escándalos –que a todo esto, viene de la palabra *obstáculo*, algo así como aquello que corta el camino–, es decir, todos los conflictos salen proyectados y chocan en un mismo cuerpo, el del crucificado. Los múltiples focos de escándalos se ordenan en escándalos más grandes, cambian entonces los bandos, se crean las alianzas más inesperadas.

La violencia mimética es el momento del satanismo. Porque Satán, en el gran libro de psicología que es la Biblia, es quien genera la intriga y el falso testimonio. Se encarna en el instigador, el conspiracionista, el sapo; son los que inflaman el ambiente e indican quién será el próximo crucificado. Y por si por lo olvidamos: Satán imita a las víctimas, utiliza el recurso de victimizarse. ¿No es este uno de los modos más peligrosos en que se buscan electores, oponiendo a unos contra otros?

De lo que debiésemos estar advertidos, y creo que la historia muestra que no lo estamos, es de que, aunque prometamos que nunca más, bajo la fuerza de la masa mimética es muy difícil resistirse. La potencia del escándalo es enorme, es histeria política. La fuerza psicológica de este fenómeno es que logra crear una comunidad –nada más deseable que el espejismo de pertenecer a una unidad de iguales– a partir del desquite con alguien o un grupo; y tras el sacrificio se obtiene una paz momentánea. Pilato no tenía una intención particular en acusar a Jesús, pero sabía

que, si no lo hacía, la masa se enfurecería: el sacrificio era inevitable. Ese modo de hacer política no ha variado ni un ápice.

No hay que olvidar que todo aquello que nos escandaliza fue en otro momento la moral decente. Como tampoco convendría olvidar que seguramente algunos movimientos miméticos que hoy son la decencia, más tarde también podría llegarles el momento del juicio. O quizá no. Esta última es la intuición de Girad.

La revelación es el momento del juicio: cae el engaño. Después de la crucifixión y el ensañamiento, la masa se da cuenta de que ha cometido un crimen. Aun cuando el crucificado haya sido un ladrón, queda en evidencia que la fuerza de la crueldad y la inclemencia tenía una raíz más profunda, más opaca. Los ciudadanos reconocen que no son mejores que el criminal. Tal desengaño, vital para recomponer a la humanidad, ¿se ha ido diluyendo junto al *ethos* del cristianismo? Cuando podemos decir: sí, estuvo bien destruir a los malos y ser tan malos como ellos, pero siendo buenos, claro está. No estoy segura, pero es inquietante.

¿Hay salida?

El mecanismo expiatorio empuja a que el interés sea por ciertas víctimas, las que permiten culpar al adversario. Podemos decir que nuestra sociedad produce tantas víctimas como las que procura salvar. Mientras que la historia, cuando no se utiliza para intensificar emociones, sino para distanciarse y meditar sobre nuestra naturaleza, permite, a veces, desengañarse. Antes que identificar al villano, podemos comprender qué nos vuelve malos. Y, sin chivo expiatorio, entramos recién al conflicto. Salimos del drama para entrar al problema.

La paranoia es una forma de seguir en el engaño: alguien tiene la culpa, todo tiene una causa, nada es casual. Por el contrario, lo suyo sería aceptar que la discordia es inevitable y es causada por nuestra forma de desear; entonces, lo que nos queda es hacer un duelo: reconocer que la realidad está tan agujereada como tú por dentro.

El cachorro enrabiado afloja. El cuerpo cansado de pelear reposa, cierra un momento los ojos y recuerda: odia porque ha amado. Y de la rabia pasa a la tristeza, porque reconoce que, haga lo que haga, nunca volverá al cuerpo materno ni a su cama, porque el paraíso no es para los humanos. Ante esa verdad, el cachorro se enfrentará a otra decisión existencial, que alguna parte de él tomará: petrificarse en la pérdida o hacer un duelo. La primera vía es la melancolía, que nada ama y que todo ve. Todo es: ruinas. La segunda es la capacidad de concederle una vida tenue a lo

perdido, honrarlo en algún lugar de sí, y quizá hasta agradecer que algo, mucho menos que todo, hubo. El cachorro dice: no es solo mi tragedia, sino la tragedia de mi especie: la vida es dulceamarga.

Dicen que la gente libre puede dar las gracias.

***

Hacemos duelos y nos resistimos a hacerlos todo el tiempo. Quién sabe qué tipo de fortaleza psicológica se requiere. Lo que es claro es que no todos estamos en las mismas condiciones, hay quienes viven en mundos derrumbados. A nadie se le puede exigir que supere lo que le duele, pero aún menos a quienes habitan la catástrofe. Otra cosa es preguntarse si lo que se hace por los que sufren ayuda a digerir el dolor y a encontrar salidas o no.

Creo que, cuando ante la violencia el lugar es el del testigo, ya sea en un dormitorio o de un país lejano, de algún modo este también es parte. De un modo extraño, porque no puede actuar de modo directo, sin embargo, sostengo que ninguna violencia es demasiado lejos; la reacción de un testigo también es una secuela. Podrá preguntarse si hablará o no en la lengua del odio, qué hará con las imágenes a las que accede. Es una encrucijada existencial. ¿Cuánta degradación humana admitirá? ¿Podrá acaso metabolizar esas imágenes y salir indemne? Susan Sontag pensaba que las únicas personas con derecho a ver imágenes de sufrimiento extremo son las que pueden hacer algo para aliviarlo, o las que pueden aprender algo de ellas. Los demás son mirones, lo quieran o no.

Después de la violencia no solo los perpetradores deben transformarse, también el odio que se diseminó. Eso afecta también a los testigos, estos deben revisar los odios, los heredados, los nuevos, las razones con las que justifican lo que sienten, ¿su odio ayuda a las víctimas o alimenta a la venganza? Por cierto, cuyas nuevas víctimas serán otros, jamás ellos.

Para ir contra el odio y el fanatismo, mejor dejar los finales abiertos, dijo Amos Oz. Crítico de diversas políticas de su país, Israel, decía que esperar cerrar la discusión y tener la razón es una actitud fanática que se alimenta del sentimentalismo y la falta de imaginación. Lo propio del fanático, más allá de si sus ideas son cambiar el mundo o cambiar para dejarlo igual, es pretender cambiar al otro, pero jamás a sí mismo.

A fin de cuentas, en un conflicto donde partes distintas tienen sus razones para pensar que algo les pertenece, no queda más que inventar una solución. Mientras que el extremismo que pretende salir victorioso sin negociación pavimenta el camino seguro a la

catástrofe No es extraño que al verse reducidos los conflictos a un asunto moral –del bien contra el mal–, lo que debiese ser político toma la forma de una guerra santa. Luego, dejan de ser reconocidos los argumentos atendibles del adversario: justamente la vía para crear un acuerdo. En lugares así no crece nada, salvo razones para justificar el sacrificio del presente.

El pacifismo de Oz no era sentimental ni ingenuo, sino doloroso: al ver de frente, ante *eso*, llama a optar por la imperfección de la vida a la muerte gloriosa. Hay dos clases de paz, escribió: aquella poética que sobrevuela sobre una pila de cadáveres y otra donde todos están decepcionados pero vivos.

La segunda es una solución de compromiso, no se gana sin perder algo. Y depende en gran parte de si los líderes tienen la decencia de permitirlo. Y, ya sabemos, no siempre la tienen. Vas aprendiendo que en tiempos inflamados ganan popularidad las figuras públicas que exageran los puntos, niegan los detalles y usufructúan de ello. También lo tentador que es seguirlos.

¿Cómo luchar contra la injusticia sin volverse injustos? Es el problema que distanció a Albert Camus de Jean-Paul Sartre y su círculo intelectual en los cincuenta. "No hay acto de ternura que pueda borrar las marcas de la violencia, solo la violencia misma puede destruirlas", sostuvo Sartre. Sobre su silencio acerca de los métodos utilizados por el régimen soviético, declaró alguna vez que lo hizo para que Billancourt –el famoso enclave proletario– no perdiera la esperanza. Era poco estratégico reconocer que su ideología podía ser tan asesina como el fascismo al que se oponía. Camus pensó que una rebeldía justa –tanto la pacífica como a la que le es inevitable tomar las armas– promete algo parcial, provisorio, no absolutos. Esa condición es la única que puede prometer cierta dignidad y justicia, y, además, cumplir la promesa. Por cierto, evitar que, tras las grandes historias, algunos cuantos puedan ser enterrados en tumbas monumentales y otros muchos, en fosas comunes.

Si primero el favoritismo estuvo del lado de Sartre, algunos sostienen que después de la caída del muro de Berlín la balanza cambió de posición y se inclinó a favor de Camus. No es seguro. Una cosa es que las revoluciones del siglo XX hayan perdido prestigio y otra muy distinta es que la defensa de las soluciones de compromiso tenga buena reputación. Quizá algo diga que la tumba de Jean-Paul Sartre junto a la de Simone de Beauvoir sea como las tumbas de los *rock stars*. Mientras que la de Camus es austera, también recibe regalos y mensajes, pero no alcanza a ser un lugar de veneración. Alguna vez su hija le preguntó si se sentía deprimido, y él le respondió que en realidad se sentía solo.

Y es que una solución de compromiso no es para quienes buscan emociones fulminantes ni condecoraciones. Con las sensaciones fuertes pasa algo parecido a lo que ocurre con el azúcar y los estimulantes, algo mentiroso oculta lo amargo. Mientras que la negociación va del lado de lo llano y de la aceptación de cuotas de desengaño.

En otro plano, pero del mismo modo, el creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, consideraba que la salud mental no era un estado de bienestar sin conflicto, sino algo más parecido a un divorcio o a una firma por la paz. Le llamaba *formación de compromiso* a un posible acuerdo entre las distintas partes de la personalidad, la realidad y también *eso* (al que nombraba como el *Ello*, la parte pulsional). A ese acuerdo le decía *síntoma* y pensaba que valía la pena confiar en su inteligencia. Por el contrario, tratar de curar borrando *eso*, podría quitarte la pena o la locura, pero convertirte en alguien que no siente nada. Nada, hasta que un día vuelves a sentirlo todo. ¡Pum!

¿Qué hacer con *eso*?

¿Podría ser que todo este asunto de la Historia grande se haya vuelto un fetiche? Que de tanto declarar su fin o anhelar su retorno hayamos perdido de vista algo que es de primer orden para el ser humano (al menos como lo entendemos aún): la historia en su función existencial, aquella que nos conecta con el mundo, porque crea mundos y no datos. En las historias hay algo conmovedor. Al ser silenciosas, pasan desapercibidas, pero son las que sostienen la vida. El mundo podría ser como la secuencia de la casa en el precipicio de *La quimera de oro* de Chaplin. Un cualquiera se levanta, ordena su casa, y son sus quehaceres domésticos, y no el suelo, los que sostienen el equilibrio de una casa a punto de caer.

Pienso a las historias como los movimientos del ajedrez: libertades en un mundo finito. En un juego de ajedrez Dios sería la ley, no una presencia arbitraria que habla y obliga, sino unas reglas que permiten los movimientos. Y, pese a lo fijo de ellas, se trata de un juego porque nada está escrito de antemano: se deben crear jugadas, potenciar la astucia y estar dispuesto a ganar o perder. ¿No es eso lo más parecido a la libertad?

La condición es creer en la ley que permite el juego, aunque hagas trampa. Por supuesto que el desengañado no cree de la forma como se cree en una ley natural, sino que simplemente comprende que es necesaria para jugar. Como supongo que lo asumieron antes los mejores humanistas, cuando inventaron las leyes.

Es cierto que nuestro tiempo es el de caminar sobre las ruinas de esas ilusiones. Si las personas del humanismo boyante de hace algunos siglos podían sentir la seguridad de estar construyendo un mundo, nosotros, varios siglos más tarde, experimentamos incertidumbre y suspicacia. Sospechamos de todo lo que hemos construido. "Todo era mentira", decimos. Hemos dicho que el mundo es horrible, pero es tan falso como decir que todo está bien. Lo más honesto sería decir que si bien la justicia y la libertad no se alcanzan nunca de una vez y para siempre, son una inspiración. Tanto como el amor y la democracia. Eso implica ver, mas no quedar fascinados con nuestros monstruos.

El escritor Ítalo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* recomendaba una cierta levedad en la forma de mirar y comprender para rehuir de las verdades pesadas. Como las del siglo XX, que casi nos hicieron estallar. En todo caso, la levedad que sugería no era cualquiera, no la errática e irresponsable de la pluma, sino la del pájaro: decidida y determinada.

Podría ser –es solo una especulación, quizá un deseo– que tal vez el desengaño que nos toca no lleve a la destrucción, o no solamente, sino que, obligados a ver de frente, hagamos al fin un duelo y un pacto con la realidad. Podría ser que haya quienes ante la nada vean las cosas de otra manera, en su absurdo, y antes que resentirse, las compadezcan en su estupidez, y se compadezcan de sí mismos y valoren una verdad parcial, a medio camino. Y que descubran, entonces, que esa también puede ser una forma de sentido. Es cierto que nada se completa, no hay síntesis, pero podemos componer.

En este estúpido viaje solo me han reconfortado las imágenes y la gente de Chile [...]. Chile me ha enseñado que los volcanes pueden ser tiernos.

1949, Camus tras su accidentado paso por Chile.

Componer

*Restos: *No te vayas / eres un barril sin fondo / vieja de mierda / pendeja de mierda / ¿tú también te vas a ir? /así no te puedo escuchar / lloro porque se me quita el miedo, también porque me gusta / chúpamelo / no quiero, hueón, pero quédate / cagón como todos / pero te odioamo / ¿acaso no puedes perdonar? / nanita, acompáñame un ratito / curruquita / si el grito es ruego y después es pregunta, ¿cuál es la pregunta? / si el problema es quién soy, no soy lo mismo cuando no estás / ¿qué más quieres, llorona? / quiero exactamente esto: estar sola y que tú estés siempre en algún lugar mirándome de manera oblicua / alguien dice: te escapaste de los hornos, judía de mierda / ¿es por la forma de mis ojos? / por tu nombre, es de los que incluye "hijo de alguien" / ¿puede nacer alguien sin ser hijo? / Después se va a poder / ¿después de qué? / ¿cuál es la pregunta para que el grito no sea grito, además uno atascado / quédate un poquito / pides tanto / ¿por qué haces eso raro? / parece que inventé una religión y ordeno los zapatos de todos para que no pase algo malo / me dejaste tirado como a un perro / perdona, perdona, perdona, perdona, le hice al prójimo lo que no… / ¿y no eras tú la víctima? / las víctimas pueden ser una mierda. Obviamente / por qué te andas persignando como tonta / no sé, mamita, no puedo parar / ¿cuál es la maldita pregunta?*

*1985: Hay muchas razones por las cuales alguien sale corriendo de su casa. También muchas para quedarse, pese al riesgo de que se te caiga encima. En el terremoto de 1985 murieron ciento setenta y siete personas. Si no fueron más es porque los chilenos sabemos de temblores. Es común al llegar a vivir a un lugar nuevo preguntarse cuál es el rincón más seguro en caso de temblor. En el de 2010 se habla de quinientos cincuenta muertos, y es que de tsunamis sabíamos menos. Esa madrugada del 27 de febrero en la isla Robinson Crusoe el terremoto se sintió apenas como un temblor. Pero Martina Maturana, de doce años, se despertó y quién sabe por qué, se inquietó; le dijo a su padre y él llamó a su abuelo, quien desde el continente les contó la magnitud que tuvo allá. Martina comenzó a ordenar sus cosas para evacuar por precaución, pero escuchó el rugido del mar, dejó todo tirado y salió. Antes de subir a la parte alta de la isla pensó que debía avisarles a los demás, corrió a la plaza y tocó varias veces el gong. Poco después el mar entró trescientos metros destruyendo parte importante del poblado. Se convirtió en heroína –en todo caso solo fuera de la isla; nadie es profeta en su propia tierra–, lo que no le vino

demasiado bien: los periodistas le atribuían cosas que ella no había dicho, incluso dijeron que ella y su familia dejaron la isla porque sufría acoso escolar. Ella negó que eso fuera cierto y dijo enfática que, en realidad, siempre se quiso ir, ¿qué sentido tenía vivir en una isla?

Quien, por el contrario, no se quiso ir de ahí en 1704 fue el marinero escocés Alexandre Selkirk. Después de discutir con su capitán, fue desembarcado y abandonado en la isla que en ese entonces estaba deshabitada y se llamaba Más a tierra. Dicen que este caso inspiró al autor de la novela *Robinson Crusoe*. Pero la diferencia crucial entre su náufrago y Selkirk, es que este último no naufragó, sino que eligió quedarse unos cuantos años solo antes de volver a tener contacto humano. Quedarse, irse, volver, buscar pertenecer, traicionar, retornar al origen, unirse a los solos, quedarse solo son en el fondo movimientos existenciales. Son formas de hacer con la casa originaria que llevamos en la cabeza. *Hogar* viene de fuego, más precisamente, de reunirse en torno a un fuego. En su etimología aparece una advertencia: su raíz, “bha”, no debe ser confundida con la de “bha” de hablar. Pero podría no haber confusión alguna. En alemán la palabra *heim/hogar* está incluida en la palabra *unheimlich*, que significa ominoso, o extrañeza en lo familiar. Un hogar es y no es un lugar familiar. Alguna vez el fuego se apaga, se debe salir del hogar y estamos obligados a hablar. *Nación* –otro hogar– viene de *natio*, palabra que primero denominaba algo muy distinto: significaba nacimiento. Su sentido se fue desplazando lentamente y luego algunos acusarían a sus hijos de traidores por no defender a su patria, y otros les suplicarían que escapasen. A veces la casa se vuelve loca, la *natio* puede transformarse en estas palabras: papeles, quemar papeles, salir corriendo, expulsar, perseguir. Hay ocasiones en que es la casa la que te vigila, como en 1985. *1984* es el título de la novela de George Orwell, prometo que siempre me equivoco y le digo 1985.

*Aburrimiento: La rutina de cada mañana era reunirme con mi jefa en su oficina para planificar el día. Ella fumaba y tomaba Coca-Cola sin azúcar desde temprano para evitar comer y engordar; eso decía. Su oficina no tenía ventanas, como todo el primer piso, y la sensación de asfixia era física y espiritual. Si se encerraba y nos encerraba era porque solo estaba permitido fumar en el segundo piso, el de “los profesionales”. En el primer piso, el de “los administrativos”, no podías distinguir la hora del día, la iluminación con tubos fluorescentes proyectaba la luz de las salas de espera, una luz para matarse. Según David Foster Wallace el verdadero héroe de los tiempos sería quien lograra respirar sin aire. Decía que si podías soportar cuotas increíbles de aburrimiento, luego no habría nada que no pudieses conseguir. Su novela póstuma, *El rey pálido* (2011),

precisamente trata de un lugar muy parecido a esos primeros pisos de "los administrativos": una oficina tributaria repleta de papeles y archivos, donde alguno que otro moría sobre su escritorio, muchos sufrían de esas enfermedades psicológicas de la piel, y se reunían a ver torneos de golf por televisión para entretenerse. Foster Wallace se propuso demostrar que incluso en esas vidas rutinarias, aun ahí, en medio de la mediocridad, documentos y almuerzos envasados, si se presta atención, encuentras historias y seres singulares.

En aquella oficina en la que supe qué significa trabajar en el primer y luego en el segundo piso, había un código de conducta para resistir: si fumar era la guerra, entonces ni siquiera quienes no fumaban dejarían de sumarse a la resistencia. El cuartel era una sala de máquinas detrás de la cocina. Entre tuberías, oscuridad y humo, reíamos y planeábamos conspiraciones, seguramente. Como los pasajeros de la primera cabina del Titanic, ocurría también en aquella oficina que no pocos del segundo piso preferían las fiestas de abajo. En todo caso, el hastío no es solo un asunto exclusivo de lugares grises y monótonos. Si el libro de Foster Wallace retrata la vida gris de "los administrativos", la película *Rotting in the sun* (2023), de Sebastián Silva, retrata el tedio grave que puede asaltar a "los profesionales". Existe la desesperación de quienes sí fueron a la universidad, ganaron becas, estudiaron en otro país e incluso se dedican al campo creativo y viven en ambientes vibrantes. Silva actúa de sí mismo, un artista en crisis que piensa demasiado en la muerte y lee *El inconveniente de haber nacido* de Emil Cioran. La ironía es que el artista depresivo no se mata en la película, tampoco Cioran en la vida real; el primero muere del modo más estúpido; el segundo, bastante mayor, de alzhéimer. Quien nunca parece aburrida en la película es la señora de la limpieza, quien –se deduce– pagará los costos del accidente de su jefe, en parte por su torpeza y mala suerte. Cuida al perro macho del artista, al que no puede evitar tratar en femenino, como si fuese su aliada en la misma tragedia. El perro come mierda humana.

Quien sí se mató fue Foster Wallace antes de terminar su libro sobre el tedio. Dicen que unos días antes había ido al quiropráctico y no imaginas que alguien que va a un lugar así se quitará la vida después. Su esposa, confiada, lo dejó solo, él escribió una carta y se ahorcó.

*Morir por seriedad: Nadie entendió bien por qué A. hizo lo que hizo esa noche que volvió a la casa sangrando. Dice que estaba en la playa con unos amigos hablando sobre cualquier cosa, cuando escuchó que un grupo que estaba cerca vitoreaba las canciones de un equipo de fútbol. A., a quien no le gusta jugar ni ver el fútbol, no encontró nada mejor que gritar el himno del equipo rival. Terminó con un botellazo

en la cabeza. Cuando Albert Camus estuvo en Chile, contó una anécdota que ocurrió en los días de la ocupación alemana en Francia. Unos jóvenes franceses conversaban de forma ruidosa en un café, ante la mirada de un grupo de soldados alemanes que tomaban cerveza en la mesa contigua. Uno de los chicos franceses, con el claro propósito de ser escuchado, dijo en voz alta: “¡Ninguna idea vale tanto como para que valga la pena morir por ella!”. Uno de los soldados se levantó de la mesa, le indicó al joven que saliera del lugar, lo acorraló y le apuntó con su revólver en el pecho. “Repite lo que dijiste adentro”, le dijo. Titubeante, el francés volvió a decir que ninguna idea tenía tanto valor como para morir por ella. El soldado guardó el revolver y le dijo: “Siento demostrarle su error. Aparentemente, sí hay ideas por las que vale la pena morir”. Lo que no es seguro es qué sea realmente una idea. La de quien está dispuesto a partirle la cabeza a otro, o la de quien sin responder a himnos ni portar armas, sin siquiera saber que tiene una idea, no puede evitar decirle a quien está orgulloso de la suya que parece un estúpido; incluso bajo el riesgo de morir en su acto inútil.

*Cosas que pierden su poder: Sei Shonagon, por los años 990-1000, durante su servicio a la corte de la emperatriz Sadako, hizo una lista de cosas que pierden su poder. Un barco seco encallado en una orilla. Una mujer que se ha quitado la peluca. Un hombre sin importancia que reprime a su criado. Un árbol cortado. Una mujer disgustada que sale enojada de la casa segura de que el marido saldrá a buscarla, pero él no lo hace. El poder es una responsabilidad problemática. El idiota es quien cree que hay un trono en lo más alto del mundo y solo el delirio de grandeza considera que mandar es el placer supremo, escribió Béla Hanvas. Ni Dios está en el trono. Eso sí, creó uno. Lo hizo el primer día y lo puso más arriba que el Araboth, el Séptimo Cielo; sin embargo, no se quiso sentar ahí. Debió haber sabido de los inconvenientes. Entonces esperó al séptimo día y puso al sabbat –la fiesta– en su lugar (Dios tiene algo *kitsch*). El inconveniente es que quien tiene poder está embarazado de él, teme perderlo. Debe entonces estar alerta, vigilar y leer las señales de un posible asalto, complot o infidelidad. Frente a ese problema, algunos prefieren renunciar. Sin embargo, pueden encontrarse con que sean sus súbditos quienes no estén dispuestos a liberarlos. Sartre dijo alguna vez cabreado: “Los sartreanos son para la risa”. A Siddhartha, el DJ, el nombre se lo puso Osho, el gurú. Cuando era niño fue su favorito, y le decía a todo el grupo que al crecer se iba a iluminar. Pero a John –el otro nombre de Siddhartha– no le gustaba que dijera eso, porque despertaba envidia en otros. Estimaba a su tío Osho, pero no pensaba que fuese un gurú, como tampoco creía que a él le gustaba serlo.

Incluso, supone que para evitar la devoción de sus seguidores, dejó de hablar. Pero lo siguieron igual. Después de su muerte, sus discípulos siguen viajando para escucharlo a través de una pantalla que baja –como lo haría un ser sagrado– al centro de un auditorio. Agregar a la lista de Sei Shonagon: ídolos que no pueden tomar vacaciones.

*Solo un pie en la tumba: G., de cinco años, preguntó: “Cuando yo muera, ¿voy a estar viva después?”. Incómodos, los padres le respondieron que no, no exactamente. Estamos exigidos a *duelar*, al menos desde que nos hacemos la pregunta que G. se hizo a los cinco años. Pero a la vez es cierto que no somos capaces de *duelar* tanto, y existen trucos para sortear lo finito. Es posible que para crear un “después” inventemos fantasmas (digan lo que digan, existen). Si no se ven, desde luego, es porque provienen desde nuestro interior. Como dice la escritora de misterio Shirley Jackson, nadie puede mantenerse cuerdo por mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta; incluso, según creen algunos, hay insectos que caen en la alucinación del sueño. Necesitamos despegarnos de la tierra a ratos y tender puentes con otros mundos. Una casa embrujada, por ejemplo, es una cosa poco cuerda que existe como proyección de nuestros miedos y líos internos, pero también es una clase de diálogo con los muertos que no logramos matar.

J. escribió en su libro de notas algo que dice que leyó por ahí, y aunque no recuerda exactamente qué decía, lo anotó así: *Dejar solo una pata en la tumba y la otra afuera para que el alma pueda revolotear*. Me gustó que le gustara esa frase. Da miedo que los hijos sufran, pero sabes que será inevitable y lo logras aceptar en algún grado. Pero el temor mayor es que no le perdonen a la vida el saber de la muerte. Y que vivan ensombrecidos con los dos pies en la tumba muy temprano. Existen niños demasiado tristes. Lo más obvio es decir que el alma revolotea cuando juegas, amas, creas y haces chistes, cosas que están emparentadas. Pero también cuando recuerdas, hablas con fantasmas, y cuando esperas. ¿No es el amor, a fin de cuentas, algo que te transforma en alguien que se la pasa esperando? Esperas la mirada, la sonrisa, el encuentro, la llamada, un mensaje. Pasas esperando (otra cosa que la muerte) y, aunque puede ser aburrido, también desesperante, hay algo tierno en la espera. La ternura se piensa como un gesto cariñoso, infantil, a veces edulcorado, y lo es muchas veces. Cuando ese rasgo se exagera y se concibe sin las cuotas de agresividad necesarias para sobrevivir, entonces la ternura se confunde con la tontería. El secreto de la ternura no es inhibir la violencia, sino lo que es capaz de crear. ¿La ternura viene del cachorro o de quien lo mira? Diría que la ternura es un “entre”: como las cosas más íntimas, la ternura no le pertenece a ninguna de las partes. La ternura es sensible,

se siente, pero tiene también una potencia simbólica, cambia la cualidad de lo que toca; lo vuelve único, importante. De algún modo, la ternura son brazos que detienen la *caída*. Caemos, sí, pero hay modos y modos de caer. Algunas cosas que pueden ser brazos: una palabra que bendice, la mirada de un perro a los prisioneros cuando ya nada les recuerda que son humanos, quien guarda un secreto, el soldado que no dispara, el pacto entre enemigos. En la tregua de Navidad de 1914 los soldados alemanes y británicos comenzaron a decorar las trincheras e hicieron un cese al fuego espontáneo. Jugaron a la pelota, fumaron, cantaron, incluso intercambiaron regalos. Lo prolongaron lo suficiente para enterrar a sus muertos. Sin negar que algunos días después muchos matarían y muchos serían asesinados, crearon un "después", un tiempo raro. Vivieron después de muertos.

*Funambulistas: ¿Qué haces cuando la vida se te desmorona? "Salgo a caminar y, si tengo suerte, encuentro una que otra seta", dice Anna Lowenhaupt. Escribió un libro sobre el matsutake, el hongo más caro del mundo, cuya cualidad, como la de otros, es crecer en lugares devastados. Dicen que fue lo primero que apareció en Hiroshima después de la bomba. Se sirve del hongo para rastrear historias que crecen a su alrededor, industrias que arrasan, mercados gourmet que se benefician, comercios colaborativos de trabajadores precarizados, casi todos refugiados de Laos y Camboya. Le interesan las economías y culturas que nacen de las ruinas. Quizá esta sea una escena profética: en 1991, tras la desintegración de la Unión Soviética, miles de siberianos privados de las garantías del Estado corrieron al bosque en busca de setas. Hay una denominación para aquellas personas cuyo vitalismo desesperado las hace considerar que la idea del fin del mundo es ridícula. Pasolini las nombró como luciérnagas: pequeñas lucecitas capaces de brillar en el infierno.

Una noche camino al aeropuerto de Iquique vimos en la carretera a una pareja caminando, llevaban niños en sus hombros y muchos bolsos. El chofer del minibús nos contaba que "esta gente", la gente ilegal, sale a esa hora, cuando ya no hay luz. La periodista famosa, incómoda, nos miraba de reojo, decía sin hablar lo mismo que había dicho recién en su conferencia: el malestar del chofer es el material que usa la derecha populista para crecer. Todos tenían su razón, el chofer, desde luego, incómodo con los extraños que llegaban a su comunidad, la periodista incómoda con las palabras fascistoides del chofer. Pero digan lo que digan, esa gente sigue caminando de noche, con sus hijos y algunas pertenencias de las vidas que abandonaron; su caminata, a oscuras, es un mensaje sobre algo indestructible en el ser humano: el deseo de vivir. No solo los xenófobos debieran sonrojarse, sino principalmente los nihilistas. Moverse, buscar una salida, la

astucia, encontrar la tangente, son movimientos de funambulista. La proeza que veo en los funambulistas es inversa a la lógica del héroe. Para ser valiente y eficiente, el héroe debe negar la gravedad y otras leyes. A veces debe drogarse para no ver el abismo y ajustar la mirada cabrona necesaria para alcanzar su objetivo. Mientras que el funambulista, precisamente, no niega la gravedad –el nervio del acto es reconocer su ley irrevocable– pero demuestra que, pese a ella, a veces se puede flotar. Caminar así es como ser un árbol enraizado, pero en el cielo. Así concebía Simone Weil el arraigo.

*Encrucijadas: En el vudú las encrucijadas son portales para seres de otras dimensiones, especialmente para las bestias. Hay momentos en la vida en que no hay Dios ni un mapa, y el destino cae sobre nuestros hombros. Encrucijadas: terminar, comenzar, vengarse, perdonar, melancolizarse, ocultarse en una isla, volverse una isla. Las cosas más extraordinarias pueden ocurrir en esos portales. El enigma de un día en la vida de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó:* casi al final de la historia le suplica a su hombre que no la deje y le hace la pregunta retórica –ni tan retórica–: ¿Qué haré sin ti? Rhett Butler responde con soltura: Me importa un bledo. ¿Qué haría, entonces? Ante su nueva situación, sin la brújula de un hombre, se da cuenta de algo: no es capaz de pensar, hacerlo la volvería loca. Entonces decide: pensará mañana. La casa arde, la ve, y percibe un recurso nuevo en ella, se le incrusta una convicción con la fuerza que inyectan las epifanías: realmente-mañana-será-otro-día. Aunque no hay duelos monumentales –sí tumbas monumentales– puede ocurrir de pronto, al decir de Martin Amis, oír una voz que es la propia, pero que suena distinta, más articulada, más compasiva, también más crítica y generosa. Descubres una nueva soledad que no es desesperante, tampoco aburrida, porque cuentas con esa voz interior. De pronto recuerdas que algo te dolió, pero que hoy no te duele más.

Correr

Mamá, ¿lo odias?
No. Me da lo mismo. Se me olvida. No, no se olvida.
Es que existe el perdón. No el olvido. O sí un poco el olvido.

Su mamá corrió. Que ella se salvara no era lo mismo que los hijos se salvaran. ¿Por qué no volvió esa noche? Es algo en lo que ella, la niña, prefiere no pensar. No hoy. Esa noche todos murieron un poco. No por completo, un poco.

Pero la historia –y esa es su faz magnífica– también puede cambiar. No cambian los hechos, sino la posibilidad de hacer algo distinto con ellos. Correr comenzó a significar algo más que miedo. Correr en esta historia es una manera de escribirla: hace que la víctima se construya a sí misma como sobreviviente. La escritora argentina Claudia Masin dice que escribirse como sobreviviente y no como víctima es un encuentro deslumbrante entre lo dañado y lo deseante. Como cuando un animal se arranca con los dientes los grilletes con los que ha caído en una trampa y prefiere perder una pata a quedarse atrapado en la muerte.

En su cabeza correr significaba primero ausencia. Pero después correr, la madre corriendo, comenzó a significar una especie de señal en la noche, una imagen luciérnaga.

Esto también pasó:
Primer diario, 1986:
Hoy fue un lindo día.
Fuimos a comer helado.
Hoy fue un día especial.

El padre, en cambio, quedó atrapado en ese dormitorio, inmune al tiempo, fosilizado. Noto que no pocas mujeres, ya sean madres, hijas, parejas, muchas veces aguantan y se hacen las tontas para contener una clase de frustración masculina; seguramente para salvar a los hombres –que quieren o quisieron– ¿de su secreto deseo de muerte?

A diferencia de otros femicidas, el padre no se mató. Aunque de algún modo sí. Dicen que lloró tres días y tres noches. Todo lo que vino después fue decadencia. Durante los últimos años de la infancia estaban obligados por tribunales a ir a verlo; todo era raro, la casa estaba más embrujada que nunca. Se sentía abandonada, según la

niña, la sobrevolaban pájaros negros. A él no lo veían, dormía todo el día junto a su nueva pareja. Se drogaban demasiado en ese tiempo. Terminaron mal también, de manera violenta. Al crecer, las visitas fueron cada vez más espaciadas, hasta que desaparecieron. Él trató algunas veces de acercarse, sin exigencias. A veces lograba contenerse y actuar normal, amable, pero tantas otras todo terminaba mal, como si le fuese inevitable entrar en sus monólogos locos y enojarse solo. Siempre se preocupó de vestirse bien para verla, se notaba su esfuerzo, porque su apariencia no coincidía con la vida que llevaba; ese gesto le daba pena.

Una vez, hace algunos años, lo vio caminando de espaldas. Lo vio caminar de espaldas para siempre. Las víctimas al menos se compadecen, son recibidas en el mundo de los vivos; los malos, no. ¿Se puede sentir conmiseración? Quizá solo si pierden. Dicen que se puede perdonar cuando el victimario cae en desgracia. Agregaría que también cuando te vuelves mayor que la edad en que el victimario arruinó su vida.

A veces, a los malos les mira el ombligo, piensa: tuvieron infancia, alguien les hizo cariño en el pelo.

¿Lo perdonó? Creo que una vez. Un Día del Padre.

Ese día siempre le resultó indiferente, hasta que aparecieron los hijos y los nuevos padres a quienes saludar. Un año cualquiera, nada en particular había ocurrido, recibieron un mensaje suyo: “Un saludo a los padres de mis nietos”. Por un segundo, puso orden al mundo que él mismo rompió. Reconoció la genealogía, cosa que supongo lo llevó, aunque fuera solo por un instante, a reconocer que traicionó su lugar, que dañó. Y aunque nunca haya pronunciado la palabra *perdón*, lo hizo, con o sin querer, un año cualquiera, un día; dio un salto, reconoció la condena: perdió su lugar, no tiene nombre de padre. Solo eso. Nunca más una palabra.

Lo perdonó. No al padre, sino a él.

Otra cosa son los restos. A veces actúan como una sensación y un suspiro cada vez que siente que esquivó algo. Podría ser lo que llaman andar espirituada: intuir que hay algo que te concierne, pero no sabes exactamente qué.

AMIGAS IMAGINARIAS: HIJAS (DE MALOS)

¿Es posible que los lobos se vuelvan ovejas
en una sola generación?
Anna la decente en *Nacidos culpables*,
de Peter Sichrovsky

El mismo lobo tiene momentos de debilidad,
en que se pone del lado del cordero y piensa: Ojalá que huya.
Adolfo Bioy Casares

Después de morir el escritor José Donoso, Pilar, su hija adoptiva, se encargó de su legado; entre esas cosas estaban sus cuadernos guardados en la Universidad de Princeton. ¿Qué hacer si encuentras los diarios de tu padre? Una alternativa era mostrárselos al mundo y escribir un libro llamado *El fantasma de un escritor*. Porque si los padres fantasmean, tener uno monumental puede convertirse en un espectro inmenso. Pero una cosa es la sombra de un padre y otra muy distinta es que ese padre hable sobre ti en sus diarios, y escriba, por ejemplo, que tiene un proyecto de novela sobre una hija que encuentra los diarios del padre y al leerlos, se mata. Eso fue lo que, entre otras cosas, encontró Pilar.

¿Era una fabulación, un juego o un deseo? ¿Se proyectaba Donoso más allá de su muerte? Según el psicoanálisis, el camino de un hijo es matar al padre para servirse de él. ¿Pero qué pasa con los padres que ni muertos se dejan matar?

Seguramente lo que en principio sería un libro sobre el padre –"una biografía del lado humano", dice un artículo sobre lo que entonces era el incipiente proyecto de Pilar– se transformó en un exorcismo, y también en un ensayo que la convirtió en escritora. No sé en qué punto del proyecto, si fue decidido o le ocurrió, escribió en los bordes del padre su propia historia. Tenía que "correr el tupido velo". Así tituló finalmente su libro.

En una entrevista dijo que al terminarlo se le vino a la cabeza la imagen de la escultura de *La boca de la verdad* que está en Roma, por el mito que dice que, si metes la mano ahí y has mentido, la pierdes. Para ella el problema de los diarios fue precisamente esa línea que separa a la realidad de la ficción. Su difuminación era una marca de creatividad para el padre, pero para la hija era algo que le caía encima como un enredo de amor y odio. José Donoso se refirió a ella en sus diarios de maneras inquietantes: "A veces, sueño con la destrucción de

Pilarcita". La definió como: "Mala, adorable, ladrona, abnegada, asesina, ajena, protectora, cruel, generosa, lapidaria". En otra entrada dice: "Se agudiza el problema de la Pilarcita, que nos tiene totalmente crucificados con su odio, su odio a sí misma, su odio al mundo, a su marido, a sus hijas. De pronto temo un asesinato, tan violenta y perversa que es". Vampirizaba a su mujer y a su hija en sus escritos, hablaba de la ajenidad que le provocaban los genes de la hija adoptiva, de cómo golpeaba a su esposa con "fuerza y prolongación".

Trabajando en ese proyecto asumió que nunca sabría si ella era o no un personaje para el padre. Leer los diarios la consumía y temió quedar atrapada en el dolor. Detuvo su proyecto durante algunos años, pero la misma razón por la que paró la llevó a continuar: "Para salvarme".

Hay quienes padecen la falta de padre, pero Pilar sufría de una presencia invasiva, incluso después de su muerte. Hay padres que no funcionan como un espejo en el que puedas verte como un hijo o una hija, sino que te devuelven una imagen extraña, algo que no sabes cómo nombrar; un aura infamiliar. ¿Será esa mancha en el espejo una que lo es también para los progenitores?

Un fragmento de los diarios:

¿Por qué siempre he tenido la sensación de ser, de estar sucio? [...] Es curioso, pero este tema no lo hablé jamás con Hugo Rojas, como si en ese hecho estuviera escondido lo más deleznable de mi naturaleza, y la suciedad fuera una metáfora para mi existencia y mi neurosis. La gente no me quiere porque soy sucio: así podría contar mi inconsciente. [...] y por eso no toco, no me dejo tocar, más que en relaciones que yo mismo pueda contemplar como "sucias".

Una digresión sobre la suciedad: ¿Podría ser la suciedad el mismo invasor del que habla Burroughs? ¿O el padre de mi ensayo? Dijo alguna vez: No me gusta como soy, pero no puedo evitarlo. ¿Quizá también el sol que encandila y asquea a Mersault en *El extranjero*? ¿Esa cosa, la de las tardes aburridas, la del desierto que crece, es siempre la misma cosa? En *La náusea* de Sartre sí lo es. La revelación de lo que hay detrás del mundo humano es una sustancia pastosa que asquea al protagonista. Los antiguos también pensaban que la melancolía era causada por el exceso de una sustancia pesada en el cuerpo, la bilis negra. Es raro pensar que cuando, por alguna razón, nos caemos de ese frágil acuerdo llamado realidad, el mundo se experimenta como una sustancia pesada pero invisible. El absurdo tiene un peso, o bien, una fuerza de gravedad.

¿Es el invasor el recuerdo de la vida antes de la vida humana? Una inercia de la materia: un zombi que olvida morir. Si se siente asco, quizá sea porque es el último mecanismo de defensa antes de

entregarse a la nada pantanosa. Esa memoria es un privilegio de la miseria, según José Donoso en *El obsceno pájaro de la noche*. Porque hay vidas cuya realidad destruida las deja más cerca de la decadencia y lo obsceno, o también porque su labor es precisamente limpiar los trapos sucios de los demás. Esas son "las viejas" de la novela de Donoso. Como guardianas de esa otra verdad antigua, acumulan la suciedad de los patrones. Saben del desastre, ese que "los normales" contienen con muros, higiene y buenos modales. Pero la verdad cruda merodea: "Las viejas no duermen".

En todo caso, pienso que no todo encuentro con esa memoria antigua tiene la cualidad del horror. O bien es un horror que maravilla, como quienes lo buscan en la espesura del fondo del mar y se funden con las criaturas prehistóricas y alienígenas que lo habitan. Como también en la idea del espacio, sus gases, las estrellas que se comen a otras, que chocan, que forman espirales, pero sobre todo la inmensidad de su silencio es la que remite a la vida prehumana. Como sea, el invasor acecha, siempre lo hizo, porque la realidad es un telón escuálido. Casi todo el mundo puede correr el velo, fisgonear un poco, gozar de pequeñas perversiones pegajosas, vicios mínimos, sin mayor drama que algunas cuotas de resaca moral. Pero después pueden volver a sus vidas; el asco es superado. Pero otros no. A veces se avanza un trecho en esa dirección y volver al mundo "de los normales" cuesta demasiado. Cuando se destruye la resistencia, el asco se convierte en autodesprecio. A veces los adictos a las drogas fuertes describen que resulta más difícil quitarse el odio a sí mismos que la dependencia a la sustancia.

Pilar Donoso escribió un libro inmenso, doloroso, que de todas maneras le significó no solo el chismorreo, sino peor, el rechazo de su familia y un divorcio. "Este proceso me costó la soledad. Me separé, después de veinte años de buen matrimonio, y mis tres hijos se fueron con su padre". Obligó a otros miembros de su familia a ver lo que ella vio en cuotas obscenas. Ella hacía un proceso –como dijo en una entrevista–, pero su familia se quedaba solo con el resultado, y sufría al verse expuesta. Casi nadie quiere ver tanto. "Uno no debería conocer los pensamientos íntimos de nadie. Menos los de sus propios padres", escribe al comienzo.

Correr el velo lleva el riesgo de entrar a un agujero negro, a un lugar del cual no se puede salir. Pero, a la vez, el silencio también puede destruir una vida. Es una paradoja que no tiene una sola respuesta. Con los exorcismos nunca se sabe quién ganará el embate: tú o lo que llevas dentro. Su libro no comienza con una dedicatoria común, sino con una advertencia para ella misma: "Este libro tuvo consecuencias para mí, pérdidas irreparables y, seguramente, habrá

más”.

Desde luego corría el riesgo de que fuese leído de otra manera, como el comidillo sobre un escritor famoso, también como las miserias domésticas de una familia chilena. Y así ocurrió con la primera edición. Con la distancia, diez años más tarde, en una nueva edición, comenzó a ser leída de otro modo, como una escritora. Pero ella no lo supo, se suicidó dos años después de publicar el libro.

Nadie está hecho para ser normal ni adecuarse a una vida aburrida y estereotipada. Pero hay una normalidad que no tiene nada que ver con aspirar a una norma, sino que es una especie de punto cero que funciona como refugio y mapa. Hay un repetir virtuoso, porque crea un círculo. Como un mantra. Me parece una tontería pensar que la novedad es siempre atractiva o un valor –como se dice, “salir de la zona de confort”–, sobre todo cuando hay quienes han tenido todo, salvo confort. Hay personas que no pueden hacer cosas normales, tareas domésticas y trámites, a veces por desajustados, pero otras por rebeldía, como los padres de Laurence Debray, autora de *Hija de revolucionarios*.

Laurence es hija de dos conocidos intelectuales, Elizabeth Burgos, venezolana, y Régis Debray, francés, quienes participaron activamente en los movimientos revolucionarios de Latinoamérica en los sesenta. Nunca supo mucho, ni quiso saber, sobre sus andanzas; sus padres querían salvar al “Tercer Mundo”, pero jamás hicieron algo pensando en ella, dice. Se crio con los abuelos y le bastó, asegura. Por supuesto, nada de eso es tan cierto. Desde muy joven mantuvo una disputa muy peculiar con el padre. Lo enfrentó ni más ni menos que a un rey.

A los siete años, en un viaje a España, se fascinó con el rey Juan Carlos I. Como si se tratara de un *rock star*, puso en su pieza un póster con su imagen. El padre, indignado, se lo quitó y lo reemplazó por uno de François Mitterrand. Ante la contienda, el padre la puso en una encrucijada. Ella debería decidir qué clase de mundo escogería para vivir. La envió un verano a Cuba, cuando tenía diez años, a entrenarse en los “campamentos de pioneros”, donde se les enseñaba a los niños el marxismo. Tras finalizar, para contrastar experiencias, fue llevada a un campamento juvenil en Estados Unidos, donde las actividades eran cantar, jugar y comer *marshmallows* derretidos en la fogata. Pero ella se resistió a responder a ese falso dilema. ¿Por qué tendría que elegir entre una vida de soldado y una vida superficial? ¿Podía haber algo más que no fuese vivir en caricaturas?

Régis Debray publicó un libro con un título bastante dirigido: *La República explicada a mi hija*. Ella, la hija, contraatacó y cuando mayor escribió: *La forja de un rey*.

Hija de revolucionarios, el libro que escribió más tarde sobre la vida

de los padres, también puede ser leído desde el comidillo. Es cierto que escribe sin piedad: “[Régis] se dejó un bigote para dotar de virilidad a su cara de niño, la barba se reservaba para los verdaderos guerrilleros”. Sin embargo, con la distancia suficiente se vuelve un libro político. Su crítica va dirigida hacia una clase de rebeldía: “Tengo la desventaja de estar convencida de los estragos que provoca el compromiso político en la existencia [...] cuando se convierte en arribista”.

Pero su libro también es sobre la filiación, sobre qué significa ser un padre, qué un hijo. ¿La filiación obliga? ¿Se responde por llevar el nombre del padre?

No había pensado en escribir sobre sus padres hasta que, en una entrevista acerca de su libro sobre el rey de España, el periodista le preguntó si era cierto que Régis Debray fue quien entregó al Che Guevara. Pasmada, le preguntó de dónde había sacado eso, y él le respondió: está en Wikipedia. ¿Qué hacer? Su historia en ese momento dejó de ser una anécdota personal y supuestamente superada. Se preguntó qué respondería a sus hijos cuando pasaran por ese momento adolescente en que seguramente querrían usar la camiseta del Che.

–¿Qué buscabas con el libro?

–Iniciar un diálogo con él (padre).

–¿Resultó?

–Fue un éxito editorial y un fracaso familiar. Él me dijo “esto no es nada interesante”, “me estás echando tierra en la cabeza”.

No solo irritó a su padre, también a sus compañeros de generación. Jean-Luc Mélenchon la atacó en un programa de televisión. Mientras que su madre, quien primero la trató de niña mimada, más tarde la comprendió. Como la describe en su libro, la madre parecía mucho menos encandilada por los ídolos de la revolución que el padre. Ella le contó que Alberto Moravia, después de escuchar un discurso de Año Nuevo en Cuba, le había dicho que Fidel le recordaba a Mussolini. El padre de Debray, en cambio, estaba fascinado. Antes de partir a Bolivia en busca del Che, quiso visitar la oficina de Guevara en el Ministerio de Industrias en Cuba; “¿Para impregnarse de su espíritu?”, escribe con ironía Laurence. La madre, que no buscaba a un gurú, se puso a hurguetear en las pertenencias del hombre mítico –¡quién no lo haría! –, pero Debray consideró su gesto una profanación.

Podría ser que Laurence se haya convertido en el síntoma, en la pulga molestosa del padre y el machismo revolucionario. Es otra forma de responderles a los fantasmas que hacen sombra. “¿Te habrías atrevido a hablarle así a un gobernante europeo?”, interpeló al padre a propósito de una entrevista suya a Salvador Allende en 1971. En ella, Régis cuestiona al presidente chileno con porfía por su “vía

democrática al socialismo" y no seguir la revolucionaria.

El libro que publicó Debray sobre la entrevista comienza así:

> *A los aficionados a las epopeyas se les ruega ir a tomar sus vacaciones a otra parte: la "ilusión lírica" no tiene cabida en Chile. En un continente donde cualquier coronel hace tres discursos por día sobre la Revolución Nacional, los chilenos deben contentarse con un gobierno que se llama modestamente a sí mismo "popular".*

Es cierto que el libro de Laurence podría considerarse una venganza. Expone las contradicciones y el ridículo de algunas vivencias de los padres: en Cuba tenían un chofer negro que los llevaba al campo de entrenamiento para guerrilleros. Quién sabe, quizá algo de venganza hubo. Hay venganzas que terminaron en una obra. Pero si fue una venganza, creo que su propósito fue el de herir apenas, para que la roca se trice, y por ese agujero poder iniciar un intercambio, para que algún mensaje llegue. Porque la comunicación más íntima es un dialecto, y es desesperante cuando tu interlocutor –especialmente si son tus padres– habla en las lenguas duras y mecánicas de la militancia. "Ellos seguían todo al pie de la letra", querían seguir el modelo de la pareja Sartre-Beauvoir, y tener una hija significaba un problema.

Casi al final de su ensayo Laurence se pregunta cómo podría tener ella un padre, si en realidad el suyo andaba buscando a uno. En todo caso, es difícil no preguntarse qué es lo que la fascinó de un rey, además uno acusado de varios asuntos poco nobles. Su obsesión es como una idealización inversa, no rescata al rey de sus aspectos más polémicos, sino que es eso lo que precisamente le interesa: "No es necesario ser un iluminado para ser ejemplar". Lo que para ella resulta ejemplar es que ese rey, lejos de lo heroico, asumió sus deberes –los que aparentemente no quería tomar– y se retiró cuando tocó el tiempo de su hijo. Ni un día más. Para Debray el padre que imagina es alguien que, llegado el momento, renuncia a su ego y se deja matar por el hijo.

La grieta que Laurence intenta abrir con su escritura trasciende su historia personal, intenta destruir un mito. Reconoce que hubo nobleza en los objetivos de la generación de sus padres, pero ocurrió que se congelaron en una leyenda que ha sido una zancadilla para los hijos.

Algo similar escribió Alejandro Zambra acerca de los hijos de esa generación: "La novela es la novela de los padres, pensé entonces, pienso ahora. Crecimos creyendo eso, que la novela era de los padres. Maldiciéndolos y también refugiándonos, aliviados, en esa penumbra. Mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón […] Mientras la novela sucedía".

No sé si Zambra leyó a Debray, pero sí leyó a Pilar Donoso, y fue tras leerla que escribió la columna que tituló *La literatura de los hijos.* Habla de una generación que creció contando la historia de los padres y se demoró en comprender que debía escribir la propia. Esa generación, la mía, la de ella, la niña, heredó una historia cuya "h" perdió su condición muda, y fue sustituida por una mayúscula mitológica y melodramática. Hasta bastante mayores, seguimos considerándonos los hijos del "después". Una generación es heterogénea, pero tiene marcas, creo que nos gustaban las fiestas, también el futuro, y especialmente la palabra *democracia*; la que era tan fallida como hoy, pero entonces la recuperábamos y debíamos inventarla. ¿Es un pecado? Quizá uno de los periodistas que escribió sobre el libro de Laurence tenga razón, la sensatez también es una rebeldía.

Entremedio de todo lo que escribe, Laurence se hace cargo del rumor sobre el padre y afirma que él no fue quien entregó al Che Guevara. Sobre la pregunta de si el padre mató durante su participación en la guerrilla, dice "quizá por error, pero seguro que no voluntariamente".

–Procuraste salvar a tu papá, aunque sea con un par de palabras (¿Por qué estoy diciéndole esto? No lo había pensado).

–A mí me gustan las cosas claras. Y un rumor así es algo pesado, ¿no? Ni yo ni mis hijos tenemos por qué heredar mentiras.

¿Deben los hijos, incluso los que ni siquiera han sido hijos, responder por sus progenitores? Si la respuesta es no, Debray aún tiene razón: queda responder qué le dirás a tus hijos. ¿Es deber de los hijos hacerse cargo de las verdades, pero también de las mentiras y de los enemigos heredados de los padres? La respuesta corta es no, pero las historias demuestran que hay una respuesta más larga y enrevesada.

Un día, ella, la niña, cuando ya era la otra, la grande, comenzó a recibir una especie de pésame por parte de algunos amigos, "lo siento mucho", "cuenta conmigo". ¿Quién se murió?, les preguntó. La respuesta era que, de algún modo, ella. Circulaba un tuit en su contra. Pero ese mensaje anónimo, que primero le fue indiferente, después se convirtió en una inquietud. La acusaba, porque además era una acusación, de ser hija de un miembro de los servicios secretos de la dictadura.

¿Por qué lo creyeron tan pronto?, les preguntó a sus amigos. Algunos respondieron que no recordaban desde cuando creían eso. ¿Existía ese rumor y recién se enteraba? ¿Y qué pensaban todo este tiempo cuando la miraban, cuando hacía algún comentario sobre su familia o un chiste político? Una editora se reunió con ella para

sugerirle escribir esa historia. Pero ¿cuál?, le dijo ella. Se quedó pensando, la miró y respondió: "Con razón no encontré nada sobre eso en Google". ¿A nadie se le ocurrió que si todo eso que decían era cierto, dada la gravedad, y la presunción de que incluso el acusado ya pagaba pena por ello, no saldría en alguna parte? ¿En un archivo o, más fácil, en internet? Pero esa rebeldía de la sensatez se le desinfló rápido.

–¿Por qué no te defendiste?, preguntó Laurence Debray.
–No sé.

Quizá por la vieja costumbre de cerrar los ojos y esperar que pase el huracán. Como cuando ella, la niña, era muy joven y el padre protagonizó un par de escándalos públicos. Uno por una persona que murió de sobredosis en su casa, y luego la estafa a un banco. Es posible que hoy el escarnio público se soporte de otro modo; mal que mal hay varios escándalos por día y uno se come al otro. Pero no todos nos acostumbramos a ello.

Como les pasó a otras hijas con su progenitor, el de ella también se convirtió en un mito abrumador, en su caso no por heroísmo, sino bajo la figura de una especie de Mr. Hyde al que se le atribuían todo tipo de cosas. ¿Quién es el padre?, le preguntó a un periodista que escribió sobre él a comienzos de los dos mil. Él respondió: un estafador.

En los días de esos escándalos, en alguno de ellos, se miró al espejo y vio que le había explotado un ojo. Estaba completamente rojo, no se acuerda si veía menos. Debió ser en parte por la vergüenza, porque la vergüenza ajena cuando es familiar se vuelve vergüenza propia.

Duelen los ojos cuando tu vida se vuelve un escándalo. Sobre todo porque te das cuenta de que detrás de la indignación en realidad hay entretenimiento, pero para ti es tu mundo, tu único mundo, que de pronto es masticado como un chicle al que se le estruja todo el sabor y luego se escupe para cambiarlo por otro nuevo. Después de todo, quedas sola con esa historia de la que otros gozaron y te dejaron apenas un hueso de pollo intratable y putrefacto.

Creo que hay un momento durante un escándalo en que te das cuenta de que es imposible defenderse. Su fuerza afectiva es enorme. Además, en el caso de un hijo, no es claro qué significa defenderse. ¿Te defiendes y desconoces tu filiación? ¿O te defiendes de los que atacan a tu progenitor, porque, de algún modo, te incluyen en su ataque? Además, ¿qué defiendes cuando el protagonista del escándalo es alguien que ha dañado, incluso a ti? La situación de un hijo de malo es que se pregunta si puede levantar la mano y decir: "Perdón que

interrumpa, pero eso no es verdad", y afirmar que el malo sí es malo, pero no respecto de todo lo que se dice. Tampoco puede decir que, además, se da cuenta de que los otros también están siendo un poco malos, porque en el fondo aman odiarlo. Es más, lo necesitan aún más feroz para cuadrar mejor el mito sobre ellos mismos. Y todo eso un hijo de malo no puede decirlo, no tiene derecho, porque reconoce que, tanto como su progenitor, no es una víctima, no se siente así, porque en el listado de los tipos de víctimas no existe; así que tampoco se compadece ni pide reconocimiento. Entonces, ese hijo agacha la cabeza hasta que todos se olvidan, porque sabe que, la verdad, es que a nadie le interesa tanto la vida de los otros.

Optó muchas veces por negar su filiación. Pero en ese gesto no solo lo negó a él, sino también a mí misma. Paradójicamente, desconocer de dónde viene la deja más cerca de su fantasma. No repara en su confusión, que decir la verdad y defenderse es, a fin de cuentas, no defenderlo a él, ni siquiera a ella, sino a la verdad misma. Y eso es una rebeldía de la sensatez.

Mientras escribía sobre ellas, las hijas, recibí casualmente el libro de Josefa Ruiz Tagle en el que recoge testimonios sobre los hijos e hijas de quienes fueron víctimas de la dictadura. Era el otro lado, el de quienes supones que no tienen por qué guardar silencio. Sin embargo, aprendí de esos testimonios que hay otra clase de silencio, y otra forma de no poder pensar a los padres.

Hay un silencio que no es producido por represión, sino por la dificultad de que ciertas cosas sean audibles. Hay un tipo de palabra, dice la autora, que cada vez que se asoma, alguien sube la música. Relata que, en su caso, al principio el silencio fue una recomendación de sus mayores. Mejor que no dijera nada en el colegio, porque en su infancia el mundo aún era peligroso. Pero después, en democracia, se dio cuenta de que había algo que no podía ser escuchado, y que se traducía en una sensación de inadecuación, la que se repetía en los relatos que recabó. Cuando le preguntan de qué murió su padre, responde que asesinado por los militares. Y esa enunciación tiene un efecto de *palabradisparo*: pupilas dilatadas y la imposibilidad de dar alguna respuesta acorde. Y eso puede dejarte, escribe, en una soledad rara; a veces vergonzante, a veces enrabiada.

A los doce años supo que su padre no solamente había sido "fusilado" –ella lo imaginaba ante un pelotón, como en las películas–, sino también torturado; esa imagen impensable es la que se vuelve irreparable. Como un invasor que hiere la imaginación y la vuelve mórbida, porque obliga a pensar en un nuevo saber que no quisieras conocer sobre lo humano.

Esa clase de silencio da una pista sobre el "después" de la historia,

donde, como escribe Josefa, los jingles sustituyeron a las voces.

Los relatos de vida fueron recogidos en informes, y las historias se transformaron en relatos de muerte, todos terroríficamente parecidos. Las narraciones se cerraron bajo la figura de la víctima, y eso, si bien es funcional a la ley, no lo es para las personas; el imaginario se hunde en la derrota. El valor de los testimonios, a los que la autora llama ejercicios de memoria, es que trizan a la memoria institucionalizada. Los testimonios rescatan la riqueza y la complejidad de las tramas de las personas. Puedes encontrar recurrencias, por ejemplo, la dificultad de pensar críticamente a los padres, como haría cualquier hijo. Dado el daño al que fueron sometidos, la crítica se volvió un sacrilegio. También se repite en los relatos la sensación de no haber hecho nada en comparación con los padres.

Todos somos hijos de alguien, y todos heredamos historias, verdades a medio construir, silencios raros, líneas que faltan, también líneas excesivas, casi imposibles de digerir. De algún modo, cada hijo se encarga, lo sepa o no, de tener que elaborar una verdad. Es cierto que a algunos les toca una relación mucho más desesperante con la verdad. En los testimonios de hijos e hijas de represores políticos se encuentran relatos de sacrificios y reivindicaciones torcidas, también de autodesprecio y los de aquellos que aman a padres malos, pues fueron, a la vez, buenos padres.

Un par de testimonios de *Nacidos culpables: hijos de familias nazis* del libro de Peter Sichrovsky:

Rudolf el culpable: A veces imagina que mata a alguien y por fin acabaría todo, iría a la cárcel, "ahí me torturarían y me golpearían". Se obliga a no tener hijos, decide que su "raza" debe extinguirse con él: "La partícula Von entre mi nombre y mi apellido solo puede significar algo recibido y no algo por transmitir".

Anna la decente: A los trece se enteró de que el padre no estuvo en el Frente, sino en los campos de concentración. "¿Qué iba a hacer, demandar a mis padres, huir de casa?". A fin de cuentas, esos padres la alimentaban, le daban regalos para Navidad, "¿acaso yo era mejor con mis hijos?". "Lamento decepcionarlo de que no hubo ningún escándalo en mi familia".

A Mariana D. la conocí después de cambiarse su apellido legalmente. Debimos mover la fecha de nuestra reunión, porque el día fijado murió el padre. Ella fue hija de un padre no malo en su función, como el de Donoso y Debray, sino malo. Su progenitor –así le dice, nunca padre– fue un genocida de la dictadura argentina. Cuando habla es como escuchar a alguien que lleva cien vidas trabajando para

poder tener una en la cual ella quepa. “Perdí demasiado en esta historia, me quitó demasiada energía psíquica, no tuve hijos, me excluí de muchas cosas”.

Para ella el progenitor siempre fue solamente eso, no perdió a un padre; la verdad es que no lo tuvo nunca. “Hizo todo lo que no hace un padre”, “nos tenía asco y era encantador con los de afuera”. Violento y sádico en su vida política, también lo era dentro de la casa. Cuenta que una vez, a los quince años, la llevó al cine –cosa inédita, porque él no participaba de actividades familiares– a ver *La historia oficial,* película sobre la dictadura en Argentina. Hubo una escena en particular, en que el personaje de Alterio le aprieta los dedos a su esposa contra una puerta. Alcanzó a ver la cara del progenitor, su goce silencioso y perverso, “el que más duele”. Desde lo íntimo podía repudiarlo “por lo hijo de puta” que fue con la familia, como cualquier hija de malo. Pero se le abrió otra cosa cuando supo de sus actividades en la dictadura: “Tenía que desafiliarme del horror y de la deshonra”.

Hizo una “petición a la ley” –nombre del proceso para cambiarse el apellido– no solo para ahorrarse problemas, sino para poner orden a una catástrofe. En ese sentido su petición a la ley fue más que un nombre retórico. Cambiarse el nombre para ella funcionó como una ley que restituyó el mundo y puso las cosas en su lugar; como una Antígona moderna. La palabra, cuando no mero instrumento de comunicación, tiene la potencia de un acto, como las promesas o la justicia.

No hay ni ha habido nada que nos una, y he decidido con esta solicitud ponerle punto final al gran peso que para mí significa arrastrar un apellido teñido de sangre y horror, ajeno a la constitución de mi persona. (2014, texto presentado en el Juzgado de Familia de Capital Federal).

Mariana se autorizó a llevar una vida pública. Lo demás, me dice, las cosas que quedan, se resuelven en privado. Ha decidido no hablar más sobre este tema.

Ya sabes, todo se convierte en espectáculo, y al apagar las luces, los restos eres tú.

El encuentro con Ana Arzoumanian fue otra cosa. La busqué por su escritura. Ella escribió: *Mnatsvortats* (en armenio), se traduce como “restos”, pero significa, literalmente, “lo que queda de los hijos”. Los hijos son los restos de la guerra. Lo demás fue un hallazgo. Nos encontramos en Buenos Aires. Hablamos del aburrimiento, de Mersault, del sol y los veranos despiadados, cuando los hijos no encuentran nada que hacer y anhelan la vuelta a clases. Creció en el gueto armenio de su ciudad y Santiago de Chile se le hace más

parecido a Armenia que Buenos Aires, “por la sensación de encierro”, dice. Le llora un ojo.

Tenía un poco de miedo por el libro que iba a publicar, el cual describe la vida en el gueto en los setenta. Hay una hija de un padre terrible, dueño de una fábrica y a cargo de “los negros de mierda”; padre al que de todas maneras “la chica” le debe lo que tuvo, me cuenta. Mientras los padres dormían siesta, los jóvenes se reunían para transformarse en revolucionarios bajo el modelo de ETA o el IRA. No guitarreaban a Fito Páez, sino que se preparaban para vengar el genocidio armenio. La narradora debía prepararse para destruir turcos. Al ir de viaje con sus padres, en un aeropuerto, en la mesa contigua, ve por primera vez a sus enemigos de carne y hueso, una familia turca. Los niños corren, hablan en turco, y ella siente vergüenza de que la escuchen. A la protagonista, en el aeropuerto, ante la familia, y la lengua cortada, se le “atragantó el grito de hacer el mal”. Hasta ahí “la chica” de la historia. Después de dejar la militancia, Ana estudió Derecho. Se le vino la idea imperiosa de que la justicia necesita más ley que excesos.

–No sé por qué me llora un ojo.
–Edipo se los sacó.

En una entrevista habló de su ojo enfermo. ¿Y si no podía volver a escribir? Esa pregunta la llevó a hacerse otra, ¿para qué escribe? Y pensó: escribió siempre para salir del gueto. Se puede escribir para quedarse, para pertenecer y leerse entre “hermanos”. Pero ella es de las que se va, ella sale.

¿Y si eso fuera un hijo? Alguien que sale. A veces a su pesar, porque los hijos también son seres que todo el tiempo dejan migas de pan para volver a un lugar que solo existe en la nostalgia. El origen puede ser un vicio. La pregunta de dónde venimos es insoportable, porque la respuesta es: de ninguna parte.

Los niños pequeños preguntan dónde estaban antes de nacer, les parece inconcebible que antes de algo haya nada. Los adultos dejamos de preguntar, pero no significa que dejemos de hacer el camino de vuelta y miremos hacia atrás para saber quiénes somos. Y la respuesta es parcial, porque venimos de una historia, pero no del todo, también venimos de nada. Ante eso podemos revolcarnos de dolor, como los que dicen que nacer es un inconveniente, pero también podemos reconsiderarlo, y darnos cuenta de que venir de nada significa a la vez que somos un inicio.

Podría ser que todo el lío existencial de los hijos sea resolver qué significa comenzar. Y es que, aunque busquemos la novedad, el corazón busca repetir los mismos temas, las preguntas son siempre las mismas. Cada generación empieza desde el principio respecto de las

preguntas importantes. Pero, como los mantras, repetir no significa que todo permanezca igual: cada vez que vamos hacia atrás volvemos con un testimonio, y la historia se renueva.

–Mamá, ¿tú sabes que se llora con la cebolla porque te lo enseñaron en el colegio o picaste una y te pasó?

–No lo sé, pero ahora ya sabes que, aunque sepas, cada vez que piques una llorarás.

Laurence Debray se fue a vivir a un país nuevo. Literalmente nuevo, un país fundado hace poco más de cincuenta años. “Atrás solo hay arena, lo demás es futuro”, dice. Ella, la niña, también ha pensado como Laurence. Y también como a Laurence, a la niña le ha llegado la noticia de que la historia no se desvanece como la arenilla que levanta el viento. A la vez, cuando exagera sobre el pasado y cree que está en el mismo lugar, la vida se encarga de decirle que está dando la lata, porque eso tampoco es cierto.

Con su familia, nunca más hablaron del incidente. No por tabú, sino que se olvidó, tal como se olvida la escena de un asalto que se repite en la cabeza muchas veces al comienzo, pero después desaparece.

En pandemia encontró un libro de Annie Ernaux, *La vergüenza*. Leyó un fragmento por internet: decía que su papá trató de matar a su mamá cuando ella tenía doce años, y que cada vez que le contaba eso a un hombre él se quedaba callado –pupilas dilatadas– y ella moría de vergüenza. El acontecimiento de su infancia se inscribió en su vida como dejar de ser “gente decente”.

Compró el libro, por supuesto. Estaba fuera de la ciudad, así que su mamá recibió sus compras. Al volver le devolvió todo, salvo ese libro.

–Falta algo.

–Sí sé, el libro. Lo quiero leer otra vez.

–¿Ya lo leíste?

–Me trajo recuerdos.

–¿Qué cosa? (¿Qué pregunta idiota es esa?)

–Busqué cosas, encontré el expediente judicial, está tu declaración de cuando tenías siete años. Me acordé de que yo te esperaba afuera, y escuchaba cómo se reían adentro cuando declarabas.

–Quiero leerlo.

Había mucho que no recordaba. En los últimos años que vivieron en la casa de infancia los excesos del padre se intensificaron, la violencia hacia su mamá, las drogas. El expediente decía que tenía deudas de juego, había estafado a alguien –¿otro malo?– y estaba amenazado; la verdad decía que ellos, los hijos, estaban amenazados,

eran una especie de hipoteca. Contrató guardias en la casa, pero el expediente muestra que vigilaban a quienes estaban adentro, en realidad, a su mamá.

Recordó a los guardias y la sensación ambigua: ¿protección o miedo?

12:06: Sale la señora en su auto.
12:30: Llega en su auto.
13:31: Sale, acompañada de su amiga A.
19:55: Llega sola, conduciendo su auto.

¿Cómo pudimos vivir así?, se preguntó. No recordaba, pero el miedo no lo olvidó. Seguramente sus hermanos tampoco, dicen que uno de ellos duerme con la luz encendida. Su mamá no, ella nunca parecía tener miedo. ¿Será porque conoció al hombre muy joven, apenas un niño? Quizá ver cómo alguien se va volviendo malo no es lo mismo que nacer con uno.

Ella pensaba que todo el tiempo del "después" fue cubierto por la vergüenza, pero por debajo había tristeza. Es un recuerdo triste el haber estado sometidos a la arbitrariedad de alguien. Cuando eso pasa, es recién al salir de ahí, de sus reglas y el mundo raro que inventa esa persona, que te das cuenta de la farsa. Adentro de la locura se corren los límites y se crean mecanismos de supervivencia.

Se acordó también de un cuadro que había en el comedor de un departamento en la playa. Era un mar furioso. Le gustaba mirarlo, aunque sentía tensión, la misma de las películas de terror que veía. En las vacaciones de 1985, las últimas que pasó ahí, las olas parecían retumbar más fuerte; ese verano temblaba casi todos los días. Se decía que podía venir un terremoto. Nunca había vivido uno y no lograba hacerse la idea de cómo el piso, el soporte de todo, podía traicionar. El terremoto fue en marzo de 1985; el fin de la historia de su infancia, en junio.

Tener o no un padre no fija el destino de un hijo, pero hay algo infernal en ser hipotecado o puesto en riesgo por un progenitor. Eso no es que falte, es que te excede, te roba. ¿Qué es un padre? Pienso que basta con que alguien que te antecede no se adueñe del tiempo. Eso al menos. Rüdiger Safranski dice que es algo más: nadie eligió nacer, seguramente los chillidos del recién nacido son una protesta; ¿cómo podrían entonces los padres convencer a los hijos de la conveniencia de nacer? Responde que despertando en esas nuevas personas las fuerzas para que la autodeterminación suplante a esa determinación primera. El escándalo de haber sido obligados a existir solo se supera si están las condiciones para un segundo nacimiento, para poder empezar una vida y no ser una mera extensión.

***

Laurence Debray pensó alguna vez en lo que Francis Scott Fitzgerald le dijo a su hija: solo haz lo contrario y todo irá bien. Así fue por un tiempo. Más pragmática que idealista, preocuparse por la salud y tomar su Omega 3 era suficiente. Hasta que tuvo un accidente doloroso que la dejó inmóvil por un tiempo, y además perdió su trabajo. Por primera vez su técnica de supervivencia dejó de funcionar y se sintió vulnerable. Fue cuando se permitió hacer algo que su familia hacía, escribir. Ante la pregunta ¿quién eres?, podría responder: "Escribí un libro sobre el rey de España".

Ella, la niña, siempre escribió cosas. Pero un día comenzó a hacerlo públicamente, por estrategia. El padre había usado su nombre sin su consentimiento, ¿la estafó a ella también?

Sí.

Pensó en cambiar de apellido y sacarse ese nombre cuya primera firma fue en un expediente judicial. Pero como tampoco puede con los trámites, se le ocurrió que su nombre podría ser en realidad suyo. Debía hacer algo. Empezó a escribir en un blog y notaba que cada vez que subía una entrada, su nombre se separaba del nombre del padre en Google. Ya era algo. Como un bautismo virtual.

El nombre es un acontecimiento inaugural, dice que ese que nace no es una cosa, ni cualquiera, sino un ser único. No ponerle nombre a un hijo es una violencia, tal como lo es quitarles el nombre a los prisioneros. El nombre es un regalo que humaniza, pero a la vez es un lío, hasta un dolor de cabeza. El nombre es aquello por lo cual nos llaman toda la vida. Por lo tanto, tener un nombre significa, ante todo, responder. De algún modo, es la propia pregunta que nos llega a través del llamado de los otros. Responder puede ser desagradable y una lata, pero ser despojados de deber hacerlo es odioso. Por eso ser clasificados, etiquetados y explicados es más violento que tener que decir algo.

Responder con historias fuerza al acontecimiento, se le da un comienzo, un desarrollo y un final, cosa que vuelve a las historias parecidas. Es una forma de no estar tan solos. Sin embargo, narrar no es repetir una historia igual a todas, porque el narrador es el detalle y se crea a sí mismo en esa operación.

Escribir podría ordenar algo. Puede ser un remedio contra el aburrimiento normal, y también contra el hastío catastrófico, al menos parcialmente. Aunque escribir no garantiza nada, podría funcionar como un duelo y una distancia para dejar de poner el ojo al frente. Escribir es también ser el propio lector, seguir de algún modo la

recomendación de mover la lengua siete veces antes de hablar, o mirarse desde arriba. Y también leer es recibir, acoger una verdad que no pide sumisión, sino apertura.

Leer, que es otra forma de escribir, es también una forma de hacer amigos.

Después de todo, como escribió Esquirol, un nombre nunca es algo que va solo, va junto a los verbos. ¿Quién eres?, nos preguntan, y la respuesta es “no sé, pero esto he hecho”. Y, a la vez, llegado el momento, ante la interpelación de cómo hemos actuado y si acaso hemos amado, una respuesta justa podría ser reconocer que nuestras acciones, en realidad, van de la mano de todos los nombres que nos han acompañado.

OÍR

El aire está lleno de nuestros gritos.
Pero la costumbre ensordece.
Samuel Beckett

Esta historia trae una errata.

Cuando ella leyó el expediente judicial del incidente del dormitorio, supo lo que pasó afuera de la ventana, y supo también que, hasta entonces, nunca se lo había preguntado. La ventana era un límite. Siempre imaginó que todo acabó cuando los protagonistas salieron de *su* escena. La primera parte ya era suficiente –el padre amenazando a su mamá–, pero afuera, lo que no vio, es que él pasó la bala y se tapó los ojos. Ella corrió. Esa escena tuvo que inventarla como imagen. Ver lo que ni siquiera él quiso ver. Imaginó una bala dorada volando en cámara lenta hacia su mamá y ella haciendo una maniobra para hacerle el quite; incluso imaginó cómo flotaba la estela de su pelo y su camisa de dormir.

Aún sin haber sido capaz de integrar esa imagen en su nuevo repertorio de la memoria, leyó por segunda vez el expediente y reparó en un detalle: no hubo disparo. Todo lo demás ocurrió, el clic de la bala pasada, los ojos tapados de él, las pupilas dilatadas de ella, la taquicardia, ella corriendo, el pelo y la camisa de dormir flotando. Él: entre la inercia y la voluntad, tambaleando entre el significado de un fin o de un después.

Sin embargo, en la memoria de la madre sí hay disparo.

–Pero yo lo escuché.
–¿Qué escuchaste?
–El ruido. ¿Qué escuché entonces?

Existen los recuerdos falsos; de algún modo todos lo son. Porque la memoria es un acontecimiento y no una reproducción. La escena original es una huella, ya no existe, no se recupera. Y aun cuando se puede rescatar en una grabación o en un testimonio escrito, ante ese fragmento de lo real, se siente incomodidad, porque en estricto rigor ese no eres tú, sino tu fantasma.

Imagino la historia de una vida como el caminar de una oruga. Las orugas tienen patas, pero no se mueven como el ciempiés, cuyas extremidades van coordinadas y todas al mismo tiempo. El ciempiés es un animal que está de acuerdo consigo mismo, por eso es capaz de

avanzar rápido. Pero la oruga, como el pensar, es lento y su movimiento ondulado. Crees que piensas con la cabeza, pero como a la oruga, lo que empuja el movimiento es lo que está atrás. Atrás en el pasado, atrás también de lo que es consciente. La curva y elevación que provoca el desplazamiento de la oruga en su cuerpo es tal que, si ella pudiese mirar atrás para buscar comprender todo lo que es, la llevaría a ver un espacio entre ella y ella misma. ¿Cómo se llama ese espacio en el pensar, o en una historia? Quizá inconsciente, sueño, errata, pregunta, imaginación, teorema. Si una historia personal avanza así, ¿hay una universal –si acaso eso existe– con la forma de la oruga? Llena de túneles de gusano en el tiempo. Como un libro con cortocircuitos.

–Decide qué género vas a escribir. Al argentino le interesó lo de la violencia doméstica, las otras partes, las de las cosas de la vida, no. Podrían convertirlo en un libro tedioso sobre el aburrimiento.

–La vida tiene partes muy aburridas.

–María también lo desestimó, dijo que no es el tipo de ensayo que buscan, pero les interesa hablar para el próximo.

–El próximo será sobre un queso.

–Déjate de exagerar. Decide algo.

–Decidí que ella, no ella ella, sino ella, la otra, no dispara.

–¿Y si terminas acá?

–Muy exagerado. (Además hay algo más).

En los días en que revisaba el expediente, alguien le dijo: “Pero desde tu pieza hubieras escuchado el ¡pum!”.

Reparó por primera vez en que esa escena que tantas veces repasó en su cabeza era una coreografía muda. Su recuerdo ocurre en silencio.

Y recordó otra escena más.

2015, el fiscal que la interroga sobre el asalto que sufrió:

–¿Te amenazó de muerte?

–Claro, puso una pistola en la ventana del auto.

–¿Pero te lo dijo? ¿Lo escuchaste?

–No realmente.

El recuerdo era una mímica, no escuchaba absolutamente nada.

¿Acaso obligada a ver puedes entonces cerrar los oídos? Así archivas la escena, pero sin el *vibrato*. O sea, le quitas el cuerpo. ¿Pero entonces el sonido se pierde o se va a alguna parte? ¿El horror tiene su propio timbre?, ¿como eso que dice haber escuchado su mamá? La madre escuchó algo que no hubo, y ella, la niña, no escuchó algo que hubo.

Un disparo que no fue tiene un eco extraño. Y una ventana, la de esta historia, pero seguramente la de cualquiera, es una liminalidad, un umbral entre ver / oír / imaginar / adentro / afuera / lo que fue / lo que aún no es/ lo que es todo el tiempo.

¿Existen las balas invisibles? Piensas todo de nuevo.

***

La lingüística dice que hay sonidos que se olvidan porque no son compatibles con la posterior adquisición del lenguaje. O sea, podemos oír más de lo que podemos codificar. ¿Podría ser que lo traumático sea justamente lo que se oye, pero no se digiere? Según un crítico de cine, cuyo nombre no recuerdo, el verdadero horror entra por los oídos. El problema es dónde va a parar ese ruido. ¿Acaso puedes escuchar a destiempo el sonido de horrores pasados?

Hay silencios que chirrían. Como el grito que no dio Gregorio Samsa en *La metamorfosis* de Kafka: ya convertido en escarabajo, se preocupa de la puntualidad. ¿Cuántos gritos no se dan? Según el Apocalipsis, tras la tormenta, el cordero rompe el séptimo sello y ocurre un silencio de media hora en el cielo. Un silencio abrumador, como aquel que sucede al cesar el movimiento de un terremoto. Un microsegundo antes de que solo se oigan alarmas y estallidos eléctricos se puede escuchar un silencio inaudito: un silencio inhumano. No gritos, como cabría esperar. Debe ser el silencio del estupor que deja inmóvil, seguramente para suspender un poco más el tiempo antes de verificar los daños. Pero también podría ser que ese segundo ínfimo sea silencioso porque lo que suena es una especie de alarido de la tierra, pero hacia dentro.

La verdad, no sé si algo así realmente se oiga o lo imagino. Tal como se puede imaginar el grito en la pintura de Munch, pero también el de la Medusa, dibujada siempre con la boca abierta. El grito de la Medusa no suena, pero se oye onomatopéyico, como su otro nombre: Gorgona, como un grrrrr. Sonido arcaico, de la familia de los sonidos guturales, y universales.

Cada quien tiene sus grietas. Algunos las tienen en los oídos: las cosas les hacen ruido. Los antiguos establecían una relación entre la melancolía y los pitos en los oídos. Los ruidos nos pueden asaltar desde afuera, pero los peores vienen de adentro. Como la culpa y las rumiaciones.

Hay astrofísicos, como Andréi Linde, que afirman que las fluctuaciones cuánticas reproducen el eco del Big Bang. No sé qué significa eso exactamente, pero es seguro que todo insomne lo cree: siempre hay un ruido. Las cámaras anecoicas están hechas para cancelar incluso el sonido del universo. John Cage en 1951 entró a la

de la Universidad de Harvard y concluyó que el silencio no existe. Escuchó dos sonidos, uno alto y uno bajo. El ingeniero en sonido le explicó que el primero era su sistema nervioso, el segundo la circulación de la sangre.

Aparentemente no existe el silencio. Repito: no hay silencio.

El silencio es un lujo.

Las ventanas para amortiguar el ruido son costosas, y a muchos no les bastan, además deben usar tapones profesionales para los oídos. El ruido del mundo comenzó a parecerse al de la maquinaria pesada: constante, duro, atmosférico. Lo advirtió Walter Benjamin: el mundo moderno empezó a triturar los cuerpos con ruido, polvo, temperaturas altas, dejando sus sistemas de defensa fragilizados y en estado de shock. La irritación dejó de ser un efecto propio de los conflictos bélicos, o de las fábricas, se volvió algo muy presente en la ciudad, como también en los encuentros interpersonales.

¿Qué hacer? Una respuesta a la hipersensibilidad fue la masificación del uso de los anestésicos, precursores de nuestros psicofármacos. Y también lo que Benjamin llamó fantasmagorías. Que, a diferencia de la anestesia, no cierran al cuerpo para defenderse del mundo, sino que inundan todos los sentidos, como un concierto de rock: la ideología, el entretenimiento, lo que emociona fácil, todo eso logra por un tiempo unificar los fragmentos. Así el mundo queda abreviado en un par de palabras, por ejemplo, un Heil Hitler, o un algoritmo que resuma los deseos humanos.

¿Hay algo que el shock, la anestesia y las fantasmagorías? Sí, las interrupciones. Por ejemplo: un error en la comunicación, una interferencia en el programa, una imagen que llegó por azar, un recuerdo a medias que interrumpe lo lineal como los agujeros de gusano en el tiempo, la errata del texto, el segundo justo después de despertar de un sueño; todo *eso* obliga a pensar. Según Benjamin, conviene atender a esos retazos inesperados de historia, sobre todo cuando aparecen en “en un instante de peligro”.

Un día sucedió algo así.

Pasamos la tarde con mis hijas y mi mamá. Cerca de donde estábamos comenzaron a oírse unos gritos, venían del edificio junto al estacionamiento del parque. No veíamos lo que sucedía adentro del departamento, pero el sonido era nítido. Un hombre gruñía, sus únicas dos frases eran “te odio” y “te voy a matar”. La palabra odio *venía acoplada al eco simultáneo del grrrr. Porque el odio tiene el tono de un perro rabioso que babea antes de atacar. Se escuchaban también los golpes a un cuerpo, las cachetadas suenan como los aplausos, los combos emiten un sonido más bajo y cerrado. Y apenas se hacían oír unos sollozos femeninos.*

Grité. Mis hijas se escondieron, les dio miedo. Yo sentí un miedo

manso. Quizá porque la cualidad de las voces me decía que eran viejos, que ella nunca corrió, y que esto llevaba años, miles de años de una convivencia cruda y miserable. Grité más. El grito salía de un lugar distinto a la garganta, me dolía el estómago después de un rato. Se fue sumando gente, se asomaban los vecinos por las ventanas. Un hombre dijo: Esto pasa todos los días, estamos aburridos. Los demás gritaban en coro "cobarde".

Su mamá no gritó, cuando la abrazó notó que todo el tiempo estuvo al lado suyo. Le dijo: "Yo sé". No hizo falta preguntar qué. Se fueron cuando llegó la policía, calladas. Un silencio nuevo, como un acuerdo intergeneracional: esto pasó antes, pasó siempre, pasa y seguirá pasando.

El hombre del edificio que dijo que esto pasaba siempre –más allá de su actitud algo cínica– dice la verdad: perpetuamente alguien apunta, alguien corre, alguien se paraliza, alguien se arrepiente, siempre hay un testigo, alguien dispara, alguien ve y queda atrapado, alguien corre la mirada, alguien escuchará a lo lejos, alguien se despertará y otro subirá la música para seguir durmiendo. Alguien se cebará en su odio, alguien siempre será el hijo de malo para otro, alguien se vengará, y alguien no se vengará, pero sí su hijo. Todo el tiempo alguien olvida, y todo el tiempo alguien vive para detener la violencia, alguien escucha desfasado y grita décadas después. Siempre habrá alguien que estará en medio de un conflicto, es decir, en un lugar equivocado, sin embargo, será parte.

Es una escena que no cesa.

En ese edificio, en que todos los días un hombre golpeaba a su mujer, bastó un grito para que varios se decidieran a abrir su ventana. Escucharon lo que venía del otro lado del muro y que habían escuchado a diario sin oír.

No hay nada más familiar que la violencia, hay un dormitorio estructural en cada guerra: la rivalidad por el amor de un padre, los celos, la envidia, la disputa por la herencia y por tomar el lugar del otro. Y, a la vez, es la parte más ajena de la familiaridad, el punto exacto en que el hermano se vuelve un extraño.

Hay gritos por todas partes. Los escucharemos mientras la muerte no deje de ser algo inaceptable.

Lo personal es lo real.

***

¿Cómo es posible seguir creyendo cuando lo *hemos visto todo*? Conocemos el mal y el engaño.

No se sabe por qué. Pero, por algún motivo, el animal humano sigue buscando encontrarse, y aunque sabe del abismo sobre el que

está parado, sigue obstinado en iniciar nuevos proyectos. No está claro si es su deseo de vida o el deseo de la vida en él. Y hace cosas absurdas, como hablar del clima cuando no sabe qué hacer en una sala de espera, porque prefiere decir algo a quedarse callado. No es seguro que el clima le interese demasiado. Pese a que en el último tiempo el clima ha comenzado a interesarle en serio, es probable que ponga el tema por llenar el tiempo, o incluso para iniciar una relación, aunque sea, paradójicamente, a partir del tema del fin del mundo. Pero también podría ser la constatación de lo que escribió un poeta: los seres humanos son climas sobre los que gravitan amenazas de tormentas que ocurrieron en otra parte. El corazón salta con la atmósfera, nada le es ajeno.

Después de todo, creer en lo humano es un acto de fe. La forma en que creemos cuando decimos *mi amor*, *democracia* o cuando contamos un secreto, se sostiene en una confianza de la cual prescindimos para creer en la ley de gravedad o en el entusiasmo transparente de una mascota.

¿Qué queda?

Queda la lengua con la que hacemos promesas, la historia en su función de sostén existencial. La fe sin Dios, a cielo vacío y el respeto por el mundo. También nos queda la inteligencia y nos quedan las manos.

Leí que cuando cayeron las Torres Gemelas, un niño que siempre se orientaba con esas construcciones en la ciudad le preguntó a su mamá cómo lo haría en adelante. Ella le dijo que confiara, siempre habría alguien dispuesto a ayudarle a encontrar el camino.

Es una forma de creer sin guías en el cielo.

Octubre, 2023



Informe de identidad, Teresa Larraguibel.

ÍNDICE

ENCUÉNTRANOS EN...







